

☆, [Capítulo 41]

☆, [Capítulo 41]

A medida que se acercaba el final de la primavera, las flores de Chang'an se habían marchitado en su mayor parte, pero el monte Qi conservaba aún el esplendor de la primavera. Un grupo de melocotoneros estaba en plena floración, con sus tonos carmesí como un cielo iluminado por el amanecer.

Tras un agotador día de viaje en carro, el grupo llegó al palacio de caza completamente exhausto. Al bajar, se dispersaron hacia sus alojamientos, dejando el resplandor rosado de la montaña para disfrutarlo en el banquete del día siguiente.

Su Shiyu agradeció cortésmente a varios colegas su preocupación antes de marcharse. Al levantar el pie para alejarse, no pudo evitar mirar de reojo una vez más, y su mirada se cruzó con la de Chu Mingyun.

Este estaba solo, no muy lejos, con las manos entrelazadas a la espalda y apoyado en un melocotonero. Su expresión era impasible mientras miraba en esa dirección, aparentemente sumido en sus pensamientos.

Su Shiyu dudó un poco antes de acercarse. Con una leve sonrisa, le preguntó: «Después de un viaje tan agotador, ministro Chu, ¿no va a descansar? ¿Qué pensamientos le ocupan aquí?».

La mirada de Chu Mingyun permaneció serena mientras observaba a Su Shiyu acercarse. De repente, su ceño se curvó en una sonrisa. «Pensando en ti».

Su Shiyu se detuvo y luego lo descartó con una leve risa. «Con los enviados xiongnu presentes, sin duda tendrá mucho que atender mañana, ministro Chu. Sería prudente retirarse temprano».

«El descanso me atrae poco», respondió Chu Mingyun, bajando la mano y enderezando la postura. «Hay un asunto que aún no he resuelto y mi mente no se calma».

«¿Qué asunto puede ser tan urgente?», preguntó Su Shiyu.

«Es de gran importancia», respondió Chu Mingyun, con la mirada fija en él. «¿Le gustaría saberlo, ministro Su?».

«Me encantaría conocer los detalles».

«¿Y si decido no contárselo?», sonrió Chu Mingyun, estudiando la expresión de Su Shiyu antes de añadir: «Quizás Su Excelencia podría acompañarme a dar un paseo. ¿Quién sabe? Si mi estado de ánimo mejora, tal vez me sienta inclinado a hablar y entonces podré descansar».

Su Shiyu soltó una leve risa resignada. «Muy bien».

Lu Qinghe levantó la cortina bordada y saltó del carruaje. En cuanto sus pies tocaron el suelo, se llevó las manos al pecho y se quejó: «¡Te dije que me dejaras ir atrás! ¡Este viaje casi me ahoga!».

Su doncella sonrió mientras se acercaba para ayudarla. «El carruaje es mucho más cómodo que ir a caballo. Se acostumbrará, señorita».

«No tengo ningún deseo de acostumbrarme», replicó Lu Qinghe. «¿Dónde está mi padre?».

«El señor se ha encontrado hace un momento con un viejo amigo y ha ido a saludarlo. Volverá en breve. Nos ha dado instrucciones específicas de que esperemos aquí, para que usted, señorita...», la doncella sonrió, frunciendo los labios, «...pueda aprovechar la oportunidad para... observar adecuadamente».

«... echar un buen vistazo». Lu Qinghe frunció los labios mientras observaba los alrededores. «¿Mirar qué? Todos los apuestos jóvenes que hay por el camino han quedado en un estado lamentable. ¿Qué tiene eso de...?»

Sus palabras se detuvieron abruptamente.

A lo lejos, bajo los melocotoneros, una figura se erguía alta y elegante, con los labios curvados en una sonrisa. Tanto si conversaba con alguien como si no, sus ojos brillaban, rebosantes de profunda diversión.

Su falda carmesí revoloteaba ligeramente, como una repentina brisa primaveral que barría la frente del hombre, como si compartiera un toque de elegancia sin igual con los melocotoneros en flor.

Lu Qinghe apoyó un brazo sobre el hombro de su doncella, con la mirada fija en ese lugar, y murmuró con admiración: «... Qué belleza tan auténtica».

«¿Qué es auténticamente bello?», preguntó Lu Shizhen, que se había acercado por detrás.

«¡Padre!», exclamó Lu Qinghe, volviéndose. «¡Ya he tomado una decisión!».

«¿Tan rápido?», preguntó Lu Shizhen. «¿Quién es?».

«¡Allí!», señaló Lu Qinghe. «¡Lo quiero a él!».

Lu Shi siguió la mirada y enseguida vio a Su Shiyu dándose la vuelta. Su tono se suavizó con satisfacción. «¿Es el de blanco? El gusto de mi hija es realmente impecable...».

«¡No! Lu Qinghe lo interrumpió con urgencia. «¡El que está a su lado con la túnica azul oscuro!».

El rostro de Lu Shi se ensombreció al instante.

«¡Imposible!».

«Padre...», Lu Qinghe lo persiguió, paseándose de un lado a otro por el salón.

«Imposible significa imposible. ¡Tus argumentos no me harán cambiar de opinión!», Lu Shi se mantuvo firme.

«¿Por qué no?», protestó Lu Qinghe. «¡Dijiste que podía elegir yo misma!».

«Tú...», Lu Shi, abrumado por la frustración, se detuvo bruscamente y se volvió hacia ella. «¿Qué diablos te pasa? Con todos esos jóvenes tan apuestos entre los que elegir, ¿te has enamorado del gran mariscal Chu!», exclamó Lu Shi, con voz llena de angustia. «¿Qué es lo que te atrae tanto de él?».

Lu Qinghe instintivamente encogió el cuello y confesó con franqueza: «... Es guapo».

«¿Te ha hechizado solo por tener una cara bonita?», espetó Lu Shi. «¿Eso significa que el señor Su no es guapo?».

«...Padre». Lu Qinghe lo miró fijamente, sorprendido.

Lu Shi se quedó paralizado, al darse cuenta de repente de su lapsus. Miró a su alrededor y, al ver que no había nadie más presente, siguió adelante sin importarle nada. «Qinghe, dime, ¿qué opinas al respecto?».

Lu Qinghe estudió la expresión de su padre, reflexionó un momento y luego respondió con solemne seriedad: «El señor Su es sin duda... pero los dos son diferentes. El señor Su es hermoso, sí, pero es del tipo que solo se puede mirar, no tocar...».

«¿De verdad te apetece ponerle las manos encima al gran mariscal Chu?». La furia reprimida de Lu Shi volvió a estallar. «Aunque he consentido tus caprichos desde que eras niño, ¿cómo es posible que te hayas vuelto tan descarado?»....

Yo nunca he dicho eso. Lu Qinghe cerró la boca, con ganas de llorar, e inclinó la cabeza con resignación para soportar la reprimenda.

Después de descargar su furia, la ira de Lu Shi se había calmado en gran medida. Al ver la actitud sumisa de Lu Qinghe, suavizó el tono y añadió un último comentario: «Si no te interesa el señor Su, que así sea. Tu padre te buscará otra pareja. Tómate tu tiempo para elegir». Hizo una pausa. «Pero no tienes que pensar en el gran mariscal Chu. Dejando a un lado su carácter, ¿quién en la corte no sabe que está persiguiendo descaradamente al señor Su? ¡Te prohíbo que te entrometas más en este asunto!».

Lu Qinghe bajó la cabeza y sus labios se curvaron en un suspiro silencioso ante la capacidad de su padre para inventar una mentira tan descarada.

Sin embargo, Lu Qinghe, que había viajado por todo el mundo marcial, no era una doncella común y corriente confinada a las cámaras interiores. Como su

padre se negaba a dar su consentimiento y los matrimonios concertados no ofrecían ninguna esperanza, decidió intentar un compromiso privado.

La noche era negra como la tinta, llena de los sonidos de mil criaturas.

Lu Qinghe se sentó junto a la mesa. Al ver que su doncella regresaba con la lámpara, le preguntó apresuradamente: «¿Y bien?».

«Esto...». La doncella se acercó, la miró y luego dudó. «Señorita, usted realmente siente predilección por ese caballero...».

«Por supuesto que sí. ¿Por qué si no te habría enviado a entregar un mensaje?», la interrumpió Lu Qinghe. «¿Cuál fue el resultado?».

«Esta sirvienta no ha visto al señor Chu. No estaba en el patio», respondió la criada.

Lu Qinghe estaba desconcertada. «¿Dónde más podría estar en mitad de la noche, si no está en sus aposentos?».

La criada hizo una pausa y luego respondió obedientemente: «Los guardias dijeron que vieron al señor Chu llevando una botella de vino, dirigiéndose solo al pabellón de la montaña».

«Beber solo en plena noche... qué gesto tan romántico», murmuró Lu Qinghe con aprecio, asintiendo con la cabeza. Entonces se dio cuenta. «Esta noche todos están agotados y se han retirado. Nadie irá al pabellón de la montaña». Le dio una palmadita en la espalda a la criada, con evidente emoción. «¡Una bendición!».

Al oír esto, la criada, olvidando el dolor de espalda, espetó: «Señorita, ¿no irá usted también allí, verdad?».

«¡Por supuesto!». Lu Qinghe se puso de pie y se ajustó la túnica. «Una noche tan espléndida es perfecta para una cita secreta y una declaración de amor».

La criada se quedó paralizada, con la mente en blanco. «Pero... el pabellón de la montaña es frío por la noche. Le traeré una capa».

«No es necesario». Lu Qinghe levantó la mano para detenerla, hablando con audaz confianza. «Una doncella delicada es aún más entrañable. Un toque de frío en el pabellón nos viene muy bien».

«Señorita...».

«¿Qué haces en el pabellón de la montaña?», resonó de repente la voz de Lu Shi.

La digna figura de Lu Qinghe se estremeció al oírla. Giró la cabeza con rigidez y sonrió: «Padre...».

Lu Shi frunció profundamente el ceño mientras presionaba a la doncella: «¿Con quién va a reunirse?».

Justo cuando la criada abrió la boca para responder, Lu Qinghe intervino: «¡A ver al señor Su, por supuesto!».

«¿Al señor Su?».

Lu Qinghe asintió tímidamente con la cabeza, apartando la cara como si se sintiera avergonzada. Le hizo un imperceptible gesto de asentimiento a la criada y dijo: «Sí, al señor Su».

«¿Por qué querías verlo?», preguntó Lu Shi con escepticismo.

Lu Qinghe respiró hondo. «Padre, siempre has tenido en alta estima al señor Su, ¿no es así? Después de que te fueras, lo pensé y me di cuenta de que yo tampoco soy del todo indiferente a él... Así que envié un mensaje para concertar una reunión, para ver si realmente es tan admirable como tú dices».

—El carácter del ministro Su es irreprochable —afirmó Lu Shi.

Lu Qinghe se apresuró a estar de acuerdo, echando un vistazo a la expresión de su padre. —Precisamente por eso deseo conocerlo.

Lu Shi asintió. —Sería bueno que se conocieran.

Lu Qinghe sonrió dulcemente y preguntó: «Entonces, ¿qué te ha traído aquí?».

«Nada en particular», respondió Lu Shi. «Solo venía a discutir este asunto contigo de nuevo. Ya que has tomado una decisión, puedo estar tranquilo».

«Entonces puede irse. Voy a buscar a algunos viejos amigos para charlar». Cuando Lu Shi se dio la vuelta para marcharse, Lu Qinghe suspiró aliviado. De repente, se volvió. «Sin embargo...».

Lu Qinghe lo miró con ansiedad. «¿Qué pasa?».

«Deberías ponerte una capa antes de ir».

El corazón de Lu Qinghe se estremeció. Bajó la cabeza y asintió en silencio.

Solo cuando Lu Shi se hubo marchado, la sirvienta, que había estado conteniendo la respiración cerca de ella, se atrevió a preguntar con cautela: «Señorita... ¿todavía va a ir al pabellón de la montaña?».

«Por supuesto», Lu Qinghe levantó la cabeza y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. «Habiendo llegado hasta aquí, ¿cómo no iba a ir?». Hizo una pausa, con la confianza ligeramente vacilante. «Pero esperaré hasta más tarde... para que mi padre no me vea».

Lu Shi sintió que se le quitaba un peso de encima y se le alegró el ánimo. Al entrar en el patio de Wei Song, el ministro de Hacienda, exclamó alegremente: «¡Ministro Wei! ¡Esta noche le mantendré despierto hasta tarde para jugar unas partidas de ajedrez!».

En el salón, Wei Song se levantó con una sonrisa para saludarlo. Detrás de él, varias figuras se pusieron de pie bajo la brillante luz de las lámparas. Una de ellas esbozó una leve sonrisa. «El ministro Lu parece muy animado. ¿Hay algún motivo de celebración?».

Lu Shi se quedó paralizado al instante. «... ¿Ministro Su?».

Su Shiyu asintió. «Entra y habla».

Lu Shi permaneció clavado en el sitio. «¿Cómo ha llegado aquí?».

Wei Song empujó a Lu Shi hacia el salón para que se sentara. «El honorable funcionario vino a preguntar por el enviado xiongnu y charló conmigo un rato. Su llegada es muy oportuna. Ya que desea jugar al ajedrez, ¿por qué no juega una partida amistosa con el señor Su?».

Lu Shi accedió. Al ver que Wei Song entraba en la casa para buscar el juego de ajedrez, no pudo evitar preguntarle a Su Shiyu: «¿No tenía usted un compromiso esta noche, señor Su?».

Su Shiyu negó con la cabeza y sonrió. «No tengo ningún compromiso».

Lu Shi se quedó en silencio, con una expresión que reflejaba una serie de emociones complejas. Su Shiyu no pudo evitar preguntar: «¿Qué le preocupa, señor Lu?».

«... Nada en particular». Lu Shi volvió a sí mismo, esbozó una leve sonrisa y suspiró profundamente. «Me da bastante vergüenza admitirlo, pero mi hija admira desde hace tiempo a Su Excelencia. Habiéndome acompañado al Palacio de Caza, envió en privado a una doncella para invitarlo a reunirse con ella en el pabellón de la montaña. Estaba ocupada vistiéndose y preparándose cuando me topé con ella y me lo confesó».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño. «Pero yo no recibí tal invitación...».

«Eso es precisamente lo que me desconcierta», se apresuró a responder Lu Shi. «Pero pensándolo bien, dado que Su Excelencia se ha estado alojando con el ministro Wei, debe ser que la doncella que entregó el mensaje no fue de fiar».

La implicación ahora estaba clara. Su Shiyu suspiró suavemente. «Me siento profundamente honrado por la amable consideración del señor Lu, pero no tengo ningún deseo de casarme. No me atrevo a retrasar más a su hija».

«Es una tonta obsesión de mi hija y yo, como padre, poco puedo hacer para evitarlo», respondió Lu Shi. «A estas alturas, probablemente ya se haya ido al pabellón de la montaña para su cita. Seguramente no volverá hasta que te haya

visto. Las noches en la montaña pueden ser bastante frías. Aunque no tengas interés, una breve reunión al menos la tranquilizaría».

Su Shiyu reflexionó brevemente antes de responder: «Su preocupación por su hija es comprensible, señor Lu. En ese caso, debo marcharme».

«Muy bien, muy bien», dijo Lu Shi levantándose junto a Su Shiyu. «Por favor, apúrese, señor Su».

De pie en el umbral, observó la figura de Su Shiyu alejarse hasta desaparecer. Detrás de él, Wei Song salió de la casa con el juego de ajedrez en las manos y preguntó sorprendido: «¿Por qué se ha marchado el señor Su?».

Lu Shi se volvió hacia el salón, le dio una palmada en el hombro y respondió de forma indirecta: «Es una suerte que tenga un hijo, señor Wei, y que se haya casado pronto».

Wei Song lo miró desconcertado. «¿Qué quiere decir con eso, señor Lu?».

«Ah», Lu Shi suspiró profundamente. «Mi corazón está realmente destrozado».

☆, [Capítulo 42]

☆, [Capítulo 42]

El pabellón de la montaña hacía honor a su nombre, una estructura esmaltada en color bermellón erigida en las alturas del monte Qi. Desde su interior, se podía contemplar el palacio de caza, cuyas luces titilaban débilmente como estrellas.

Soplaba una suave brisa de montaña que solo traía consigo el débil murmullo de los insectos. Su Shiyu subió los escalones.

El interior del pabellón quedó a la vista. Al observar los alrededores, no vio a ninguna noble dama esperando. Solo una figura inclinada sobre la mesa de piedra dentro del pabellón, una silueta que conocía muy bien.

Su Shiyu se acercó, desconcertado. «... ¿Señor Chu?».

No hubo respuesta.

Chu Mingyun descansaba la cabeza sobre el brazo, con el rostro inusualmente sereno y tranquilo, como si estuviera profundamente dormido, ajeno por completo a la llegada de los demás.

La jarra de vino yacía al alcance de la mano, más de la mitad vacía. El aire estaba impregnado de la rica fragancia del licor añejo. Su cabello azabache se derramaba sobre sus hombros, salpicado por el brillo helado de la luz de la luna. Su frente y sus ojos estaban completamente inmóviles, y sus pálidos labios brillaban con un lustre húmedo. Su hermoso rostro se apoyaba contra los intrincados motivos de lotos de las mangas de color azul intenso, y las encantadoras flores carmesí se desplegaban a lo largo de su figura, floreciendo con un esplendor ilimitado y exquisito sobre la tela.

Su Shiyu bajó la mirada y lo estudió atentamente. Tras un largo silencio, levantó la mano, se quitó la túnica exterior y se la colocó a Chu Mingyun. Luego, inclinándose una vez más, le ajustó el dobladillo hasta la barbilla.

Su Shiyu se enderezó ligeramente, pero el movimiento de su mano al retirarla se detuvo involuntariamente.

Su mirada se intensificó y la vacilación se apoderó de su expresión. Extendió un dedo, moviéndose con extrema lentitud y cautela, centímetro a centímetro, hacia la frente y los ojos de Chu Mingyun. Sin embargo, en el momento en que la yema de su dedo estaba a punto de entrar en contacto, se detuvo.

Su Shiyu bajó los ojos y sonrió en silencio, con un toque de autocrítica en la expresión. En el instante en que retiró la mano, esta fue agarrada con firmeza.

Chu Mingyun llevó su mano a su propia mejilla y abrió lentamente los ojos. Su profundidad oscilaba entre lo profundo y lo vacío, como reflejos de las montañas y ríos más majestuosos del mundo. No mostraba ninguna expresión y no hablaba, simplemente fijaba su mirada en Su Shiyu.

Su Shiyu solo se detuvo un momento antes de recuperar la compostura. No intentó retirar la mano precipitadamente, sino que simplemente bajó la mirada y le sonrió. «En este estado, señor Chu... ¿me ha olvidado?».

Chu Mingyun permaneció en silencio. Soltó su agarre y volvió a levantar la mano, acercándola al rostro de Su Shiyu. Su Shiyu inclinó ligeramente la cabeza para esquivarla. Sin dudarlo, la mano de Chu Mingyun se posó sobre la horquilla de jade que sujetaba el mechón de cabello y giró la muñeca para sacarla.

El cabello negro azabache cayó en cascada con su movimiento, tres mil mechones como una cascada, diez zhang del mundo mortal cayendo en silencio.

Sus miradas se cruzaron. Su Shiyu estaba desconcertado, mientras que la mirada de Chu Mingyun se volvió profunda, con una tormenta gestándose en sus profundidades.

Aflojó el agarre. La horquilla de jade cayó al suelo con un tintineo agudo.

Chu Mingyun se inclinó hacia adelante, acarició el rostro de Su Shiyu con las manos y lo besó. Totalmente inesperado, totalmente desprevenido.

Su túnica exterior se deslizó de sus hombros hasta el suelo, asustando a las luciérnagas que salieron volando entre las profundas sombras de los árboles.

Con sus labios y su lengua, trazó el contorno de la boca de Su Shiyu. Su lengua atravesó la barrera de los dientes, llevando el fresco aroma del vino directamente a la boca de Su Shiyu. Lamía y chupaba, completamente entrelazado.

Su Shiyu se quedó paralizado de repente, con la mente completamente en blanco. Sus ojos ligeramente abiertos se encontraron con la mirada de Chu Mingyun. A tan corta distancia, no podía discernir la emoción que había en ellos, solo sentía una profundidad insondable.

Chu Mingyun pareció reírse suavemente, con un sonido amortiguado entre los labios y los dientes, antes de morder suavemente la boca de Su Shiyu.

Una sensación de hormigueo se extendió como la pólvora por su piel, y su corazón latía dolorosamente en su pecho. Su Shiyu volvió a recuperar la conciencia.

Levantó la mano para agarrar la mano de Chu Mingyun que descansaba sobre su mejilla.

Un dolor agudo le atravesó la muñeca, lo que hizo que Chu Mingyun aflojara ligeramente el agarre. Aprovechando el momento, Su Shiyu se liberó y dio unos pasos atrás. Ambos apartaron la mirada y jadeaban suavemente, sin aliento.

La horquilla de jade rota yacía esparcida por el suelo ante sus ojos. Solo cuando Su Shiyu recuperó la compostura, habló: «Te has sobrio».

Chu Mingyun bajó la mirada hacia la tenue marca carmesí en su muñeca, con un tono desprovisto de emoción. «Nunca estuve borracho».

Su Shiyu sonrió levemente y decidió no seguir con el tema. Se despidió brevemente y se marchó sin esperar una respuesta, con pasos apresurados y sin mirar atrás ni una sola vez.

Chu Mingyun vio cómo su figura se alejaba y desaparecía en la noche. Cogió la jarra de vino, echó la cabeza hacia atrás y bebió, dejando que el líquido le resbalara lentamente por la barbilla y le manchara el cuello.

La mitad de la jarra se vació, el licor frío le quemaba la garganta, pero no lograba calmar la inquietud que sentía en su interior. Se llevó un dedo a los labios, curvó lentamente la boca en una sonrisa y murmuró en voz baja:

«Se acabó».

Al final, esas palabras recayeron sobre él mismo.

Cuando dejó de reprimir y rechazar, cuando dejó de engañarme a mí mismo.

La respuesta es muy sencilla: simplemente, tú habitas en mi corazón.

Su Shiyu bajó los escalones de piedra a zancadas rápidas, con la mente llena de la escena de momentos antes. Sus pensamientos estaban tan enredados que era imposible desenredarlos. La fresca brisa de la montaña que lo rozaba no servía para calmarlo; al contrario, solo acentuaba el leve calor febril que irradiaba todo su cuerpo.

Tal impotencia era tan rara en su vida que ni siquiera se atrevía a volver a mirarlo.

En su aturdimiento, ni siquiera se había dado cuenta de que alguien se acercaba hasta que su exclamación de sorpresa lo devolvió a la realidad.

—¿Ministro Su...? —Lu Qinghe lo miró con incertidumbre.

Su Shiyu la miró y le dedicó una sonrisa apresurada—. Mis disculpas.

Con eso, pasó junto a ella sin detenerse.

Lu Qinghe se quedó mirando la figura de Su Shiyu mientras se alejaba, completamente desconcertada. ¿Cómo podía este censor en jefe, normalmente tan sereno, perder así la compostura? Sin embargo, no le dio más vueltas al asunto y, en cambio, se giró para respirar hondo antes de subir los escalones que llevaban al pabellón de la montaña.

Efectivamente, el hombre estaba sentado dentro del pabellón, apoyado casualmente contra la mesa de piedra, perdido en sus pensamientos. Al oír los pasos, levantó la vista, con el ceño ligeramente fruncido. «¿Quién eres?».

«Esta humilde doncella es Lu Qinghe, hija de Lu Shi, ministro de Justicia». Lu Qinghe hizo una reverencia adecuada.

«¿Necesitas algo?». Chu Mingyun apartó la mirada, recogió la túnica blanca del suelo y le quitó con cuidado el polvo.

«Nada especialmente urgente», Lu Qinghe reunió valor y pronunció las palabras que llevaba tanto tiempo preparando. «Pero, señor Gran Mariscal, al encontrarlo aquí bebiendo solo a estas horas de la noche, ¿acaso hay algo que le preocupa?».

«Sí, hay algo, aunque no es nada preocupante». Chu Mingyun examinó la túnica que tenía en las manos y percibió un ligero aroma a incienso relajante. Su voz transmitía una rica sonrisa mientras hablaba en voz baja y deliberadamente: «Hace un momento, mientras yacía sobre la mesa de piedra con los ojos cerrados, absorto en mis pensamientos, los abrí y contemplé a la persona en la que había estado pensando. El asunto se aclaró y mi cansancio se disolvió en puro deleite».

«La persona en la que pensabas... ¿podría ser alguien querido para ti, gran comandante?», preguntó Lu Qinghe, mirando alrededor del pabellón.

«Por supuesto».

«Entonces, ¿sería tan amable el Gran Comandante de compartir su nombre?», se atrevió a preguntar Lu Qinghe con cautela.

Chu Mingyun se colocó con calma la túnica exterior sobre los hombros. Ante la pregunta, se rió suavemente, mientras sus pálidos dedos acariciaban el dobladillo bordado. Levantó lentamente los párpados y miró a Lu Qinghe con ojos llenos de diversión. «Cuando subiste hace un momento, ¿no lo viste?».

Lu Qinghe se quedó paralizada, reconociendo al instante al dueño de la túnica. Su memoria retrocedió a aquella primera y fugaz mirada, y se dio cuenta de que había pasado por alto la risa en sus ojos, que se habían fijado por completo en aquella figura, blanca como las flores. La mirada de Lu Qinghe se desvió

involuntariamente hacia los pliegues sueltos de su túnica. En un instante, recordó lo que Lu Shi había mencionado anteriormente sobre su relación. Al darse cuenta de algo, sus mejillas se sonrojaron, un rubor imposible de disimular.

Incluso después de regresar a su habitación, Lu Qinghe seguía sin poder sacudirse esa sensación persistente.

Una emoción indescriptible se agitó en el corazón de Lu Qinghe. Respiró hondo, esforzándose por recuperarse.

Recordando cuidadosamente, el funcionario Su con el que se había encontrado en el sendero de la montaña caminaba apresuradamente, con el cabello largo revuelto. A la brillante luz de la luna, su rostro estaba claramente sonrojado. Sin embargo, en el pabellón de la montaña, el funcionario Chu vestía su túnica exterior. Había sido una cita bajo la luna, con buen vino... esa mirada en su rostro, los fragmentos de jade en el suelo y las manchas de agua en su túnica...

El corazón de Lu Qinghe tembló y su rostro se sonrojó. Suspiró para sus adentros: «El señor Su realmente... no se puede juzgar un libro por su portada!».

Entonces se le ocurrió otra idea: el señor Su estaba claramente ansioso por marcharse, mientras que el señor Chu se quedaba solo en el pabellón. Aunque había dejado una capa, seguía pareciendo bastante frío...

La criada vio regresar a su señora, que se agarraba la cara en alternancia entre ataques de alegría y tristeza, con una expresión que cambiaba como una veleta. Se preguntó si debía informar al señor de que su esposa parecía poseída por algún hechizo demoníaco, cuando de repente Lu Qinghe se cubrió la cara y suspiró profundamente. «Después de los placeres fugaces del romance, lo único que queda es el vacío. ¡El señor Chu es verdaderamente digno de lástima!».

La criada se quedó estupefacta.

Lu Qinghe bajó las manos y miró a la criada. «¿No crees que el magistrado Su y el magistrado Chu son en realidad muy compatibles?».

«¿Qué has dicho?».

La expresión de Lu Qinghe se volvió solemne mientras declaraba con sinceridad: «Como hijos del mundo marcial, ¿cómo podemos rebajarnos a conformarnos con las convenciones mundanas? He tomado una decisión. Como me preocupo por él, debo ayudarlo a liberarse de ese triste enredo y conquistar su verdadero corazón cuanto antes».

Sirvienta: «...».

☆, [Capítulo 43]

☆, [Capítulo 43]

Cuando la luna se puso y salió el sol, quienes habían permanecido despiertos toda la noche sumidos en profundas reflexiones se vieron obligados, al entrar la luz del amanecer en la sala, a dejar a un lado sus preocupaciones y prepararse para el banquete.

El emperador Li Yanzhen de Daxia, siempre versado en las artes refinadas, había organizado este banquete al aire libre con especial cuidado: entre la música de flautas *sheng* y cuerdas, las flores caídas flotaban como copos de nieve; las doncellas bailarinas se balanceaban al ritmo de la música, y su fragante polvo atraía a las mariposas, que perseguían sus pasos; copas de jade rebosantes de buen vino fluían a lo largo del sinuoso arroyo para el ritual de las copas flotantes.

Los asientos del Gran Mariscal y del Censor en Jefe estaban, como dictaba la costumbre, situados en extremos opuestos. Chu Mingyun, con la barbilla apoyada en una mano, se cruzó ocasionalmente con la mirada de Su Shiyu. Sin embargo, este último se limitó a esbozar una leve sonrisa antes de bajar la mirada para beber, sin mostrar ningún cambio en su comportamiento habitual.

Imperturbable, sin siquiera un atisbo de disgusto. Si no fuera por el vívido recuerdo de Su Shiyu apartando la cabeza, negándose a cruzar la mirada con él, Chu Mingyun podría haber confundido la noche anterior con nada más que un sueño de borracho. Se preguntó si Su Shiyu estaría pensando una vez más en alguna idea del tipo «no hay por qué preocuparse», de ahí su total falta de reacción. Chu Mingyun tomó la copa de vino que se había detenido ante él, frunciendo ligeramente el ceño.

La melodía acababa de terminar y, antes de que el músico de la corte pudiera tocar las cuerdas para comenzar de nuevo, un profundo suspiro llenó la pausa, tan fuerte que se oyó claramente.

Todas las miradas se dirigieron instintivamente hacia el asiento del enviado *xiongnu*.

Li Yanzhen también miró y preguntó: «¿Por qué suspira el noveno príncipe? ¿Acaso no está satisfecho con la hospitalidad?».

Yuwen Sun se levantó e inclinó directamente hacia Li Yanzhen antes de responder: «Su Majestad el Emperador nos ha mostrado una hospitalidad tan generosa. ¿Cómo podría sentirme insatisfecho?». Recorrió con la mirada a los invitados reunidos y volvió a suspirar. «Es solo que encuentro las costumbres de su nación tan diferentes de las de nuestro pueblo Xiongnu que no puedo evitar sentir cierta melancolía».

«¿Reflexiones?», preguntó Li Yanzhen, desconcertado. «¿Le importaría explicarse mejor?».

«Al ser nuestra primera visita, no estamos familiarizados con sus costumbres. Sin embargo, después de probar sus excelentes vinos y manjares, no les encontramos mucho sentido. Los interminables banquetes y bailes se volvieron tediosos. Cuando Su Majestad el Emperador nos invitó a unirnos a la caza de primavera, esperaba poder presenciar por fin sus habilidades ecuestres y de tiro con arco. Incluso esperaba encontrar un oponente hábil para una competición amistosa. Sin embargo, aquí nos encontramos disfrutando de banquetes y juergas». Yuwen Sun se rió entre dientes antes de añadir: «Tras observar atentamente a la compañía reunida, noto que todos parecen bastante refinados, difícilmente del tipo experto en equitación o tiro con arco. Es de suponer que, con su reino en paz, esas artes rústicas tienen poca necesidad. Qué diferente de nuestras tierras, donde la supervivencia exige el dominio de esas arduas habilidades. En comparación, me siento bastante envidioso».

Sus palabras eran halagadoras, pero su tono transmitía un sarcasmo perfectamente calculado. Tan pronto como Yuwen Jun terminó de hablar, el ambiente en el banquete se volvió gélido al instante.

Chu Mingyun giró la cabeza. «Alteza, si desea encontrar a alguien con quien practicar, yo podría acompañarlo».

Yuwen Sun hizo un gesto de rechazo con la mano y se rió entre dientes: «La fama del general Chu como guerrero implacable en el campo de batalla es conocida por todos. Aunque me considero competente con el arco, nunca he visto un combate real. Aunque me encantaría participar en una competición amistosa por diversión, enfrentarme a usted solo acabaría en derrota. ¿Qué gracia tendría eso?».

«Si no tienes el valor para competir, ¿qué sentido tiene esta conversación?», replicó Chu Mingyun con frialdad.

«Admito que no me atrevo a enfrentarme a ti, y no veo nada vergonzoso en ello», respondió Yuwen Sun, sin inmutarse. «De ahí mi lamento: que, aparte del general Chu, no hay nadie más aquí. Es realmente tedioso».

Era de conocimiento común que la cultura predominante en la Gran Xia valoraba más la erudición que la destreza marcial. Aunque las palabras del príncipe hun eran una clara provocación, tocaban precisamente un punto sensible, dejándolos sin réplica.

La paciencia de Chu Mingyun se estaba agotando. «¿Vas a terminar alguna vez? Si...».

«Su Alteza Real tiene razón», intervino de repente Su Shiyu, poniéndose en pie. «Para un hombre de la talla de Chu, ocuparse personalmente de tales trivialidades sería realmente bastante molesto».

Chu Mingyun volvió la cabeza. Su Shiyu cruzó brevemente su mirada con la de él antes de volver a fijar los ojos en Yuwen Sun. Con una leve sonrisa, comentó: «¿Qué piensa Su Alteza de mí? Aunque ocupo un cargo civil, me interesan la equitación y el tiro con arco. Esta sería una buena oportunidad para probar suerte. ¿Qué le parece?».

Yuwen Sun evaluó al refinado y erudito joven que tenía ante sí. «Con su porte digno, señor Censor, otros podrían acusarme de intimidarlo».

—Alteza, debo confesar que esta observación me resulta bastante desconcertante. Considera usted que el señor Chu no es digno de la victoria, pero me considera a mí demasiado débil. Esa evasiva tan persistente... —Su Shiyu entrecerró ligeramente los ojos y su sonrisa se desvaneció—. ¿Acaso solo pretende una guerra de palabras, sin ningún deseo genuino de una competición en condiciones?

«¿Está cuestionando mis intenciones?». La sonrisa se desvaneció del rostro de Yuwen Sun.

«En absoluto», respondió Su Shiyu. «Usted mismo mencionó que era solo por diversión. ¿Por qué dar importancia a la victoria o la derrota?».

Aunque lo dijo con ligereza, todos entendieron que no se trataría de una simple competición privada, sino que inevitablemente afectaría al honor de las familias y de la nación.

Se oyeron murmullos entre la multitud. Li Yanzhen no pudo resistirse a intervenir para calmar los ánimos. «Ya basta. Son solo unas bromas, ¿por qué hay que darle tanta importancia?».

«Su Majestad lo malinterpreta», intervino rápidamente Yu Wenshun. «Intercambiar habilidades es algo habitual; no hay ningún motivo oculto. Dado que el Censor ya ha aceptado, renegar ahora sería realmente muy imprudente».

«Esto...». Li Yanzhen miró con preocupación a Su Shiyu, quien le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de volverse hacia Yuwen Sun. «¿Qué tipo de competición propone Su Alteza Real?».

«No le molestaré con la equitación ni la caza. Compitamos únicamente en tiro con arco. ¿Qué le parece?».

Él sonrió en señal de acuerdo.

Su Shiyu aceptó el arco largo que le ofrecieron, con una fugaz mirada de nostalgia en sus ojos. Luego se volvió y llamó a Chu Mingyun, que observaba cerca: «Ministro Chu, le agradecería que me enseñara el arte del tiro con arco».

Chu Mingyun se acercó a él, le echó un vistazo rápido y luego sonrió. «Su postura es bastante incorrecta, señor Su. En realidad, es bastante metódica».

Su Shiyu no respondió. Bajó la voz. «Cuando el príncipe Xiongnu dispare su flecha más tarde, manténgase alerta. No deje que ataque a Su Majestad».

«Mueve la mano izquierda un poco más arriba». Chu Mingyun observó su empuñadura mientras tensaba la cuerda del arco.

Su Shiyu se quedó quieto y giró la cabeza para encontrar la mirada de Chu Mingyun. «¿Señor Chu?».

Chu Mingyun levantó los ojos para encontrar los suyos y, de repente, arqueó las cejas en una sonrisa. «Bésame y yo te vigilaré».

«... Su Shiyu lo miró fijamente.

«Ministro Su», Chu Mingyun bajó las pestañas y habló lentamente, «cuando me miras tan directamente, me hace sentir bastante avergonzado».

«... ¿Es así?», respondió Su Shiyu.

Chu Mingyun suspiró, con un toque de renuencia en su voz. «Ya que te ofreces, dos besos serían aceptables».

Su Shiyu no pudo evitar reírse en voz alta, completamente exasperado. «Ministro Chu...».

«Muy bien, lo entiendo». Chu Mingyun observó la leve sonrisa que se dibujaba en las comisuras de los labios de Su Shiyu. Tras pensarla un momento, de repente agarró la muñeca de Su Shiyu y lo atrajo completamente hacia él en un abrazo por detrás. «Esto me parece más natural».

Su Shiyu se quedó paralizado y luego intentó apartarse.

«No te muevas». Chu Mingyun le sujetó ambas manos, inmovilizándolo contra su pecho. Inclinando ligeramente la cabeza, le susurró al oído con una risita ahogada: «¿De qué te escondes? Con toda esta gente alrededor, ¿de verdad temes que te fuerce a darme otro beso?».

Su Shiyu abrió la boca para protestar, pero no pudo articular palabra. Por fortuna, su posición apartada atraía poca atención, lo que permitía que un deseo tácito echara raíces en silencio. Bajó la mirada y dejó de forcejear.

Chu Mingyun apoyó la barbilla en el hombro de Su Shiyu y su aliento rozó la mejilla de este último. El ligero aroma a sándalo se mezcló con su risa, provocándole un cosquilleo en el cuero cabelludo a Su Shiyu. Solo pudo dejar que

Chu Mingyun le tomara la mano para estabilizar el arco largo antes de soltarlo y apartarse.

Su Shiyu no pudo evitar girar la cabeza para mirar a Chu Mingyun. Este ya había vuelto a su posición original y, cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de Su Shiyu. Chu Mingyun esbozó lentamente una sonrisa, se llevó su pálido dedo blanco a los labios y le guiñó un ojo a Su Shiyu con complicidad.

«...» Su Shiyu fingió indiferencia y desvió la mirada hacia Li Yanzhen, que se encontraba a lo lejos.

En ese instante, el objetivo había quedado fijado en la lejanía. Yu Wen Sun, de pie en el centro del campo, prescindió de más formalidades. Sus movimientos al colocar la flecha y tensar el arco fueron fluidos y decisivos. Desde cien pasos, la flecha salió disparada en línea recta y dio en el blanco. La delegación xiongnu se levantó para vitorear e incluso desde los asientos de Gran Xia se escaparon varios murmullos bajos, reconociendo que el arrogante príncipe poseía efectivamente cierta habilidad.

La preocupación de Li Yanzhen se intensificó al mirar a Su Shiyu. Justo cuando abrió la boca para hablar, Su Shiyu levantó una mano para silenciarlo. Asintiendo a Li Yanzhen, se dio la vuelta y se acercó.

Tensando su arco y colocando una flecha, Su Shiyu tiró lentamente de la cuerda. Unas poderosas líneas surgieron de sus hombros y brazos, con una mirada inusualmente aguda y desprevenida.

Con un movimiento de sus dedos, la flecha silbó en el aire. Con un impulso que parecía atravesar las nubes, rozó por poco el tiro anterior y se clavó con firmeza en la diana. Sin embargo, aún así se desvió ligeramente de la flecha de Yuwen Sun.

Su Shiyu se giró con indiferencia y le entregó el arco a su asistente con naturalidad.

Los rostros de los enviados xiongnu ya mostraban expresiones de alegría. Aunque los ministros de Gran Xia sentían pesar, reconocieron que no era una hazaña insignificante para el Gran Censor, por lo que permanecieron en silencio y la sala quedó en silencio.

Chu Mingyun, sin embargo, siguió mirando fijamente al blanco y de repente soltó una risa ahogada.

Se oyó un chasquido seco cuando la flecha que dio en el blanco se partió en dos y sus plumas cayeron sobre la alfombra de flores silvestres.

La expresión de Yuwen Sun se ensombreció al instante. Su Shiyu se detuvo a su lado y le dedicó una leve sonrisa. «Mucho más fácil de lo que esperaba».

«¡Tú...!». Giró la cabeza rápidamente, pero Su Shiyu ya había dado un paso atrás hacia su asiento. Al ver retirarse aquella esbelta figura, Yuwen Sun recordó haber visto a Chu Mingyun susurrarle algo al oído a Su Shiyu momentos antes. Frunció profundamente el ceño y apretó con fuerza el puño que tenía a un lado.

A este banquete imperial no podían asistir los familiares de los ministros, por lo que Lu Qinghe había esperado fuera desde primera hora, hasta que concluyera la fiesta.

Se había preparado diligentemente la noche anterior, estudiando numerosos libros y guiones de narradores, ampliando considerablemente sus horizontes, pero se dio cuenta de que podía ofrecer poca ayuda práctica. Tras mucho deliberar, Lu Qinghe decidió simplemente crear oportunidades para que los dos estuvieran a solas. Después de todo, las reuniones privadas frecuentes, bueno, las reuniones privadas en cualquier sentido, seguramente fomentarían una mayor comunicación.

El melocotonero de la ladera trasera estaba en plena floración. Ella había invitado a Su Shiyu antes de que comenzara el banquete. Su Shiyu, probablemente sintiéndose culpable por su comportamiento de la noche anterior, aceptó sin dudar. En cuanto a Chu Mingyun... No había visto al caballero en toda la mañana, por lo que se encontró esperando allí.

Mientras reflexionaba, los sonidos resonantes de las despedidas llegaban desde el interior. La música cesó y, en medio de la multitud que se dispersaba, Lu Qinghe vio a Chu Mingyun. Cubriendose el rostro para evitar la mirada de Lu Shi, se apresuró hacia él. —¡Su Excelencia, el Gran Mariscal, por favor, espere!

Chu Mingyun se detuvo al oír su llamada y volvió la cabeza. «¿Tú otra vez?».

«... Soy yo», Lu Qinghe bajó la mano y esbozó una leve sonrisa. «¿Podría el Gran Mariscal dedicarme un momento...?»

«No tengo tiempo», respondió Chu Mingyun.

—Solo deseo invitar a Su Excelencia al huerto de melocotoneros que hay detrás de la montaña por un momento. No tardaremos mucho...

—No iré.

—¿Por qué una negativa tan rotunda, Su Excelencia?

—¿Hay algo más? —Chu Mingyun la miró con indiferencia.

Lu Qinghe respondió: —No.

Al ver que Chu Mingyun comenzaba a alejarse, se apresuró a añadir: «¡El ministro Su está en la montaña trasera!».

Chu Mingyun se detuvo y se volvió con una sonrisa tenue y ambigua. «¿Ah, sí?».

«Nunca engañaría a Su Excelencia», declaró Lu Qinghe con sinceridad.

Chu Mingyun se volvió lentamente hacia ella. «¿Qué está tramando?».

«En absoluto», Lu Qinghe negó con la cabeza. Al observar la expresión inescrutable de Chu Mingyun, respiró hondo y añadió: «Solo deseo ser de alguna ayuda para Su Señoría».

Chu Mingyun la miró en silencio antes de soltar una suave risita. «Me recuerdas a alguien».

Lu Qinghe se mostró sorprendida. «¿A quién?».

Chu Mingyun apartó la mirada y levantó ligeramente una ceja. «Quizás las mujeres que practican artes marciales durante años y prefieren las prendas rojas son todas un poco inusuales».

Lu Qinghe se quedó desconcertada. Antes de que pudiera reaccionar, Chu Mingyun se dio la vuelta y se alejó. A sus espaldas, el viento soplaba entre los árboles con un susurro, sacudiendo las ramas y haciendo caer las flores. Los pétalos caían como lluvia.

☆, [Capítulo 44]

☆, [Capítulo 44]

Su Shiyu se giró al oír unos pasos. Bajo los resplandecientes melocotoneros en flor, una figura se acercaba con pasos mesurados, con los ojos entrecerrados por la diversión. Levantó una ceja con leve sorpresa. «Qué coincidencia. ¿Cómo es que el señor Chu también ha venido aquí?».

«No es casualidad», respondió Chu Mingyun, plantándose ante él con una radiante sonrisa. «Probablemente, la persona a la que esperabas soy yo».

«Pero fue la hija del señor Lu quien me invitó aquí esta mañana».

«Así es», respondió Chu Mingyun con una sonrisa. «Y fue ella quien me envió a reunirme con usted».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño, desconcertado. «... ¿Qué significa esto?».

«Es muy sencillo», respondió Chu Mingyun, con los ojos entrecerrados por la diversión mientras lo observaba. Ahora que incluso los espectadores se commueven por mi devoción, ministro Su, ¿aún no tiene intención de aceptar mi propuesta?».

«El ministro Chu bromea», respondió Su Shiyu con una sonrisa.

«Si decide no creerlo, que así sea». El viento barrió los pétalos carmesí esparcidos por el suelo mientras Chu Mingyun hablaba tranquilamente: «Pero en una ocasión tan espléndida, ministro Su, ¿no deberíamos saldar la deuda que tiene conmigo?».

—¿Cuándo le he tenido una deuda, señor Chu?

—¿El asunto del concurso de tiro con arco... ya lo ha olvidado tan rápido?

—Levantó la mano para agarrar la barbilla de Su Shiyu, y sus dedos trazaron la pálida curva de sus labios—. Pero si se siente tímido, señor Su, sin duda puedo tomar la iniciativa.

Su Shiyu bajó la mano y soltó una suave risa. —Parece que Su Excelencia se excedió bastante en el banquete de antes.

—Tengo bastante tolerancia —Chu Mingyun hizo una pausa y luego añadió—: Tampoco estaba borracho en absoluto anoche.

Su Shiyu sonrió sin responder, desviando la mirada hacia las ramas en flor que había junto a ellos. «La temporada está avanzada. Probablemente sea la última vez que veamos los melocotoneros en flor».

Chu Mingyun, sin embargo, siguió mirándolo fijamente, hablando como si fuera para sí mismo: «Estuve despierto toda la noche».

Los dedos ocultos dentro de sus mangas se tensaron imperceptiblemente, pero la expresión de Su Shiyu permaneció totalmente serena. «Ya veo. Me preguntaba por qué Su Excelencia decidió dormir en el pabellón de la montaña, sin temor a resfriarse».

«Hablando de eso...», dijo Chu Mingyun con lentitud, «no tengo intención de devolverle esa túnica exterior».

Su Shiyu sonrió. «No pasa nada. Si a lord Chu le gusta, puede quedársela».

Chu Mingyun lo observó sin pestañear, como si intentara leer algo. Al oír esto, se rió suavemente. «Pero tú me gustas más. ¿Me permitiría lord Su quedarme también contigo?».

Su Shiyu se detuvo y bajó ligeramente la mirada. « «Bromeas, señor Chu».

Chu Mingyun ladeó la cabeza y entrecerró ligeramente los ojos. «¿Por qué no me miras?».

Su corazón se detuvo y la vacilación se apoderó de él. Su Shiyu levantó lentamente la mirada para encontrarse con los ojos de Chu Mingyun, profundos como la noche y vastos como el mar. Se inclinó hacia él y sonrió. «¿Y si te dijera que ninguna de las dos cosas es una broma?».

Sus miradas se cruzaron. Tras un momento de silencio, Su Shiyu lo comprendió de repente. «Ya he preguntado al señor Wei por los términos de los xiongnu. Dado que Su Majestad ha ordenado que lo deliberemos a fondo a mi

regreso, naturalmente consideraré el asunto con el mayor cuidado. El señor Chu no tiene por qué preocuparse tanto».

La sonrisa se desvaneció del rostro de Chu Mingyun. «... ¿Cuándo he dicho yo que se tratara de los xiongnu?».

Su Shiyu sonrió. «Hace tiempo que le dije, ministro Chu, que debería abandonar esa costumbre de andarse con rodeos. Es mejor hablar con claridad de ahora en adelante».

«Shiyu», Chu Mingyun le agarró la mano y lo miró directamente a los ojos con la mayor seriedad. «Me gustas. ¿Yo te gusto?».

Su Shiyu se quedó paralizado.

«He sido sincero», murmuró. «¿Me aceptas?».

Su Shiyu volvió a la realidad y, instintivamente, intentó apartarse. «Ministro Chu, esto es...».

Él apretó la mano con más fuerza. «¿Confiarás en mí?».

Se hizo un silencio sepulcral.

Las sombras de las flores se balanceaban mientras un escalofrío se apoderaba del bosque y pesadas nubes grises se cernían sobre el horizonte.

Su Shiyu miró hacia el cielo antes de retirar suavemente la mano. «El final de la primavera trae lluvias frecuentes», suspiró. «Deberíamos regresar pronto».

Su mano se sentía vacía. El viento llenaba sus mangas, dispersando incluso el débil calor que aún permanecía en su palma. Chu Mingyun juntó inconscientemente los dedos, pero curvó los labios en una sonrisa. «Sabía que reaccionarías así. Tan poco romántico... realmente un bloque de piedra».

Su Shiyu se rió suavemente. «Me temo que nadie en este mundo podría entender la naturaleza romántica del señor Chu».

«Tonterías. Una vez que el señor Su salde nuestra deuda anterior, le enseñaré a ser el único en este mundo». Los ojos de Chu Mingyun se arrugaron con diversión.

Su Shiyu le dirigió una sonrisa resignada. «Basta de bromas. Regresemos antes de que nos empapemos de nuevo».

Chu Mingyun asintió con un murmullo, observando cómo Su Shiyu se alejaba. Una repentina ráfaga de viento le trajo el tenue aroma de las flores de melocotonero en el aire húmedo. En medio de los pétalos esparcidos por el suelo, habló de repente, con voz profunda y amortiguada por el viento:

«Aún hay tiempo».

Su Shiyu no había entendido bien las palabras y se volvió. «¿Qué?».

Los ojos de Chu Mingyun brillaron con un destello de diversión mientras se reía suavemente y se adelantaba para caminar hombro con hombro con Su Shiyu. «Nada importante».

Más allá del huerto de melocotoneros, Lu Qinghe se quedó un buen rato, sucumbiendo finalmente a la curiosidad. Respiró hondo y entró con cautela de puntillas.

Las flores habían alcanzado su máximo esplendor, brotando con una triste magnificencia, y sus tonos carmesí llenaban la vista.

Lu Qinghe escudriñó los alrededores, buscando. Mientras el viento agitaba las ramas, una figura emergió débilmente detrás de varios árboles, de pie, sola. Su corazón se encogió involuntariamente. Aunque una voz en su interior protestaba que no debía hacerlo, se apresuró a avanzar, apartando las ramas que le obstaculizaban el paso, y gritó: « ¿Qué ha pasado? ¿No has podido encontrar a Su...?

Sus palabras se detuvieron abruptamente.

Se quedó mirando atónita mientras el hombre detrás del escritorio levantaba la vista sorprendido. Su mano, bastante delicada, sostenía un pincel bermellón,

mientras que el pergamo desplegado ante él representaba diez millas de flores de melocotonero.

Lu Qinghe volvió en sí y se apresuró a marcharse. «Mis disculpas, mis disculpas. Me he equivocado de persona...».

«Sus cejas roban el color a las azucenas, su falda carmesí rivaliza con las flores de granada», gritó el hombre. «¡Quédate donde estás!».

Ella se quedó paralizada ante su orden. «¿Eh?».

El hombre mojó el pincel en tinta y trazó unos pocos trazos dispersos sobre el cuadro, captando al instante su esencia. Volvió a levantar la vista y esbozó una sonrisa excepcionalmente amable. «No hay por qué ponerse nerviosa. Simplemente quédese donde está».

«... Oh», respondió Lu Qinghe, haciendo una pausa antes de levantar instintivamente una mano para alisarse el cabello. «Bueno... entonces haz que quede bien».

El hombre sonrió en señal de acuerdo. «Por supuesto».

Sus rasgos eran suaves y refinados, como los de un joven erudito de una familia distinguida. Lu Qinghe le echó varias miradas furtivas antes de volver a fijar la vista en el cuadro. «Eh... ¿ha visto a alguien más antes?».

El hombre negó con la cabeza sin levantar la vista.

«Qué raro», murmuró ella, suspirando antes de pasar a una charla trivial. «¿Es la primera vez que viene aquí?».

El hombre no pudo evitar sonreír mientras la observaba, dejando a Lu Qinghe completamente desconcertada. Solo entonces respondió: «Vengo todos los años».

«¿Pinta todos los años?».

«Sí».

«... Es usted realmente aburrido». Lu Qinghe frunció los labios.

El hombre, sin inmutarse, sonrió. «Año tras año, las flores nunca son iguales».

«Aun así, es solo un paisaje. Mirarlo durante demasiado tiempo se vuelve tedioso», replicó Lu Qinghe. «¿Por qué no explorar otros lugares? El mundo es vasto y el esplendor abunda en todas partes».

«¿Ha viajado mucho?».

«¡Por supuesto! Sus ojos se iluminaron. «El lago del Oeste, el lago Dongting, el río Xiang... He recorrido casi todo Jiangnan. Antes de que la carta de mi padre me llamara para que regresara, visité la montaña nevada de Changbai. ¡El blanco infinito de allí realmente eclipsa este lugar!».

«¿Tu padre es el ministro Lu?», preguntó él.

«Así es. ¿Cómo lo adivinaste?», preguntó Lu Qinghe, sorprendida.

Antes de que pudiera responder, una doncella del palacio se acercó corriendo por detrás. Pasó junto a Lu Qinghe, se arrodilló inmediatamente y se postró. «Su Majestad, se acerca la lluvia. La señora Zhaoyi solicita que regrese a los aposentos del palacio para descansar».

Las rodillas de Lu Qinghe se doblaron al instante.

Li Yanzhen asintió. «Entendido». Permitió que la doncella del palacio se acercara y recogiera los pergaminos, y comentó: «El ministro Lu mencionó una vez que su hija tiene pasión por los viajes y le gusta recorrer el mundo».

Lu Qinghe se arrodilló de inmediato. «La hija de su siervo, al no reconocer la presencia de Su Majestad, habló con falta de respeto. ¡Ruego a Su Majestad que no se lo tome a mal!».

Li Yanzhen la miró con diversión. «Levántate, entonces».

«No, no es necesario... Su siervo permanecerá arrodillado». Lu Qinghe bajó la cabeza, al borde de las lágrimas.

El emperador Li Yan Zhen se adelantó para ayudarla a levantarse. «El cuadro sigue sin estar terminado. Cuando el tiempo lo permita, la volveré a llamar para terminarlo. ¿Qué le parece?».

Lu Qinghe se levantó temblorosa. Al oír esto, se atrevió a mirar al emperador Li Yan Zhen, con el rostro sonrojado frente al suyo.

Un impulso repentino se apoderó de ella y, como poseída, murmuró: «Muy bien».

☆, [Capítulo 45]

☆, [Capítulo 45]

Una repentina tormenta cesó abruptamente al atardecer, dejando pétalos carmesí esparcidos por el suelo. A medida que los rayos del sol se inclinaban, los tonos del atardecer se intensificaban capa tras capa. El goteo del agua de las hojas de paulownia resonaba en la noche, saturando el aire con un frío húmedo.

Chu Mingyun abrió la puerta y entró en el patio central. Sacó un silbato de jade de su manga y llamó a su pájaro de plumas negras. Después de introducir una carta sellada en un tubo de bambú, dejó que el pájaro se alejara volando.

Las ramas y las hojas de los árboles de paulownia tenían un color verde intenso y tranquilo. De repente, en medio de la quietud, se oyeron pasos, como si alguien pasara corriendo fuera del patio, acercándose desde lejos.

Chu Mingyun apartó la mirada de la distancia y miró hacia atrás con indiferencia. Una figura oscura se alzaba en la puerta del patio, y luego un destello de túnicas blancas pasó rápidamente, llamando la atención.

Frunció ligeramente el ceño y se lanzó detrás de la figura en un instante. «... ¿Señor Su?».

La figura se tensó de repente antes de volverse. A la tenue y difusa luz de la lámpara, se hizo visible el rostro de Su Shiyu. Asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

Chu Mingyun frunció el ceño brevemente antes de relajarse. Soltó una suave risita. «¿Qué estás haciendo?».

La figura permaneció en silencio. Echó un vistazo a su alrededor para confirmar que no había nadie más presente y se relajó. Se llevó el dedo índice a los labios e hizo un gesto de silencio antes de darse la vuelta y caminar hacia las habitaciones de Chu Mingyun.

Chu Mingyun observó sus movimientos pensativamente. Siguiendo su gesto, regresó a la habitación, cerró la puerta con indiferencia y se apoyó contra ella, con los brazos cruzados, mientras observaba a Su Shiyu. El otro hombre se dio la

vuelta y se acercó unos pasos. El rostro refinado y apuesto de Su Shiyu se acercó, con una sonrisa en los labios.

Chu Mingyun le permitió acercarse, bajando la mirada para recorrer con una mirada fría su rostro antes de fijarla directamente en sus ojos. El otro bajó la mirada, desviando los ojos e inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado. El ambiguo y lento movimiento parecía dispuesto a besarlo.

No fue demasiado pronto.

La mano de Chu Mingyun se alzó, agarrándole el cuello con un apretón aplastante. El crujido de los huesos se rompió, acompañado de un fuerte estruendo cuando una daga corta cayó de la manga blanca. Su mano se movió rápidamente, arrancando una máscara de piel humana. Debajo de ella, un rostro delicado se volvió instantáneamente rojo púrpura. La sangre brotó de la boca mientras la figura se debatía, incapaz de hablar.

La máscara era suave y cálida, con una textura muy realista, elaborada con una habilidad exquisita. Chu Mingyun la examinó a la luz de las velas durante un momento antes de soltar una risa fría. «Ni siquiera has podido imitar sus más mínimos gestos, y sin embargo te has atrevido a suplantar a Su Shiyu para asesinarme». Levantó al hombre, sacándolo del suelo. «Déjame reflexionar sobre esto: ¿debo elogiar tu extraordinaria audacia o simplemente compadecer tu excesivo apego a la vida?». Un gorgoteo roto y agonizante escapó de la garganta bajo su agarre. El cuerpo se convulsionó violentamente antes de quedarse flácido, sin vida.

Chu Mingyun soltó su agarre. El cadáver cayó pesadamente al suelo. No se molestó en mirarlo por segunda vez, sino que sostuvo la máscara falsa sobre la llama de la vela. Se quemó hasta convertirse en una masa negra carbonizada, llenando la habitación con un olor indescriptiblemente extraño.

Chu Mingyun frunció el ceño pensativo por un momento, luego levantó el pie y se dirigió a grandes zancadas hacia el patio de Su Shiyu.

Después de recorrer varios pasillos, dobló una esquina y se encontró con alguien que se acercaba de frente: Yuwen Sun, solo.

La noche se intensificó. Los pasillos carmesí del palacio estaban decorados con linternas ornamentadas, pero el entorno era inquietantemente silencioso.

Chu Mingyun siguió caminando, fingiendo ceguera, dispuesto a pasar de largo. Sin embargo, Yuwen Sun se detuvo abruptamente, con la mente vagando incontrolablemente hacia el humillante incidente del día. No podía comprender qué le había dicho Chu Mingyun a Su Shiyu para llevar a un erudito tan refinado a tales extremos. El resentimiento brotó dentro de él y unas palabras sarcásticas se le escaparon sin esfuerzo de los labios: «El general Chu tiene asuntos que atender a estas horas de la noche, ¿no es así?». Yuwen Jun resopló con desdén. «Por otra parte, es difícil imaginar cómo una belleza como tú ha logrado alcanzar tal posición».

Chu Mingyun se detuvo al oír esas palabras y contempló la luz parpadeante de las velas en la distancia. De repente, preguntó: «¿Qué relación tiene Yuwen Xiao con usted?».

Yuwen Sun se quedó momentáneamente desconcertado. «Es mi hermano imperial mayor».

«Por tu tono, parece que lo admirás mucho», preguntó Chu Mingyun.

«Por supuesto». Yuwen Sun observó la figura de Chu Mingyun mientras se alejaba, incapaz de reprimir un atisbo de arrogancia. «En aquel entonces, Su Alteza Imperial arrasó tres provincias y doce comandancias, dejando a los han sin poder tragarse ni bocado. ¡Qué espíritu! Aunque finalmente cayera en el campo de batalla, sigue siendo un héroe de nuestro Xiongnu. ¿Quién no lo admiraría?».

—Ja, pereció en el campo de batalla —Chu Mingyun se rió entre dientes, volviéndose hacia él, con la mitad del rostro envuelto en sombras y la expresión tenue e indistinta—. ¿Te interesa saber cómo encontró su fin a mis manos?

Yuwen Sun se quedó paralizado. —¿Qué?

—Dudo que los xiongnu te lo cuenten. Chu Mingyun se volvió lentamente hacia él. «A través del infinito mar de desierto, puedo avanzar cien li para capturar ciudades y apoderarme de tierras sin perder el rumbo. ¿Sabes por qué?».

«¿Por qué?», preguntó Yuwen Sun instintivamente.

Chu Mingyun esbozó una sonrisa. «Tu hermano mayor imperial me lo dijo».

«¡Tonterías!», rugió Yuwen Jun. «¡Su Alteza Imperial nunca nos traicionaría a los xiongnu!».

«Entonces, ¿cómo explicas que nunca haya sufrido una emboscada en el desierto?». Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja y lo observó fijamente. Yuwen Jun se quedó en silencio. Chu Mingyun se rió suavemente antes de continuar: En diez movimientos, le rompí la mitad de los huesos a Yuwen Xiao y lo capturé vivo. Junto a nuestro campamento había un lago de agua salada. Lo até boca abajo a una estaca de madera clavada en el lecho del lago.

El tono de Chu Mingyun era frío y distante, pero su sonrisa se hizo más profunda al mirar a Yuwen Jun. ¿Te describo la sensación?

No moría, pero el agua del mar se le metía sin cesar en la boca y las fosas nasales. Luchaba por respirar en medio de la marea incesante, con el agua salada filtrándose en su carne, atormentando sus heridas, torturándolo repetidamente hasta que incluso la idea del suicidio se volvía imposible. Además, toda la sangre de su cuerpo subiría hacia su cabeza. Con el tiempo, sus globos oculares se desprenderán y rodarán hasta tus pies como dos esferas brillantes.

Yuwen Jun miró fijamente al hombre sorprendentemente guapo que tenía delante, que pronunciaba estas palabras sin emoción alguna con una sonrisa. Sentía como si le hubieran echado agua de mar en el pecho y su sangre se enfriara gota a gota.

«En dos días, no pudo soportarlo. Cuando lo dejé en el suelo, se quedó tendido a mis pies. ¿Sabes a qué se parecía?».

Yuwen Jun sintió como si le estuvieran estrangulando la garganta. Se le quedó la cara pálida. Entendió perfectamente lo que insinuaban las palabras de Chu Mingyun, pero lo único que pudo decir fue: «Tú... ¿cómo pudiste... cómo pudiste hacerle esto?».

«El vencedor escribe la historia. ¿Qué hay de malo en eso? Yuwen Xiao debería haberlo entendido cuando masacró la ciudad», respondió Chu Mingyun. «Cuando Yuwen Xiao me conoció, dijo algo parecido a lo que tú dices. Dijo que una belleza como yo debía ser capturada viva para entretenimiento del ejército». Cuando se postró ante mí como un perro, le pregunté: «Su Alteza Real, ¿sigue encontrándome hermosa ahora?».

Chu Mingyun avanzó hacia Yuwen Jun con pasos mesurados. Con cada paso que daba, Yuwen Jun retrocedía un paso, hasta que su espalda quedó inmovilizada contra el pilar del pasillo, sin dejarle espacio para retroceder. Chu Mingyun se detuvo ante él, inclinándose ligeramente para obligarlo a mirarlo a los ojos. De repente, una sonrisa de una intensidad impresionante se extendió por su rostro. «Su Alteza, ¿todavía me encuentra hermosa?».

Yuwen Sun abrió la boca, pero antes de que pudiera emitir ningún sonido, una mano le apretó la garganta.

La sonrisa de Chu Mingyun desapareció por completo y sus rasgos se agudizaron como cuchillas. «En verdad, eres joven e impetuoso. Sin haber oido siquiera la sangre de la batalla, te atreves a alardear de tu fuerza ante mí».

«¿Cómo te atreves...?» Yuwen Jun le agarró la muñeca, siseando con voz ronca: «... ¡Suéltame!».

Chu Mingyun se inclinó hacia él y le susurró en voz baja: «Seré franco: el tratado de cesión territorial no es negociable. Si todos están de acuerdo, te mataré. ¿Y qué si nuestras naciones entran en guerra? ¿De verdad crees que eso me da miedo?».

Yuwen Jun tiró de sus dedos, desesperado por soltarse, pero aquella mano permaneció tan inmóvil como el hierro fundido. Una sensación sofocante se apoderó de él, dejando solo un par de ojos inyectados en sangre que lo miraban fijamente.

«Sin embargo», Chu Mingyun soltó de repente su agarre y dio un paso atrás, «dudo mucho que el rey hun sea tan tonto como para declarar la guerra a la Gran Xia por un hijo al que no quiere». Esbozó una media sonrisa, medio burlona, a Yuwen Sun, que se agarraba la garganta y tosía. «¿Qué opinas?».

Yuwén Jún luchó por estabilizar su respiración, permaneciendo en silencio mientras sus ojos se oscurecían por completo.

☆, [Capítulo 46]

☆, [Capítulo 46]

La reja de la ventana traqueteó cuando un pájaro de plumas negras se posó en el alféizar de la ventana de la botica, inclinando la cabeza para emitir varios graznidos.

Qin Zhao miró hacia atrás, dejó la taza de té delante de Du Yue y luego se adelantó para recoger la carta sellada.

Du Yue dejó la receta que tenía en la mano, pasó por encima de las hierbas que se estaban secando y se inclinó para preguntar: «¿Qué dice?».

«El hermano mayor nos ordena que averigüemos la postura de los ministros que permanecen en la corte con respecto a ceder territorio a los xiongnu a cambio de una alianza», respondió Qin Zhao, doblando la carta cuidadosamente y guardándola.

«¿Acaso hay alguna duda?», replicó Du Yue con decisión. «¡No podemos cederlo bajo ningún concepto!».

Qin Zhao lo miró y asintió. «Esa es precisamente la opinión del hermano mayor».

Du Yue se quedó paralizado por un momento antes de darse cuenta de lo que Chu Mingyun realmente pretendía. Retiró la mirada avergonzado y se inclinó para guardar las hierbas en la caja. Qin Zhao siguió ayudándolo en silencio, con sus manos —cuyos nudillos estaban marcados por años de manejar espadas— clasificando las plantas medicinales con eficiencia y destreza.

Du Yue se contuvo, pero finalmente no pudo resistirse a preguntar: «Bueno, Qin Zhao, ¿qué tipo de hombre crees que es realmente Chu Mingyun?».

Qin Zhao no detuvo su trabajo. Tras pensarla un momento, respondió: «¿Tú qué crees?».

«Creo que... yo...». Du Yue se rascó la cabeza. «Conozco a ese tal Chu desde hace años. Solía pensar que lo entendía, pero ahora siento que no lo conozco en absoluto».

«¿Cómo es eso?», preguntó Qin Zhao.

«Es solo que...», Du Yue suspiró profundamente, acercó un taburete y se sentó. Relató el incidente en el que Chu Mingyun había desechado el colgante de jade, con la voz llena de resentimiento. «Olvida todo lo demás, ese jade era un regalo precioso de mi primo, dado con la mejor de las intenciones! ¡Y él simplemente lo tiró a la basura! En la montaña Cangwu, solo pensaba que su temperamento pedía una paliza. Pero después de todos estos años, al verlo ahora tan despiadado, realmente no puedo entender qué está pensando».

«El hermano mayor no ha cambiado. Siempre ha sido así», respondió Qin Zhao.

«¿Estás seguro?», preguntó Du Yue con escepticismo.

«En aquel entonces, en la montaña, aparte de nuestros dos maestros, solo estábamos nosotros tres. El hermano mayor no tenía reservas con nosotros, así que, naturalmente, no te habrás dado cuenta». Qin Zhao también se sentó. «Desde que bajamos de la montaña, ha destruido sin dudarlo nada que le haya dado alguien cuyas intenciones no fueran claras. Y, de hecho, eso ha evitado muchos problemas».

«... Ya veo», respondió Du Yue con tristeza. Tras un largo silencio, frunció el ceño y murmuró: «Pero, ¿cuál es exactamente el origen de Chu Mingyun?».

Qin Zhao negó con la cabeza.

«¿No puede ser?», exclamó Du Yue con asombro. «¿Ni siquiera tú lo sabes?».

«El Hermano Mayor nunca se lo ha mencionado a nadie», respondió Qin Zhao. «Además, ¿no fuiste tú el primero en llegar a la montaña Cangwu?».

«Sí. En aquel entonces, el Maestro Baili había declarado explícitamente que no aceptaría aprendices. Sin embargo, cuando regresé de visitar a mi familia, descubrí que Chu Mingyun había aparecido. Cuando le pregunté al Maestro al respecto, solo dijo que era el hijo de un viejo conocido del Maestro Baili». Du Yue de repente dio un puñetazo en la mesa. —¡Exacto! Cuando conocí a ese tal Chu, le pregunté al respecto. ¿Pero sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—¡Afirmó que en realidad era un espíritu errante! Que no había muerto del todo debido a una obsesión persistente. Dijo que la montaña Cangwu era rica en energía espiritual y que, una vez que terminara su cultivo, iba a empezar a comer personas! —Du Yue estaba furioso.

Qin Zhao lo miró. «¿Y le creíste?».

«Por supuesto que sí», respondió Du Yue con naturalidad.

Qin Zhao apartó la mirada en silencio.

Du Yue continuó: «Incluso le pregunté si había comido personas antes. Dijo que sí. ¡Por eso siempre le he tenido un poco de miedo, y todavía no puedo quitármelo de la cabeza!».

Qin Zhao: «...».

«¡No puedes culparme por creerlo!», añadió Du Yue apresuradamente. «Qin Zhao, ya sabes cómo era. Al principio, ese tal Chu siempre era frío y distante. Cuando le pregunté esas cosas, estaba sentado junto a esa piscina de piedra, rodeado de niebla blanca. Entonces, de repente, me sonrió. ¡Maldita sea, era la primera vez! Deberías haber visto la mirada en sus ojos en ese momento. ¡Me asustó muchísimo!».

Qin Zhao suspiró y su voz se suavizó. «Entiendo lo que quieres decir».

Incluso ahora, recordarlo le producía escalofríos. Du Yue se dio una palmada en el pecho y se sentó, escuchando mientras Qin Zhao hablaba lentamente. «El maestro sabía claramente lo del hermano mayor, pero nunca lo mencionó. Sin embargo, la noche en que el hermano mayor se marchó, el maestro bebió mucho. En su borrachera, murmuró algunas cosas. «

«¿Qué dijo el maestro Baili?», insistió Du Yue.

Qin Zhao frunció el ceño. «Esa noche, cuando fui a recoger las vasijas de vino, el maestro suspiró de repente y dijo que el camino que había elegido mi hermano

mayor era realmente amargo. Cuando le pregunté por qué, el maestro solo me dijo...». Se encontró con la mirada expectante de Du Yue, luego bajó los ojos, dudó y continuó:

«Buscaba cambiar el mundo entero por sí solo. Si fracasaba en su gran empresa, seguramente moriría sin un entierro digno».

Chu Mingyun se detuvo y levantó la vista para observar cómo la luz de la lámpara se filtraba por la ventana, proyectando un tenue resplandor sobre el árbol en flor del patio. Las flores marchitas yacían húmedas bajo la luz parpadeante.

Mientras subía los escalones de piedra, a punto de llamar a la puerta, esta se abrió desde dentro. Sorprendido, su mirada se cruzó con la de Su Shiyu. Antes de que Chu Mingyun pudiera recuperarse, preguntó: «¿Cómo sabías que estaba aquí?».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa. «Oí tus pasos, ministro Chu». Se hizo a un lado para dejar entrar a Chu Mingyun. «Pero ¿qué te trae por aquí, ministro?».

«Tengo un asunto que consultar». Chu Mingyun se sentó y echó un vistazo casual al escritorio. «¿Qué estás haciendo?».

«Hace un momento, el ministro Lu me trajo los informes de casos recientes del Ministerio de Justicia. Solo he hojeado unas pocas páginas». Su Shiyu sirvió una taza de té. «¿Qué desea preguntar el señor Chu?».

«¿Hay alguien que te mire fijamente a la cara con frecuencia?». Chu Mingyun reflexionó un momento antes de añadir: «Aparte de mí».

Su Shiyu no pudo evitar reírse al oír esto. Al no percibir ninguna broma en su tono, pensó detenidamente antes de responder con franqueza: «Aparte de Su Excelencia, no he notado que nadie más lo haya hecho».

«... Entonces, cuando Su Excelencia estaba en Huainan, ¿debía de tener asistentes que lo acompañaban con frecuencia?».

Su Shiyu asintió con la cabeza. «No conozco bien Huainan, así que, naturalmente, los asistentes me guiarán».

Chu Mingyun lo entendió y soltó una risa ambigua mientras cogía la taza de té con indiferencia.

«¿Qué quiere decir Su Excelencia con esta pregunta?», preguntó Su Shiyu, desconcertado.

«Nada», respondió Chu Mingyun, sorbiendo su té antes de continuar: «¿Cómo piensa proceder Su Excelencia con el Decreto de Favor Imperial?».

«El texto del decreto se redactó hace tiempo y se presentó a Su Majestad para su revisión», afirmó Su Shiyu. «Sin embargo, para su correcta implementación, más allá de los cargos de traición contra el príncipe de Huainan, necesitamos un príncipe feudal que encabece la iniciativa».

—Parece que ya ha identificado a un candidato adecuado, ministro Su —observó Chu Mingyun.

Su Shiyu sonrió. —Se ha enviado un mensaje al príncipe de Xiling. Debería llegar poco después de nuestro regreso a Chang'an.

«¿El príncipe de Xiling?», Chu Mingyun tamborileó distraídamente con el dedo sobre la taza de porcelana azul y blanca mientras reflexionaba. «Mantiene relaciones con los demás príncipes feudales, goza de cierta reputación y, en la actualidad, es el más estable de todos ellos. Ha elegido bien».

«Si el señor Chu lo dice, difícilmente puede estar mal». Su Shiyu sonrió. Al ver que Chu Mingyun no parecía tener nada más que decir, preguntó con ligera perplejidad: «¿No tiene el señor Chu más preguntas?».

«¿Qué preguntas?», Chu Mingyun levantó una ceja, sonriendo levemente. «¿Debería preguntarle si aceptará mi propuesta? Me ha estado ignorando, ¿no es así?».

«No era eso lo que quería decir», respondió Su Shiyu, bajando la mirada y sonriendo levemente. «En cuanto a la propuesta de los xiongnu de ceder territorio a cambio de una alianza, ¿no tiene el señor Chu ninguna pregunta que hacerme?».

Chu Mingyun apoyó la barbilla en una mano, con los ojos brillantes de diversión. «Ninguna en absoluto».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño. «Según el relato anterior del ministro Wei, la postura de Su Excelencia en ese momento fue inusualmente firme».

Chu Mingyun se rió con indiferencia. «Siempre han sido los guerreros los que abogan por la guerra y los eruditos los que abogan por la paz. ¿Qué tiene eso de inusual?».

Su Shiyu lo miró. «Pero yo también soy un erudito-funcionario».

«Tú eres diferente».

«¿En qué soy diferente?».

Chu Mingyun le devolvió la mirada, con voz lenta y divertida. «En todos los sentidos».

Su Shiyu se quedó sin palabras por un momento.

Chu Mingyun esbozó una sonrisa mientras lo observaba atentamente. De repente, recordó algo, se levantó y dio un paso adelante.

La repentina proximidad llevó el débil y persistente aroma del sándalo a la nariz de Su Shiyu. Instintivamente, dio un paso atrás. «¿Qué pasa? «

«¿Por qué te apartas? No voy a devorarte». Chu Mingyun le puso una mano en el hombro y le miró fijamente a la cara. «Solo quería probar... cómo se sentiría si fuera yo».

Su Shiyu frunció el ceño, confundido, pero dejó de moverse.

Chu Mingyun se acercó poco a poco, centímetro a centímetro, con la mirada convertida en un hilo enredado que se posó en la frente y los ojos de Su Shiyu, absorbiendo cada detalle de sus rasgos.

La frente ligeramente arrugada, los ojos fijos únicamente en su propio reflejo y la sonrisa tenue, casi imperceptible, que jugaba en las pálidas comisuras de sus labios.

Un silencio tan denso que se podía oír, una distancia tan cercana que se podía sentir el aliento del otro.

Este era el hombre al que amaba. Incluso en esa mirada baja y esa leve sonrisa, brillaba un resplandor innegable. Cuanto más intacto y refinado parecía, más despertaba el deseo más profundo de Chu Mingyun.

Tocarlo. Reclamarlo como suyo.

Un calor débil y árido comenzó a agitarse dentro de él. La mirada de Chu Mingyun se intensificó mientras se inclinaba hacia adelante y besaba la palma de la mano de Su Shiyu.

«.....»

Chu Mingyun levantó la vista para encontrarse con la mirada del hombre que había levantado la mano para bloquearlo. Las comisuras de sus ojos se levantaron, curvándose de repente en una sonrisa teñida de provocación.

El corazón de Su Shiyu dio un vuelco. Una cálida y suave caricia se extendió por su palma, acompañada de un cosquilleo tentador y una sensación estimulante. Instintivamente retiró la mano, pero Chu Mingyun la agarró con firmeza, impidiéndole separarse.

La mano de Su Shiyu era cálida y seca, con dedos largos y delgados y nudillos marcados. Chu Mingyun besó la palma y luego recorrió sus líneas con la punta de la lengua, mientras su aliento se entremezclaba entre los dedos de Su Shiyu. Tras dejar un rastro de besos desde la palma hasta los nudillos, Chu Mingyun volvió a levantar lentamente la mirada y se encontró directamente con los ojos de Su Shiyu. Una radiante sonrisa se dibujó en sus labios mientras mordía la yema del dedo de Su Shiyu y pasaba ágilmente la lengua por ella. Un fugaz rubor carmesí se reflejó en los ojos de Su Shiyu.

Inconscientemente, Su Shiyu curvó el dedo, presionando contra los dientes de Chu Mingyun. Chu Mingyun parpadeó, y una risa baja escapó de su garganta mientras sus dientes mordisqueaban suavemente el nudillo. Incluso la mano que le agarraba la muñeca se inquietó, frotándose contra él.

Percibió la rigidez de Su Shiyu, vio la neblina que nublaba sus pupilas.

Chu Mingyun soltó su agarre, le dio un último beso en el dorso de la mano y luego la llevó a su propia mejilla para presionarla contra ella. Inclinándose ligeramente, volvió a acortar la distancia.

Sus ojos se encontraron, sin pestañear ni apartarse, como un empate en una partida de ajedrez o un enfrentamiento en el campo de batalla. Ninguno de los dos apartó la mirada ni se inmutó.

El sonido de las gotas bajo el alero parecía prolongarse hasta alcanzar una lentitud agonizante. Podía oler el relajante incienso en la piel de Su Shiyu, sentir su creciente calor, sus labios ya rozándose.

De repente, se oyeron pasos y golpes urgentes en la puerta. Su Shiyu retrocedió como si le hubiera alcanzado un rayo, mientras que Chu Mingyun se llevó la mano a la frente y se volvió para gritar hacia la puerta: «¿Qué es todo este alboroto en plena noche? ¿No deseas vivir?».

El veneno de sus palabras congeló a la figura que estaba fuera, que balbuceó presa del pánico: «¡Su... Su Excelencia! ¡Ha surgido un asunto grave con el ministro Wei! ¡Su Majestad le convoca urgentemente a la sala del trono!».

☆, [Capítulo 47]

☆, [Capítulo 47]

Dentro del Gran Palacio de Caza, los ministros se encontraban alineados a ambos lados, mientras que Wei Song, ministro de Hacienda, estaba arrodillado solo en la sala.

Li Yanzhen recorrió con la mirada la sala y finalmente la posó sobre Wei Song. Lentamente, dijo: «Acaban de informar a este soberano que su Excelencia Wei ha conspirado con el enemigo y traicionado al reino...».

Antes de que pudiera terminar, la encorvada figura de Wei Song se convulsionó violentamente. Gritó: «¡Su Majestad, este viejo servidor es inocente!».

Un murmullo colectivo recorrió a los ministros reunidos, y los murmullos de incredulidad crecieron silenciosamente mientras sus miradas se dirigían hacia Wei Song.

El emperador Li Yanzhen levantó la mano, restableciendo una apariencia de orden en la sala. Continuó: «¿Por qué esta acusación repentina?».

El capitán de la guardia dio un paso adelante y se arrodilló, mirando hacia atrás para ver a dos guardias arrastrando a un hombre al salón. Le preguntó a Wei Song: «¿Puedo preguntar si se trata de un hombre de la casa del ministro de Obras Públicas?».

Wei Song volvió la cabeza para mirar a la figura temblorosa arrodillada ante él y respondió: «En efecto, es mi asistente».

El capitán apartó la mirada, se inclinó profundamente ante el trono y presentó una carta con las manos juntas sobre la cabeza. «Su Majestad», informó respetuosamente, «durante nuestra patrulla nocturna por los terrenos del palacio, observamos una actividad sospechosa cerca de los aposentos del enviado xiongnu. Tras investigar, descubrimos a este individuo. Al observar sus respuestas evasivas y su comportamiento frenético, como si ocultara algo, le quitamos esta carta. No nos atrevemos a acusar falsamente de traición a un alto ministro, pero ¿por qué entonces la acusación de colusión con el enemigo?». Hizo

una pausa y su voz se volvió más grave. «Su Majestad lo comprenderá al leer su contenido».

El eunuco se adelantó, recuperó la carta, la abrió y se la entregó a Li Yanzhen. Tras echarle un vistazo rápido, Li Yanzhen frunció el ceño y permaneció en silencio durante un momento antes de examinarla más detenidamente.

El capitán de la guardia se enderezó e informó: «El ministro Wei afirma en la carta que puede ayudar al noveno príncipe de los xiongnu a forjar una alianza y asegurar esas cinco ciudades como muestra de su lealtad. La carta está repleta de expresiones de cercanía hacia los Xiongnu, incluso declara abiertamente su voluntad de servirles...».

«¡Tonterías!», lo interrumpió Wei Song, alzando la voz sin poder controlarse mientras todo su cuerpo temblaba.

Ya se había producido un murmullo entre los allí reunidos, que susurraban en voz baja.

Chu Mingyun miró a Wei Song impasible, mientras que Su Shiyu frunció ligeramente el ceño. Observaron claramente cómo la tez de Wei Song se iba desvaneciendo poco a poco con cada palabra del capitán de la guardia, hasta que quedó con el rostro ceniciente.

En medio de los murmullos, un profundo suspiro rompió de repente el silencio. «Así que eso es lo que pasa», El ministro de Obras Públicas, Yue Yuxuan, fijó su mirada directamente en Wei Song, con una expresión de repentina comprensión. «Cuando el ministro Wei y el ministro Chu se enzarzaron en esa acalorada disputa, insistiendo en ceder territorio para forjar una alianza, todas las razones que él dio parecían perfectamente razonables y justificadas. Como ministro de Hacienda, pensé que el ministro Wei se preocupaba de verdad por el bienestar del pueblo. Incluso le tenía un profundo respeto y estaba dispuesto a prestarle todo mi apoyo. «Nunca imaginé...». Sacudió la cabeza lentamente. «Que solo se trataba de presentar un tributo a los xiongnu».

«¡Cada palabra que pronuncié ese día salió del fondo de mi corazón!», declaró Wei Song. «Los xiongnu y nuestra Gran Xia comparten una enemistad sangrienta que se remonta a varias generaciones. Aunque pudiéramos dejar de lado

temporalmente las hostilidades para dedicarnos al comercio, ¿cómo podría traicionar a mi país y postrarme ante los xiongnu como un esclavo?».

Yue Yuxuan volvió la cabeza y suspiró para sí mismo, sin ofrecer respuesta.

«Ministro Wei, la carta dice precisamente eso. Cada palabra es cierta», insistió el capitán de la guardia. «Además, ¿no fue capturado el mensajero que envió en los cuarteles de los xiongnu?».

El guardia captó la mirada del capitán y aflojó el agarre sobre el hombro del asistente.

El asistente levantó la cabeza y luego la bajó apresuradamente. «Sí, mi señor me ordenó entregar la carta esta noche, insistiendo en su urgencia y en que debía entregársela personalmente al príncipe xiongnu. No me atreví a demorarme, pero al llegar, descubrí que el príncipe no se encontraba en sus aposentos. Esperé afuera... Solo seguía órdenes... ¡De verdad, no sé nada más!».

El capitán de la guardia se volvió hacia Wei Song. «¿Tiene algo más que decir el señor Wei?».

«Es cierto que lo envié a entregar la carta durante la noche», respondió Wei Song, cerrando los ojos brevemente antes de volverse hacia Su Shiyu. «Pero en cuanto al contenido de la carta, no sé nada al respecto».

Su Shiyu lo miró desconcertado. El capitán de la guardia también lo miró con confusión y preguntó: «Si la carta fue escrita por el señor Wei, ¿cómo es posible que el señor Wei no supiera su contenido?».

«¡Señor Su!», la mano demacrada de Wei Song se aferró de repente a la alfombra bordada del salón, con las venas hinchadas. «A estas alturas, ¿todavía no va a hablar?».

Chu Mingyun frunció el ceño al notar la momentánea confusión de Su Shiyu. Preguntó: «¿Qué quiere decir el señor Wei?».

«¿No fue usted, mi señor, quien vino a encargarme que entregara esta carta esta noche?», preguntó Wei Song con voz ronca y tensa. «Fue usted quien dijo que

había un asunto urgente que comunicar. Fue usted quien insistió en que se entregara esta noche sin falta. Fue usted... ¡quien me ordenó mantenerlo en secreto!».

Una ola de conmoción se apoderó de la sala, sumiéndola en un silencio repentino. Sus palabras roncas resonaron huecas y pesadas en el vasto salón.

Chu Mingyun se quedó paralizado, recordando de repente los pasos apresurados fuera del patio, la figura vestida de blanco interceptada, el rostro de Su Shiyu volviéndose hacia él a la tenue luz de la lámpara, esos ojos sonrientes pero que evitaban su mirada, y... el rostro completamente desconocido bajo la máscara.

Sus ojos parpadearon, con una profundidad inescrutable.

Su Shiyu frunció el ceño, pero su tono siguió siendo plano e imperturbable: «Pero yo no le confié ninguna carta al señor Wei».

«Señor Su... ¿de verdad no está dispuesto a reconocerlo?», Wei Song miró fijamente a Su Shiyu.

Antes de que Su Shiyu pudiera responder, Lu Shi, el ministro de Justicia, ya no pudo soportar más la tensa atmósfera e intervino con una sonrisa: «Ministro Wei, no se precipite. Puesto que afirma haber visto al ministro Su esta noche, ¿quizás debería considerar la hora exacta? ¿Podría haberlo recordado mal?».

«La tercera vigilia de la hora del Perro».

La expresión de Lu Shi se ensombreció considerablemente. Vacilante, preguntó: «... Ministro Wei, ¿está absolutamente seguro de que era la hora del Perro?».

«No podría estar más seguro», declaró Wei Song con inquebrantable convicción.

La sonrisa se congeló en el rostro de Lu Shi y se desvaneció gradualmente. Tras un largo momento de vacilación, murmuró: « El señor Su estaba en sus aposentos a la hora del Xu. Yo mismo le entregué el informe final del Ministerio de Justicia».

Wei Song levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

Lu Shi le devolvió la mirada, con una expresión de angustia en el rostro.

«... ¿Lu Shi?», preguntó Wei Song con voz temblorosa. «Nos conocemos desde hace años. ¿Tampoco tú confías en mí?».

«Por supuesto que te creo», dijo Lu Shi entre dientes, «pero todos y cada uno de los funcionarios que me acompañaban, todas las sirvientas del palacio que servían el té, fueron testigos de que el señor Su no se movió ni un centímetro de sus aposentos».

Wei Song casi se cae de su posición de rodillas, temblando mientras luchaba por mantenerse en pie. «Señor Su... Señor Su...».

«Ya basta». Li Yanzhen habló con total exasperación, suspirando profundamente. «Confío en que el ministro Su no alberga intención alguna de traición. Nadie necesita decir nada más».

Chu Mingyun le lanzó una mirada significativa a Li Yanzhen.

Dentro de la sala, Wei Song levantó lentamente la cabeza, un esfuerzo que pareció agotar hasta la última gota de fuerza de su cuerpo. En un instante, su rostro envejecido se llenó de lágrimas. «Su Majestad confía en el señor Su, ¿pero no confiará en este viejo servidor?».

Li Yanzhen parecía preocupado y no respondió.

«¡Treinta y siete años!». Wei Song se lamentó: «Desde que este viejo servidor entró en la administración pública, han pasado treinta y siete años, durante los cuales he servido a tres soberanos sucesivos. ¡Nunca me he atrevido a traicionar a mi señor ni a olvidar al pueblo! Hace trece años, durante las guerras contra los xiongnu y la hambruna rampante, este viejo servidor vendió todas sus posesiones para asegurar las provisiones del ejército. Después de que Su Majestad ascendiera al trono, siguieron años de desastres naturales, y fue este viejo servidor quien trabajó incansablemente para sostener el reino. A pesar de todos

esos peligros anteriores, nunca se me pasó por la cabeza la idea de retirarme. ¿Por qué, Majestad, iba este viejo servidor a traicionar ahora a su país?

El silencio se apoderó de la sala.

En un rincón apartado, Xu Yin, el viceministro de Guerra, bajó la voz para hablar con un compañero que tenía a su lado. «Mira la situación actual. ¿Te parece que la facción Su está a punto de enfrentarse entre sí?».

La mayoría de la facción Chu observaba con fría indiferencia. El hombre a su lado soltó una risa débil y escalofriante, sin ofrecer una respuesta directa.

Tras un largo silencio, Li Yanzhen giró la carta que tenía en la mano para mostrarla a los ministros reunidos. «Entiendo sus palabras, mi ministro. Sin embargo, esta carta... es, efectivamente, de puño y letra del ministro Wei».

Las palabras fueron pronunciadas con absoluta calma, como un leve suspiro, sin hacer ruido. Sin embargo, en los oídos de Wei Song resonaron como un trueno, partiéndole el cráneo y dejando su mente en blanco.

Tras una pausa interminable, Wei Song se arrastró de rodillas hasta llegar al emperador. Levantó lentamente la cabeza para mirar a Li Yanzhen a los ojos, con lágrimas corriendo por su rostro, pero con voz firme. «El asunto ha llegado a este punto. Este viejo servidor no puede defenderse de tales acusaciones. Pero el delito de traición y colusión con el enemigo... este servidor nunca lo admitirá».

«Desde el día en que entré al servicio hace treinta y siete años hasta este mismo momento, nunca he actuado por interés propio, ni he desobedecido jamás las órdenes de Su Majestad. ¡Imploro a Su Majestad que discierna la verdad!».

Wei Song inclinó repentinamente la cabeza hasta el suelo, y su arrugada frente golpeó los escalones de jade.

Un sordo golpe resonó mientras la sangre carmesí se extendía lentamente bajo su despeinado cabello blanco.

Li Yanzhen se quedó paralizado, con las palabras atrapadas en la garganta, incapaz de articular sonido alguno.

Chu Mingyun apartó la mirada y, sin darse cuenta, vio los ojos de Lu Shi, muy abiertos por el terror, y todo su cuerpo temblando.

Su Shiyu bajó la mirada, en silencio. De repente, recordó la pregunta inexplicable que Chu Mingyun le había hecho antes:

«¿Hay alguien que te mire fijamente a la cara con frecuencia?».

La mano oculta dentro de su manga se tensó imperceptiblemente.

El comandante de la guardia imperial siguió a Chu Mingyun al interior de la sala, con una inquietud palpable.

El funcionario era conocido por sus cambios de humor impredecibles, y su actual expresión de total indiferencia no hacía más que aumentar el temor del comandante.

Chu Mingyun se dio la vuelta y se sentó sin decir palabra. El comandante lo siguió, pero pisó algo blando bajo su pie. Bajó la vista y retrocedió dos pasos. Su mirada se desplazó entre Chu Mingyun, sentado en la silla, y el cadáver en el suelo, dejándolo paralizado en un estado de atónita incredulidad.

«Wei Song está muerto», afirmó Chu Mingyun de repente, con voz desprovista de emoción.

—Este subordinado lo ha oído —respondió el comandante—. Señor, este cadáver es...

Chu Mingyun le echó un vistazo casual, mientras sus pálidos dedos golpeaban ligeramente el reposabrazos. —Examina detenidamente las suelas de sus botas.

El comandante se agachó como se le había indicado y miró hacia abajo. A lo largo del borde, el barro húmedo se adhería a varios pétalos de flores blancas. «Esto es...». Los estudió detenidamente. «¿Aster?».

«Tienes buen ojo». » Chu Mingyun se rió entre dientes. «Cuando intercepté a este hombre fuera del patio, llevaba la máscara de Su Shiyu. Aunque ya he quemado esa máscara, ¿seguro que lo reconocería solo por su vestimenta?».

El comandante asintió repetidamente, con sudor frío en la frente. No era necesario reconocerlo: esa única mirada de pánico casi lo había convencido de que el propio Censor Imperial había encontrado su fin.

«Entonces deberías saber quién encargó a Wei Song que entregara ese mensaje», dijo Chu Mingyun lentamente, «y deberías haber adivinado dónde recogió esas flores tuwei».

Solo las laderas del sur estaban cubiertas de flores tuwei.

El comandante se arrodilló presa del pánico. «Su Excelencia...».

—¿Fue porque mis instrucciones defensivas no fueron claras que permitió que alguien entrara en el palacio de caza desde las laderas del sur?

—¡No, por supuesto que no! —El comandante se puso en pie apresuradamente, presa del pánico—. Fue culpa mía, culpa mía por ser negligente. No cambié a los guardias como usted ordenó. Todo fue culpa mía. Siempre había dado por sentado que, a lo largo de los años...

«Órdenes incumplidas, guardias negligentes en el cumplimiento de su deber». Chu Mingyun lo interrumpió. «¿Puedes eximirte de responsabilidad por la muerte del ministro de Hacienda?».

«¡Perdone mi vida, Excelencia! Fue un fallo en el cumplimiento de mi deber, ireconozco mi error!». El comandante se aferró desesperadamente a la pierna de Chu Mingyun, con el rostro ceniciente. «¡Atravesaría el fuego por usted, señor! ¡La Guardia Imperial está a sus órdenes! ¡Se lo ruego, perdóneme! ¡No se lo comunique a Su Majestad!».

Chu Mingyun frunció el ceño. «Suélteme».

El comandante soltó apresuradamente su agarre y se postró repetidamente. «¡Perdone mi vida, Excelencia! El ministro Wei tiene un poder y una influencia

inmensos. Si Su Majestad se entera de esto, seguramente no encontraré forma de escapar...».

«Basta», espetó Chu Mingyun con impaciencia. «Si tuviera intención de quitarte la vida, ¿seguirías aquí de pie?».

El comandante lo entendió al instante y exhaló en silencio, aliviado.

«Mi más sincera gratitud, Excelencia», se inclinó con la mayor deferencia, presionando su frente contra la punta del zapato de Chu Mingyun. «Este servidor nunca olvidará la deuda de vida que me ha salvado».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun ladeó la cabeza, con un toque de diversión en su voz.

«Tenga la seguridad, Excelencia. A partir de hoy, tanto yo como la Guardia Imperial estaremos completamente a sus órdenes».

☆, [Capítulo 48]

☆, [Capítulo 48]

En el noveno año de Yonghe, cuando comenzó la temporada de Lixia, todas las cosas florecían en su plenitud y el dosel del bosque se volvía cada vez más denso.

La gran caza primaveral concluyó abruptamente y el emperador regresó a Chang'an. Después de muchos días, el asunto de ceder territorio a los xiongnu y formar una alianza se planteó una vez más en la asamblea matutina de la corte. La actitud de los ministros había cambiado notablemente.

Todos los ministros acompañantes declararon que la alianza era impensable. Incluso aquellos que anteriormente habían defendido a Wei Song ahora temían verse implicados en una conspiración traicionera con el enemigo. Los escalones de mármol manchados de sangre del palacio de caza aún conservaban el aura persistente de la violencia, lo que hacía que todas las voces fueran resueltas e inquebrantables. Sin embargo, los ministros que permanecían en la corte también habían cambiado por completo su postura. Algunos denunciaban con vehemencia a los xiongnu, mientras que otros permanecían en silencio.

En toda la corte y el reino, nadie se atrevía a reconocer el tratado de alianza.

El emperador dirigió su mirada hacia la derecha. El gran censor, que había regresado a su puesto, se adelantó para presentar sus respetos. Declaró que los deseos de los xiongnu no conocían límites; apaciguarlos con tierras era como llevar leña para extinguir las llamas. Con esta única y mesurada declaración, el resultado quedó decidido.

El Gran Mariscal recibió sus órdenes, procedió a rechazar a la delegación xiongnu, entregó un obsequio simbólico para consolar al príncipe por su arduo viaje y los despidió rápidamente.

Yuwen Sun se sentó solo en el suelo detrás de la tienda, mirando a lo lejos.

Por primera vez en más de veinte años, había reunido el valor para entrar en la tienda real y ofrecer sus servicios. Creía que, entre sus hermanos, su dominio del idioma han era inigualable y que su regreso de Gran Xia le granjearía sin duda el respeto de la tribu. Sin embargo, nunca había imaginado que acabaría en un estado tan lamentable. La reacción de su padre había sido sorprendentemente

suave. Agarró su pipa de jade verde, dio una profunda calada y lo despidió, como si una sola mirada más fuera una afrenta.

Quizás el Khan nunca había depositado grandes esperanzas en él. Después de todo, aquel general Han tenía razón: era el menos favorecido, el más inútil de los príncipes.

Yuwen Jun se alejó, contemplando la vasta extensión donde el viento soplababa sobre la hierba, revelando el ganado y las ovejas que pastaban, una escena que no había cambiado en las estepas durante milenios.

Desde niño, su compleción había sido frágil entre los xiongnu. Incapaz de montar un potro, su habilidad con el arco era inútil. Soportar las frías miradas de sus hermanos y sufrir sus abusos era algo natural.

En aquella época, solía esconderse detrás de las cortinas de la tienda, como una simple mota de polvo, totalmente invisible. Solo una persona parecía fijarse en él.

Su hermano imperial mayor, Yuwen Xiao, se inclinó hacia él. «¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí solo?».

«Yuwen Sun», balbuceó, poniéndose en pie a toda prisa, con el rostro aún manchado de lágrimas. «Soy tu noveno hermano menor, aunque soy miserable... Probablemente no te acuerdes de mí».

«En efecto, no», observó Yuwen Xiao. «¿Quién hubiera pensado que nuestro Xiongnu podría producir un rostro tan dotado espiritualmente?».

Yuwen Sun lo miró sin comprender, sin estar seguro del significado. Yuwen Xiao lo hizo sentarse de nuevo. «Acabo de regresar victorioso de la batalla. La tribu está de celebración. ¿Por qué lloras?».

Le contó todo con detalle. Yuwen Xiao se rió a carcajadas y, tras un momento, dijo: «¿Qué pasa? Con tu compleción, no estás hecho para la guerra entre los Han. Dentro de poco, la Gran Xia del sur será completamente nuestra. Pareces bastante inteligente. Si montar a caballo no es tu fuerte, ¿por qué no aprendes algo de lengua han? Así podrás manejar a esos han por mí cuando llegue el momento. ¿Qué me dices?».

Por supuesto.

En aquel entonces, Yuwen Xiao regresó triunfante de la batalla. La noticia de su conquista —tomar tres provincias y doce condados de la Gran Xia de un solo golpe— resonó en las tiendas. Era el héroe de las estepas, la encarnación del valor, el héroe de su corazón.

Yuwen Xiao le dio una fuerte palmada en la cabeza. «Ahora sécate esas lágrimas. Los hombres xiongnu estamos hechos de hierro. ¿Qué espectáculo es este, llorando así?».

Esas palabras se grabaron en su corazón. Incluso cinco años después, cuando Yuwen Xiao cayó en el campo de batalla, con el cuerpo envuelto en piel de caballo y devuelto a casa, no derramó lágrimas. En cambio, se tragó su dolor y su sangre.

Yuwen Jun se mezcló entre los dolientes, esforzándose por ver. El cuerpo de su padre yacía envuelto, sin dejar rastro visible. Intentó acercarse, pero el Khan, enfurecido, lo ahuyentó. Dándose la vuelta, prendió fuego al cuerpo y esparció las cenizas al viento.

Extendió la mano para atraparlas, pero el polvo gris se le escapó entre los dedos, sin dejar rastro.

Ocho años después, Yuwen Sun finalmente supo la verdad de boca de un desconocido.

No era de extrañar que el cuerpo recuperado estuviera en ese estado. Su héroe estaba cubierto de heridas, tenía los huesos medio rotos, las cuencas de los ojos vacías y su aspecto ya no era humano.

Así que su héroe había sido tan desgraciado antes de morir, así que su héroe había traicionado, así que su héroe... había sufrido tal tormento.

Su héroe.

—¿Por qué estás aquí solo?

Yuwen Sun volvió a la realidad y giró la cabeza. —Alteza...

El hombre estaba de pie ante él con una sonrisa, sus rasgos reflejaban la gentil elegancia de un Han. «¿Qué le preocupa a Su Alteza?».

«Nada». Yuwen Sun se recompuso y se levantó. «Lo reconozco. Es usted el invitado de honor del Khan».

El hombre sonrió. «¿Su Alteza está desanimada por el fracaso de las negociaciones de paz con Gran Xia?». Antes de que Yuwen Jun pudiera responder, continuó: «Le advertí al Khan anteriormente que, con Chu Mingyun y Su Shiyu involucrados, estas negociaciones estaban condenadas al fracaso. Por desgracia, el Khan se negó a escuchar mi consejo e insistió en buscar el desastre. No se puede culpar a Su Alteza por este resultado».

«¿Qué quiere decir?».

«Tomarlo por la fuerza, naturalmente».

Yuwen Jun lo estudió. «Es evidente que es usted chino han».

«En efecto, soy chino han», respondió el hombre con una sonrisa. «He venido a proponer un acuerdo comercial al Khan. Es una lástima que haya tardado tanto y haya enviado a Su Alteza a negociar, lo que sugiere que no tiene intención de aceptar mis condiciones».

«Esto... equivale a traición, ¿no?», preguntó Yuwen Sun.

«No necesariamente», respondió el hombre con una sonrisa. «Es simplemente un medio para alcanzar un fin. Un simple intercambio, mutuamente beneficioso. ¿Por qué no?».

«Como usted ha dicho, el Khan no tiene intención de aceptar», Yuwen Sun no tenía ganas de continuar. «Considere cuidadosamente su posición».

«Chu Mingyun y Su Shiyu», comentó el hombre de repente. «¿Ha conocido a estos dos en Gran Xia, Su Alteza?».

Yuwen Jun se detuvo en seco y levantó la mirada para encontrarse con los ojos del hombre.

«Parece que no les tiene mucho aprecio», observó el hombre con una sonrisa.
«Son unos tipos bastante problemáticos, ¿no?».

«Ese censor en jefe me deja bastante indiferente», comentó Yuwen Sun.
«Todo suavidad y gentileza, parece carecer de sustancia real. En cuanto a Chu Mingyun...». Apretó ligeramente la mandíbula, dejando la frase sin terminar.

El hombre bajó la voz. —¿No quieres matarlo?

Yuwen Sun se quedó paralizado, con un fuego salvaje ardiendo en su pecho, una agonía incontrolable. —Sí.

Sí, quería matarlo.

Ese hombre pagaría el precio por la humillación que había sufrido, por el héroe que había perdido.

—Entonces ve y mátalo.

Yuwen Sun respiró hondo, obligándose a calmar sus nervios. «Persuadirme es inútil. El Khan no prestará atención a mis palabras».

El hombre se rió suavemente. «El Khan es mayor. Sin ambición, naturalmente no desea ningún conflicto». Hizo una pausa y miró fijamente a Yuwen Sun. «Pero usted es diferente, Su Alteza. Aún es joven».

En la residencia del Gran Mariscal.

Chu Mingyun dejó los palillos y levantó una taza de té para acunarla entre sus manos. Miró a la figura a su lado, absorta en su comida.

—Du Yue —Chu Mingyun se dirigió a él por su nombre, algo poco habitual—, ¿qué opinas de las intenciones de Su Shiyu hacia mí?

—Mi primo trata bien a todo el mundo. Du Yue mantuvo la mirada fija en las costillas agríduces mientras respondía sin dudar.

—No te he preguntado por los demás. Te he preguntado por mí.

—¿Y te atreves a preguntar? —Du Yue tenía intención de resoplar con frialdad, pero al encontrarse con la mirada de Chu Mingyun, su tono se suavizó de repente. Se frotó la nariz y respondió con voz apagada: «Me sorprende que mi primo no te haya sacado a pasear cuando estábamos solos».

«...».

¿Era eso lo que debía decir su boticario?

«¿Qué quieras decir?», preguntó Chu Mingyun.

«Tienes un carácter horrible. ¿Mi primo no te ha tocado en todo este tiempo? Parece que su autocontrol es realmente notable».

Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño, sin responder.

Du Yue, pensando que era escéptico, enfatizó con seriedad: «¿De verdad no crees que te mereces una buena paliza? Te lo digo, si pudiera golpearte, lo habría hecho hace mucho tiempo...».

Chu Mingyun le lanzó una mirada. «¿Qué querías hacer?».

Las palabras de Du Yue se le atragantaron en la garganta. Miró el asiento vacío de Qin Zhao a su lado y luego carraspeó para cambiar de tema. «Nada, nada. Eh... bueno... ah, claro, ¿por qué me has preguntado eso?».

Chu Mingyun se llevó un dedo a la barbilla y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. «Porque es a quien amo».

A Du Yue se le resbaló la mano y la taza de té se estrelló contra el suelo.

La criada vestida con una túnica verde se apresuró a recoger los restos antes de retirarse.

Du Yue se rascó la cabeza y, de repente, se dio cuenta. Señaló a Chu Mingyun. «¡Maldita sea! Chu, ¿estás tratando de que te llame "primo político"? ¿Para aprovecharte de mí, llegarías tan lejos? Olvídalos, nunca...».

Chu Mingyun lo miró con serenidad.

Du Yue bajó lentamente la mano. «Tú... no lo dices en serio...».

Chu Mingyun sonrió levemente. «¿Por qué no podría serlo?».

Du Yue se quedó aturdido por un momento antes de recuperarse, con vacilación en su voz. «Sinceramente, creo que... tú... realmente no deberías estar interesado en mi primo...».

Chu Mingyun se rió lentamente. «¿Qué, temes que te lo quite y te abandone?».

«No». Du Yue lo miró fijamente con ojos sinceros. «No importa si te gusta. «

Du Yue luchó por encontrar las palabras adecuadas. «No se trata de ti. Se trata de mi primo. No parece del tipo que se enamora de nadie. Nunca le he visto mostrar mucho afecto por nada desde que éramos niños, ni por la comida ni por los juegos. Fíjate, por ejemplo, en su dominio de la música. Eso es solo porque a mi tía le gusta el qin, no porque a él le guste». Tras un momento de silencio, frunció el ceño y añadió a regañadientes: «Es como si me tuviera mucho cariño, pero solo porque somos parientes. Si no lo fuéramos, probablemente no me trataría de forma diferente...».

La definición misma de indiferencia.

«¿Qué es exactamente lo que intentas decir?», lo interrumpió Chu Mingyun.

«... Nunca podría gustarle», declaró Du Yue. «Tome el incidente del colgante de jade que usted tiró: por derecho, ni siquiera debería permitírselo volver a poner un pie en la casa de los Su. Sin embargo, mi primo sigue tratándole como a un amigo. Solo eso ya es notable. En verdad, es más que suficiente. Haría bien en renunciar a la esperanza ahora, para no sufrir una decepción más adelante».

—¿Has terminado? —preguntó Chu Mingyun con indiferencia.

—Mm —Du Yue asintió con la cabeza.

—¿Has terminado? Entonces sigamos comiendo.

«¿Qué demonios...?» Du Yue se quedó paralizado. «¿Qué clase de reacción es esa? ¿En qué demonios estás pensando?»

«¿En qué estoy pensando?» Chu Mingyun ladeó ligeramente la cabeza y observó sus propios ojos reflejados en el té esmeralda. De repente, soltó una suave risita. «Que él me tenga en su corazón y que yo lo tenga en el mío son dos cosas totalmente distintas».

☆, [Capítulo 49]

☆, [Capítulo 49]

Su Bai no pudo evitar echar otro vistazo a la carta que sostenía en la mano, en la que percibía un ligero aroma a colorete. Armándose de valor, dio un paso adelante y le entregó la carta con ambas manos a Su Shiyu. —Joven maestro.

—Déjala a un lado —respondió Su Shiyu, deteniendo momentáneamente el pincel y echando un vistazo al papel—. ¿Ya ha partido Lanyi de Yingchuan?

—Sí, probablemente se dirija a Xiangyang. —Su Bai colocó la carta sobre el escritorio y vio varias hojas de papel secándose junto a la mano de Su Shiyu—. Ah, ¿está redactando el elogio fúnebre del ministro Wei?

—El elogio ya está terminado —respondió Su Shiyu—. He dado instrucciones al Ministerio de Ritos para que redacte varias versiones para su presentación. Ahora las estoy revisando. Una vez que se presenten mañana a Su Majestad para su examen, se podrá decidir el título póstumo del ministro Wei.

—¿Confirmar su título póstumo? —exclamó Su Bai sorprendido—. Pero... ¿no es el ministro Wei un criminal condenado?

Su Shiyu levantó la mirada para encontrarse con la suya, sonriendo levemente.
—¿Cómo sabes que es un criminal condenado?

—¿No es lo que dice todo el mundo? Pruebas irrefutables, el ministro Wei se suicidó por miedo al castigo, etcétera...

«Una simple carta no constituye una prueba irrefutable», dijo Su Shiyu, dejando el pincel. «Además, a lo largo de los años, la Censoría ha adquirido numerosas muestras de escritura falsificadas como pruebas. Seguro que has visto algunas obras maestras tan exquisitas que podrían pasar por auténticas».

—¿Entonces sugiere que el ministro fue incriminado? —preguntó Su Bai.

—Es solo una conjetura. No puedo imaginar qué motivo podría tener Wei para cometer traición —respondió Su Shiyu—. El kan de los xiongnu es ya anciano y sus hijos compiten ahora por el poder dentro de su campamento. Abundan las luchas abiertas y encubiertas; el caos parece inevitable. Nuestro emperador aún

es joven y la situación de la Gran Xia se vuelve cada vez más estable. El ministro Wei se acerca a los sesenta años y ocupa el cargo crucial de ministro de Hacienda. ¿Por qué arriesgaría su vida desertando a los xiongnu?

—Así es —asintió Su Bai—. Aunque también es extraño que el ministro Wei insistiera en una alianza con los xiongnu desde el principio, sin que nadie sospechara de este ángulo.

«Precisamente porque buscó esa alianza fue víctima de una trampa y encontró su fin», comentó Su Shiyu con indiferencia.

Su Bai esperó, perplejo, a que continuara.

«Su objetivo no era solo su muerte, sino el sabotaje total de la alianza propuesta con los xiongnu». La mirada de Su Shiyu se volvió ligeramente sombría mientras continuaba lentamente: «Como principal defensor de la alianza, una vez que se demostró que Wei Shushang albergaba intenciones de desertar a los xiongnu, las sospechas cayeron inevitablemente también sobre los demás. El resultado, como se pudo ver durante la sesión matutina de la corte anteayer, fue precisamente este: no solo nadie se atrevió a seguir apoyando la alianza, sino que muchos propusieron romper todos los lazos con los xiongnu para demostrar su inocencia».

Su Bai reflexionó con seriedad. «¿Entonces estás diciendo que cuando el ministro Wei afirmó que la carta te la había confiado tú, no era para implicarte? Más bien, ¿era parte del plan de esa persona, para que el ministro Wei pareciera más sospechoso y no tuviera oportunidad de redimirse?». Hizo una pausa y luego añadió: «Pero... ¿cómo pudieron hacer creer al ministro Wei que provenía de ti?».

Su Shiyu contempló la tinta bermellón que se filtraba por la punta del pincel, una gota carmesí que se extendía como sangre por el borde del papel xuan blanco. «Probablemente tomando prestados mis rasgos mediante una máscara de piel humana».

Un escalofrío recorrió la espalda de Su Bai, que se estremeció con un temor tardío. «... Menos mal que Su Majestad confía en usted, joven maestro».

Su Shiyu movió ligeramente el papel y su dedo captó un leve rastro de carmesí. Se limitó a sonreír sin responder.

«Pero, ¿qué beneficio le reportaría eso a esa persona? ¿Por qué llegar a tales extremos solo para oponerse a los xiongnus?». Su Bai se dio cuenta de algo de repente. «Ah, joven maestro, ¿podría ser... el gran mariscal Chu? ¿No le informó mi padre que los funcionarios que cambiaron de postura en la corte lo hicieron por la residencia del gran comandante...?»

«Lo que hemos discutido es una mera conjetura entre nosotros. ¿Cómo podemos estar seguros de su identidad?», respondió Su Shiyu con calma.

«¡Pero es tan obvio! El que en la corte discutió más ferozmente contra el ministro Wei y alberga la más profunda animadversión hacia los xiongnus es...».

Su Shiyu sonrió levemente, interrumpiéndolo. «Puedes retirarte».

Su Bai se quedó paralizado, desconcertado, pero inclinó la cabeza en señal de obediencia y salió del estudio sin más preámbulos.

El bermellón de su yema se había secado, dejando una tenue y delicada raya carmesí. Su Shiyu la contempló durante un momento antes de juntar los dedos y murmurar en voz baja. Cogió el pincel y reanudó sus anotaciones en el memorial.

En el instante en que Lu Qinghe entró en el estudio imperial, se quedó paralizado.

Ante sus ojos se alzaba una escultura de madera tan alta como ella. La esbelta figura de una doncella, vestida con capas de patrones bordados de flores de albaricoque, con el cabello cayendo en cascada hasta la cintura. La luz del sol se filtraba por la ventana detrás de ella, y el juego de luces y sombras evocaba recuerdos lejanos de la gracia de la diosa del río Luo. Sin embargo, sus rasgos permanecían sin tallar.

«¿Qué le parece?», le preguntó alguien a su lado con una sonrisa.

Lu Qinghe miró fijamente la escultura. «Qué hermosa...». Volvió a sus cabales y se apresuró a hacer una reverencia. «¡Esta humilde doncella presenta sus respetos a Su Majestad!».

Li Yanzhen levantó una mano para indicarle que se levantara, y sus dedos rozaron ligeramente las finas virutas de madera del cuchillo de tallar. «Pero aún no puedo decidirme por este par de manos. Me temo que necesitaré mucho más tiempo para reflexionar».

Lu Qinghe siguió su mirada y, efectivamente, vio que la mano medio expuesta bajo la manga con motivos de nubes solo era un contorno difuso. Sus ojos se desplazaron y no pudo evitar preguntar: «¿Se atreve esta humilde doncella a preguntar por qué Su Majestad no completa primero sus rasgos?».

Li Yanzhen siguió observando la talla con mirada amable. Preguntó: «¿Es una lástima?».

«... Sí. Me inquieta dejarlo en blanco», admitió Lu Qinghe con franqueza.

Li Yanzhen sonrió y apartó la mirada. «Una madera tan fragante es una rareza centenaria. Creo que sería una deshonra para el material tallar algo que no fuera una belleza sin igual. Sin embargo, después de mucho deliberar, no he encontrado ningún rostro adecuado. Imaginar uno desde cero me deja perplejo, así que por ahora debe quedar apartado». Se volvió hacia el escritorio, tomó un pergamino y lo desenrolló para revelar un resplandor de flores de melocotonero, con una mujer vestida con túnicas carmesí medio sumergida en la pintura.

Li Yanzhen mojó el pincel en tinta, levantó la vista y sonrió. «No hay necesidad de formalidades. Póngase como estaba antes, con total naturalidad».

Lu Qinghe asintió repetidamente, ajustándose el dobladillo de la falda con una mano mientras levantaba la cabeza para ponerse erguida ante Li Yanzhen.

El aroma del incienso del quemador de jade se disipó sin dejar rastro y, durante un largo rato, reinó el silencio. Lu Qinghe ya no pudo soportar más la quietud y echó un vistazo a la talla de madera. No pudo evitar suspirar suavemente: «Es verdaderamente una obra maestra del arte. Con tal habilidad, Su Majestad, probablemente haya pocos artesanos en todo el país que puedan igualarla».

Li Yanzhen sonrió ante el comentario, aunque no levantó la mirada. Simplemente sacudió ligeramente la cabeza y comentó: «Con el tiempo, uno mejora naturalmente. Las muñecas que tallé en mi juventud eran bastante malas».

«¿Su Majestad tallaba en su infancia?».

«Apenas lo dominaba», respondió Li Yanzhen, con la mirada fija en la pintura mientras trazaba sus contornos con cuidado. Lentamente, continuó: « La primera talla en madera que hice fue de mi madre, la emperatriz viuda. Era su cumpleaños y no tenía nada que regalarle. Así que encontré un pequeño trozo de madera y le tallé un retrato. Le encantó y dijo que se parecía mucho a ella». Hizo una breve pausa y luego se rió suavemente. «A decir verdad, no se parecía en nada, incluso los ojos eran asimétricos. Pero ella lo apreciaba mucho. Poco después, falleció, aún con esa talla en la mano. Si lo hubiera sabido entonces, lo habría tallado con mayor precisión».

«¿Nada en absoluto?», exclamó Lu Qinghe sorprendido. «... Pero ¿no falleció Su Majestad la Emperatriz Viuda hace solo dos años?».

Li Yanzhen la miró y sonrió. «No es así. Mi madre biológica era una plebeya. En mi juventud, vivíamos juntos en el Palacio Frío. Ella enfermó gravemente y, como ningún médico imperial la atendía, falleció. En ese momento, mis hermanos mayores habían perecido en batalla, habían sido asesinados o habían sucumbido a la enfermedad. Yo era el único hijo superviviente, por lo que me acogieron».

Li Yanzhen se enderezó y observó la habitación: pergaminos antiguos, tinteros de jade, pinceles de pelo de lobo... todo lo propio de un emperador, de una opulencia sin medida. Suspiró profundamente. «Ahora, al mirar atrás, todavía me sorprende. En aquel entonces, mi mundo no era más grande que el Palacio Frío. No sabía nada de la inmensidad del reino, ni imaginaba que algún día lo goberaría».

Ese suspiro, ligero pero pesado, le oprimía el corazón y le impedía hablar. Lu Qinghe apretó con fuerza los dedos alrededor de la manga y solo pudo observarlo en silencio.

Su mirada se desvió hacia ella y sus ojos se encontraron. Como si intuyera algo, Li Yanzhen cambió de tema. «Hablando de eso, me recuerda un incidente divertido. En aquel entonces, contemplé la belleza más impresionante que había visto en mi vida. ¿Te atreves a adivinar quién era?».

Lu Qinghe reflexionó con dificultad: «¿La emperatriz viuda?».

Li Yanzhen no pudo evitar reírse. «Era el ministro Su».

«¿El ministro Su?».

«Así es. Después de que me nombraran príncipe heredero, el ministro Su entró en el palacio como mi tutor». Li Yanzhen cerró los ojos, recordando el momento con detalle. «Recuerdo el día en que nos conocimos. El tiempo era claro y soleado, y los árboles fuera del salón estaban cubiertos de flores de albaricoque. El ministro Su vestía una túnica blanca y se acercó pisando los pétalos caídos». Abrió ligeramente los ojos, con una pizca de diversión en la mirada. «En su juventud, el ministro Su se parecía mucho a su madre, famosa en todo el país. Solo después de alcanzar la mayoría de edad fue adquiriendo gradualmente los rasgos del general Su Jue. En aquel entonces, solo tenía quince o dieciséis años. No noté la diferencia y solté: «Hermana, eres realmente hermosa. ¿Puedo pintarte un retrato?».

Lu Qinghe se rió suavemente, conteniendo la risa. Al ver que a Li Yanzhen no le importaba, preguntó: «¿Y cuál fue la reacción del señor Su?».

«Solo suspiró», respondió Li Yanzhen, y tras una pausa añadió: «Aunque más tarde me di cuenta de que al ministro Su le molestaba especialmente que le llamaran guapo».

«¡Vaya, quizá el ministro Su solo era tímido!», exclamó Lu Qinghe.

Li Yanzhen no pudo evitar sonreír. «Quizá».

Mientras charlaban, terminaron un cuadro. Lu Qinghe se inclinó para examinarlo de cerca cuando, de repente, la voz a su lado murmuró: «Si te gusta, quizá te lo regale».

Lu Qinghe negó rápidamente con la cabeza. «Gracias por su amabilidad, Majestad, pero no es necesario».

«¿Por qué?», preguntó Li Yanzhen, desconcertada. «¿No te gusta?».

«En absoluto. Es mucho más hermosa que esta humilde doncella». Lu Qinghe sonrió, mirando a Li Yanzhen. «Por lo tanto... Su Majestad debería quedársela».

Su sonrisa era radiante, la luz del sol se posaba en su rostro y se reflejaba en sus pupilas como puntos de luz dispersos.

Li Yanzhen se quedó en silencio por un momento antes de reírse suavemente. «Muy bien. Entonces la atesoraré con cuidado».

Jiang Yuan entró en el estudio imperial justo cuando Lu Qinghe salía. Sus miradas se cruzaron fugazmente; ella percibió el leve aroma del incienso del incensario de jade que permanecía en el dobladillo carmesí de su falda. Lu Qinghe le dedicó una sonrisa serena, se inclinó respetuosamente ante ella y luego se marchó con la doncella del palacio, con porte elegante y gracioso.

Jiang Yuan observó su retirada casi despreocupada, casi elegante, antes de volver la mirada al pergamo que Li Yanzhen estaba examinando detrás de su escritorio. La mujer vestida de rojo que aparecía en él se apoyaba ligeramente en una rama cargada de flores de melocotonero, con una sonrisa brillante y clara. Aunque no llevaba vino ni espada a su lado, irradiaba un espíritu innato de caballerosidad.

Jiang Yuan se acercó suavemente. «Si a Su Majestad le gusta, ¿quizás podría llevarlo al palacio? Estoy seguro de que al ministro Lu le encantaría».

«Me gusta», respondió Li Yanzhen, enrollando el pergamo con una sonrisa. «Pero no es necesario. Un caballero errante debe permanecer en el mundo, para ver todas las montañas y ríos».

☆, [Capítulo 50]

☆, [Capítulo 50]

El sol brillaba lánguidamente sobre el Palacio de la Paz Eterna. Bajo las tejas azules y las paredes bermellón, los caminos del palacio yacían desolados y silenciosos.

De repente, Su Shiyu oyó que alguien lo llamaba por su nombre desde atrás. La voz se acercaba, con un tono ligeramente prolongado, con un toque de diversión, totalmente familiar.

—Ministro Su...

Se volvió y vio a Chu Mingyun acercándose, caminando a su lado. —Sabía que si llegaba temprano podría encontrarme con usted.

Su Shiyu lo miró desconcertado. —Ministro Chu, ¿necesitaba usted mi presencia?

«¿No podría ser simplemente que deseaba verte unas cuantas veces más?», replicó Chu Mingyun.

«Cada mes, en este día, ambos debemos informar de asuntos al Estudio Imperial. Tarde o temprano, estamos destinados a encontrarnos», respondió Su Shiyu con una leve sonrisa.

«¿Qué hay de malo en encontrarnos antes?», Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja. «Seguramente se me permite contemplarte un poco más, ¿no?».

Su Shiyu le lanzó una mirada exasperada y, bajando repentinamente la voz, le advirtió: «Príncipe Xiling».

Chu Mingyun volvió la cabeza y vio que se acercaba un hombre de mediana edad vestido con la túnica ceremonial de un príncipe feudal.

Entre los numerosos príncipes feudales de la dinastía Li, ninguno demostró ser más estable y complaciente que el príncipe Xiling, Li Chenghua. Además, su naturaleza amable y generosa le granjeó muchos amigos. Lejos de ser menospreciado entre sus pares, gozaba de un prestigio considerable, incluso el

antiguo príncipe de Huainan había mantenido cierta relación con él. Como impulsor del Decreto de Favor Imperial, era sin duda el candidato más adecuado.

Tras intercambiar una reverencia formal, Chu Mingyun y Su Shiyu se dirigieron a él con cortesía: «Alteza, le presentamos nuestros respetos».

«Excelente, excelente», respondió Li Chenghua, levantando la mano repetidamente mientras miraba a la pareja con una cálida sonrisa. «Rara vez visito la capital, y tenía la intención de buscarlos a ambos en mi tiempo libre. Esto es una gran casualidad». Volviéndose hacia Chu Mingyun, añadió: «Ministro Chu, ¿me recuerda? En la frontera noroeste, mataste a docenas con una espada rota y acabaste con el comandante enemigo atravesándole la garganta. El general al mando consideró que tus métodos eran demasiado brutales y quiso castigarte, pero yo intercedí en tu favor».

Chu Mingyun reflexionó un momento. «No lo recuerdo». Hizo una breve pausa antes de añadir: «Aunque recuerdo vagamente que el general al mando me guardaba rencor por usurparle el mérito militar».

«Exactamente, ese mismo hombre», se rió Li Chenghua. «Siempre se había comportado de forma vergonzosa y, cuando de repente encontró su fin, nadie lo lloró. Tú ocupaste su lugar y, según he oído, los soldados del campamento estaban muy contentos». No pudo evitar reflexionar: «Incluso entonces, intuí que el señor Chu no era un hombre corriente, sino que estaba destinado a grandes cosas. Mirando atrás, mi juicio resultó bastante acertado».

«¿Es así?», Chu Mingyun esbozó una sonrisa ambigua. «Gracias por sus amables palabras, Alteza».

Li Chenghua respondió con una risa repetida, y su mirada se desplazó hacia Su Shiyu. «Después de todos estos años separados, el ministro Su solo se ha vuelto más guapo».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño, dudó un momento y luego lo reprimió, respondiendo con una leve sonrisa: «Su Alteza sigue siendo tan ingenioso como siempre».

«En absoluto», suspiró profundamente Li Chenghua, contemplando con nostalgia la extensión azul del cielo. «El tiempo vuela. El general Su se ha ido, dejándote solo para defender a la familia Su. Incluso Che'er ha alcanzado ya la edad adulta».

Su Shiyu respondió con una sonrisa: «¿Cómo está el príncipe heredero?».

«Más o menos igual que siempre», Li Chenghua negó con la cabeza. «Duda en todos sus asuntos, incapaz de tomar decisiones decisivas. Si Chè se pareciera a ti aunque fuera un poco, me tranquilizaría considerablemente».

Su Shiyu bajó la mirada y sonrió con suavidad, con tono apacible. «El joven maestro valora la lealtad y el afecto; esa es su virtud. ¿Por qué tiene que ser como yo?».

Li Chenghua sonrió a su vez y no dijo nada más. No se detuvo en recuerdos, solo hizo algunas preguntas corteses más antes de marcharse. Su figura desapareció tras la esquina, entre las sombras de los árboles, dejando solo un mosaico de sombras rotas sobre las losas azules.

Su Shiyu volvió la mirada y se encontró con los ojos de Chu Mingyun. «... ¿Qué pasa?».

«Nada», Chu Mingyun curvó los labios y habló lentamente, «solo quería estudiar más de cerca al apuesto magistrado Su».

Su Shiyu suspiró impotente: «No soy ni de lejos tan apuesto como el magistrado Chu».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun ladeó la cabeza y arqueó una ceja con diversión. «Dado que soy tan apuesto y tengo la edad adecuada, ¿cuándo piensa acogerme en su casa, Su Excelencia?». Su voz se apagó, y el tono burlón que permaneció en el aire apretó el corazón de Su Shiyu.

Su Shiyu lo miró fijamente con una mirada profunda y prolongada antes de apartar la vista. Tras una breve pausa, respondió con una leve sonrisa: «Mi casa Su es humilde y modesta. Me temo que difícilmente podríamos permitirnos acoger al señor Chu».

«...» Chu Mingyun se quedó en silencio por un momento, y de repente comprendió el significado implícito en las palabras de Su Shiyu. «... Señor Su, no como todo el tiempo, ¿sabe?».

Su Shiyu no pudo evitar reírse en voz alta.

Dentro del Estudio Imperial, Li Yanzhen examinaba atentamente una talla de madera. Tras responder con indiferencia al informe de una doncella del palacio, de repente recordó algo. Al volverse, vio a Chu Mingyun y Su Shiyu entrando en la sala e inmediatamente sonrió: «¡Mi querido ministro, llega en el momento más oportuno!».

La mirada de Chu Mingyun se posó en la escultura de madera de una mujer. Medio oculta tras las capas de cortinas de gasa del palacio, la luz del sol se filtraba a través de la intrincada celosía de la ventana, proyectando una luz moteada sobre la talla. Sus contornos parecían ligeramente borrosos. Una sensación inexplicable lo invadió, pero no lograba comprenderla. Inconscientemente, frunció el ceño y comenzó a examinarla de cerca.

Su Shiyu también se sorprendió momentáneamente por la talla de tamaño natural. Observó cómo Li Yanzhen se acercaba rápidamente hacia ellos. «... ¿Su Majestad?».

«Mi querido ministro, ¿sería tan amable de extender su mano?», preguntó Li Yanzhen, con un tono casi suplicante.

Su Shiyu lo miró desconcertado, intercambió una mirada con Chu Mingyun y luego levantó lentamente la mano, con la palma abierta.

Li Yanzhen estudió su mano, reflexionó y luego añadió: «¿Cómo se mueven sus dedos cuando toca el cíntara?».

Con el cuchillo de tallar aún en la mano, en ese momento comprendieron lo que Li Yanzhen pretendía.

Su Shiyu dobló los dedos y tocó dos notas en el aire. Sus nudillos delgados y elegantes se curvaron y giraron con gracia, emanando un refinamiento innato de

sus movimientos. Por un momento, pareció como si el sonido de una cítara fluyera bajo sus dedos como el murmullo del agua.

Li Yanzhen miró fijamente la mano de Su Shiyu, que parecía brillar bajo la cálida luz del sol. La contempló durante un largo momento antes de extender lentamente su propia mano.

Chu Mingyun carraspeó suavemente, dio un paso adelante para tomar la mano de Su Shiyu y la apretó suavemente. Se desplazó hacia un lado para interponerse entre los dos hombres, sonriendo al todavía aturdido Li Yanzhen. «Puesto que Su Majestad desea esculpir una mujer, es lógico que examine la mano de una mujer. Aunque el señor Su toque el zither maravillosamente, ¿qué hay que admirar en la mano de un hombre?».

Así dijo, pero él mismo estrechó esa mano bastante anodina con sorprendente fuerza.

Su Shiyu luchó en silencio, incapaz de liberarse. Afortunadamente, el cuerpo de Chu Mingyun lo ocultaba de la vista.

Li Yanzhen miró fijamente a Chu Mingyun, a punto de hablar, pero fue interrumpido: «¿Acaba de reunirse Su Majestad con el príncipe de Xiling?». ¿Acaba de reunirse Su Majestad con el príncipe de Xiling?

Solo entonces Li Yanzhen volvió a la realidad y regresó a su asiento.
—Efectivamente, me he reunido con mi tío real.

Al oír esto, Su Shiyu bajó la mano de Chu Mingyun y salió de detrás de él. —¿Ha mencionado Su Majestad el Decreto de Favor Imperial al príncipe?

—Ya he dado mi consentimiento —respondió Li Yanzhen.

«¿Ya ha aceptado?», insistió Su Shiyu. «¿Le ha mostrado Su Majestad al príncipe el borrador del Decreto de Favor que le envié anteriormente?».

«¿No ha propuesto ninguna condición?», preguntó Chu Mingyun.

«Bueno...», Li Yanzhen apartó la mirada, dudando ligeramente. «Su Alteza Real revisó el contenido del Decreto de Favor y no planteó ninguna objeción».

«¿Cuáles fueron las condiciones de su consentimiento?», Chu Mingyun lo miró fijamente, con tono firme. «¿Qué le prometió Su Majestad?».

Li Yanzhen miró a ambos antes de responder: «El Emperador le concedió el antiguo feudo del Príncipe de Huainan».

Chu Mingyun soltó una risa seca. —Primero, el tratado por el que se cedía territorio a los xiongnu fue deseo de Su Majestad. Ahora, el príncipe de Xiling recibe el feudo de Huainan al llegar a Chang'an. Parece que el noveno príncipe tenía toda la razón: Su Majestad es realmente generoso. —Hizo una breve pausa—. Sin embargo, para un asunto tan trascendental, este servidor cree que sería prudente que Su Majestad esperara a la corte de mañana por la mañana antes de decidir. Sería mejor no actuar de forma unilateral.

Tras un momento de silencio, Li Yanzhen respondió: «Su Excelencia tiene toda la razón. Sin embargo, el Decreto de Favor es, en última instancia, una medida para restringir el poder feudal. Si no fuera así, me temo que incluso Su Alteza Imperial el Príncipe podría albergar descontento».

«Su Majestad sin duda aprecia la inmensidad del Reino de Huainan. También comprende que el Decreto de Favor es una medida para restringir los poderes feudales. Entonces, Su Majestad, ¿cree que la influencia del príncipe de Xiling ha aumentado o disminuido?». El tono de Chu Mingyun se volvió ligeramente más frío.

Li Yanzhen no encontró respuesta.

Un silencio momentáneo cayó sobre la sala, con una atmósfera cargada de tensión.

«Basta», suspiró Su Shiyu. «La palabra de un soberano pesa tanto como un sello de nueve toneladas; no hay vuelta atrás. Llegados a este punto, el ministro Chu no tiene nada más que decir».

Chu Mingyun apartó la mirada y guardó silencio.

«... ¿Ministro Su?», Li Yanzhen se volvió hacia él.

Su Alteza el Príncipe tendría exigencias; este servidor lo había previsto desde hacía tiempo. Las acciones de Su Majestad tampoco carecen por completo de razón. Su Shiyu bajó la mirada y reflexionó: «Tras la ejecución del príncipe de Huainan, los príncipes feudales han mostrado signos de inquietud. El Decreto de Favores provocaría inevitablemente un alboroto; por lo tanto, su postura se vuelve primordial. Que ahora haya aceptado de buen grado es, después de todo, un resultado favorable».

Dicho esto, no había necesidad de añadir nada más.

Tras informar brevemente sobre los asuntos de Estado, se despidieron. Su Shiyu les guió hacia la salida, ya más allá de las puertas del palacio.

De repente, un susurro, ligero como un suspiro, se elevó con la brisa, rozó la cortina y llegó al oído de Chu Mingyun, apenas audible.

«Ojalá el ministro Su fuera una mujer».

Sus pasos se detuvieron. Al volverse, su mirada pasó por alto la silueta de Li Yanzhen y se posó en la talla de madera. Por fin comprendió que el contorno vagamente familiar que había percibido no era una ilusión.

☆, [Capítulo 51]

☆, [Capítulo 51]

El joven atravesó el pasillo iluminado por la luna, abrió la puerta y se dirigió a su padre con respeto: «Padre».

La habitación estaba brillantemente iluminada por la luz de las velas. Un hombre estaba sentado solo detrás de un escritorio, sosteniendo un pergamo cubierto de escritura xiongnu. Levantó la vista al oír el ruido y sonrió. «¿Por fin se han curado tus heridas?».

«Sí». El joven se presionó las costillas debajo del abdomen, donde aún sentía un dolor sordo. «Ya no es motivo de preocupación. He sido incompetente, padre, y le he causado mucha preocupación estos últimos meses».

«No importa». El hombre siguió hojeando el pergamo. «Mañana partirás. Si tu herida no ha sanado del todo, no te esfuerces demasiado».

—Gracias por tu preocupación, padre. No volveré a decepcionarte. Al ver que el hombre permanecía en silencio, el joven dudó brevemente antes de preguntar finalmente: —Además, si me permites la osadía, ¿por qué no se ha visto a Jing Shu desde mi regreso...?

«Partirás mañana. Descansa temprano esta noche». La voz del hombre lo interrumpió.

El joven vaciló, luego murmuró su consentimiento antes de retirarse en silencio.

Al abrir la puerta, el viento nocturno entró, hinchando sus mangas. La tela ondeante reveló una profunda y oscura cicatriz carmesí en su pálido brazo.

En el noveno año de Yonghe, durante el segundo mes del verano, el emperador, siguiendo el consejo del Gran Censor, promulgó el Decreto de Favor Imperial. Este ordenaba a los señores feudales dividir sus tierras mediante favores privados, concediendo porciones a sus hijos y hermanos menores. Xia fue designada específicamente como feudo, con un territorio diferenciado y subordinado a la Comandancia de Xia. Así comenzó la división de los estados feudales, y todos los hijos y hermanos menores recibieron marquesados. Poco a poco, las tierras de los señores feudales se fragmentaron y perdieron fuerza.

Como era de esperar, el decreto provocó un gran revuelo entre los señores feudales. Los herederos estaban descontentos, mientras que los hijos ilegítimos se regocijaban, y las disputas se extendieron por todo el reino hasta que el príncipe de Xiling dio un paso al frente para prestar todo su apoyo, lo que permitió la aplicación fluida del decreto. Sin embargo, justo cuando todos creían que se había asegurado la paz, estalló inesperadamente la agitación. Lo más sorprendente es que los disturbios no se originaron en ninguno de los estados feudales, sino en Huainan, un dominio que ya estaba bajo el control del príncipe de Xiling.

Los restos de la rebelión se habían levantado y estaban reuniendo fuerzas para rebelarse.

«Esta repentina aparición de los restos del príncipe de Huainan, que están levantando tropas para rebelarse, nos ha pillado realmente desprevenidos». Li Yanzhen suspiró y le pasó los documentos a Su Shiyu. «Su Alteza Real aún no ha establecido completamente las defensas y no conoce a fondo la región de Huainan. Ahora se siente abrumado y ha enviado mensajeros en viajes urgentes de miles de kilómetros para solicitar refuerzos imperiales».

«Incluso si Su Alteza Real no lo hubiera solicitado, la corte debería enviar tropas para sofocar la rebelión», comentó Su Shiyu. «Especialmente porque se trata de los restos del príncipe de Huainan». «¿Aún no ha dejado completamente de lado el caso del príncipe de Huainan?», preguntó Li Yanzhen.

Su Shiyu no respondió, limitándose a comentar con frialdad: «Su servidor simplemente se ha dado cuenta de repente de que, aunque la rebelión ha traído consigo la calamidad, también presenta una oportunidad sin igual».

«¿Una oportunidad?».

«En efecto», asintió Su Shiyu, mirándolo a los ojos. «Es una oportunidad para Luo Xin y también para Su Majestad».

Li Yanzhen se detuvo, y su expresión cambió al encontrarse con la mirada profunda y contemplativa de Su Shiyu. De repente, lo comprendió.

Efectivamente, para formar a un comandante, primero hay que permitirle distinguirse. Además, el rasgo más criticado de Luo Xin era su origen de Huainan. Si lograba sofocar la rebelión, disiparía los rumores maliciosos y pondría a las tropas bajo su mando. A partir de ahí, el soberano podría recuperar gradualmente la autoridad militar, capa por capa.

«Pero la elección del comandante que dirija esta represión...», expresó Li Yanzhen su preocupación, «seguramente debe ser seleccionada por el ministro Chu. ¿Cómo podría no comprender las implicaciones?».

Su Shiyu se quedó en silencio por un momento antes de suspirar. «Aunque las perspectivas sean sombrías, debemos intentarlo».

La residencia del Gran Comandante siempre desprendía un aire de solemnidad contenida. Los guardias y las sirvientas que pasaban por allí eran taciturnos y se inclinaban respetuosamente al acercarse Su Shiyu. Ninguno se adelantó para obstaculizar su paso o anunciar su llegada, lo que le permitió avanzar sin obstáculos hasta el estudio.

Chu Mingyun, con una mano apoyada en la estantería, buscaba algo con atención. Sin volverse, preguntó: «¿Dónde pusiste esos libros que te pedí que guardaras después de exponerlos al sol...?» Sus palabras se apagaron cuando los pasos se hicieron más claros detrás de él. Antes de que el otro pudiera hablar, curvó los labios en una sonrisa y se volvió para mirar atrás. «Ministro Su, ¿ha venido para una cita amorosa?».

«Dudo mucho que alguien concertara una cita amorosa a plena luz del día», respondió Su Shiyu con una leve sonrisa.

Chu Mingyun se giró, apoyándose casualmente contra la estantería, con los ojos entrecerrados por la diversión. «No me importaría».

«Soy muy consciente de su naturaleza despreocupada, señor Chu», comentó Su Shiyu, dirigiendo una mirada significativa a la pequeña pila de cáscaras de semillas de loto que había junto al escritorio.

Chu Mingyun permaneció impasible. «Du Yue las dejó aquí antes».

Su Shiyu se rió entre dientes y asintió con la cabeza. «Ah Yue es bastante desconsiderada».

Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja y se acercó hasta quedar justo delante de Su Shiyu. La carnosa semilla de loto que tenía en la palma de la mano la pellizcó entre los dedos y levantó la mano hasta la cara de Su Shiyu. «Por casualidad, queda una. ¿Te apetece?».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa. «Puedes quedártela».

Antes de que las palabras salieran completamente de sus labios, la semilla de loto tocó de repente los suyos, con un ligero aroma a sándalo. La presión pasó de ser ligera a firme, permaneciendo sugestivamente en sus labios. Chu Mingyun bajó la mirada y observó atentamente mientras murmuraba en voz baja: «¿Desea el señor Su verme consumirla?».

Su Shiyu apretó la mano de Chu Mingyun, intercambiando una mirada exasperada antes de aceptar la semilla de loto. Su dulzura se derritió en su lengua, dejando un ligero y persistente amargor.

Chu Mingyun regresó a su escritorio. «¿Por qué no te sientas?».

Su Shiyu lo siguió hasta el asiento de enfrente y habló directamente: «En cuanto a la rebelión en Huainan, ¿Su Excelencia tiene intención de liderar la campaña personalmente o nombrará a otra persona?».

«Esas pequeñas perturbaciones apenas merecen mi atención personal», comentó Chu Mingyun, haciendo una breve pausa antes de esbozar una sonrisa enigmática. «Además, las campañas militares están llenas de incertidumbre. Si me fuera durante dos o tres años, me temo que el señor Su podría haber sentado cabeza para cuando regresara. ¿Qué sería entonces de mí?».

Su Shiyu apartó discretamente la mirada, con un tono totalmente imperturbable. «Puesto que tiene intención de delegar esta tarea, ministro Chu, ¿ha pensado en algún candidato adecuado?».

«Todavía no», respondió Chu Mingyun.

Su Shiyu sacó un memorial doblado y lo colocó ante él. «En ese caso, se me ocurre un candidato. Ministro Chu, quizá le interese considerarlo».

«¿Luo Xin?», Chu Mingyun solo miró el nombre antes de levantar las cejas para encontrar la mirada de Su Shiyu, sonriendo. «¿Así que realmente se ha convertido en su hombre?».

«Ambos servimos a Su Majestad resolviendo sus preocupaciones. ¿Qué idea es esa de "el hombre de quién"?», respondió Su Shiyu con frialdad. «Esto lo recomendó otra persona; yo solo transmiso el mensaje».

Chu Mingyun ignoró sus palabras y respondió lentamente con una sonrisa: «¿Por qué tanta prisa por cultivar influencia dentro del ejército?».

«¿Qué cultivo de influencia? Como súbditos, es nuestro deber...».

«¿Acaso no soy yo también tu hombre?», continuó Chu Mingyun en voz baja, con la mirada cada vez más intensa.

El débil y agridulce aroma de las semillas de loto permanecía entre sus dientes. De repente, sin saber qué decir, su mirada se posó en el patrón de loto carmesí que adornaba la esquina de la manga de Chu Mingyun. Después de un largo momento, se calmó y respondió con una sonrisa tranquila: «No soy un experto en asuntos de conquista. Solo era una sugerencia. Si el señor Chu no está interesado, que así sea».

«Nunca he dicho que no estuviera de acuerdo con usted», respondió Chu Mingyun.

Su Shiyu levantó la vista sorprendido, solo para ver a Chu Mingyun tomar casualmente el memorial y sonreírle con un brillo en los ojos. «Puesto que cree que Luo Xin es adecuado, que así sea».

Este cambio repentino de actitud lo dejó desconcertado, pero, como su deseo se había cumplido, se recompuso y se despidió. Cuando Su Shiyu se dio la vuelta para marcharse, una voz detrás de él detuvo sus pasos.

«Sin embargo, ministro Su, sería mejor que en el futuro se abstuviera de mostrar tal favor hacia los demás».

Su Shiyu se dio la vuelta. Chu Mingyun, con la barbilla apoyada en la mano, sonrió con los ojos arrugados por la diversión. «De lo contrario, no puedo garantizar que sea capaz de contenerme y no matarlo, sea quien sea».

El Ministerio de Guerra actuó con rapidez. En cuestión de días, se reunieron los suministros: espadas relucientes, armaduras de hierro frías al tacto, carros cargados de provisiones y robustos caballos de guerra. Solo quedaba la orden de marcha del ejército.

En la víspera de la partida, Chu Mingyun convocó a Luo Xin. «¿Cómo han ido tus preparativos estos últimos días?».

Luo Xin reflexionó brevemente. «Informo a Su Excelencia que he estudiado el Libro de los Ritos y el Libro de los Documentos».

Chu Mingyun lo miró con una expresión compleja. «... ¿Por qué no has leído también el Libro de los Cantos?».

«¿Ah? ¿Ese también?». Luo Xin se quedó paralizado por un momento.

Chu Mingyun se presionó las sienes con los dedos. «Con la campaña a punto de comenzar, ¿para qué sirven esos estudios?».

«Bueno...», respondió Luo Xin con franqueza, «fue el señor Su quien me aconsejó que leyera mucho. ¿Hay algún problema?».

Chu Mingyun se quedó en silencio un momento antes de dejar el tema.

Sacó varios volúmenes del escritorio y se los entregó. «Estos son mapas de Huainan y tratados militares que pueden resultarle útiles. Siga estas instrucciones y, aunque el resultado sea el peor, no será demasiado desastroso». Al observar la expresión de desconcierto de Luo Xin, hizo una pausa antes de añadir con frialdad: «Si a pesar de esto pierde, suicídese en Huainan. No será necesario que regrese a la capital».

Luo Xin tomó apresuradamente los libros con ambas manos. Lejos de estar disgustado, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. «¡Muchas gracias, Excelencia! ¡No le decepcionaré!».

Chu Mingyun lo despidió con un gesto, sin ganas de seguir hablando.

☆, [Capítulo 52]

☆, [Capítulo 52]

Las colinas salvajes más allá de Chang'an permanecían en silencio, con una única luz tenue parpadeando en la oscuridad de la noche.

Du Yue dejó su paleta y se inclinó para examinar con gran atención la hierba medicinal que tenía en las manos. Qin Zhao se agachó a su lado y acercó la linterna para iluminar el espécimen.

Tras un minucioso examen, Du Yue soltó una carcajada. «Ah, por fin la encontré. Toda esta noche cavando no ha sido en vano». Se levantó, limpiando cuidadosamente la tierra de la raíz mientras le daba a Qin Zhao un gesto de agradecimiento con la cabeza. «¡Salud!».

«No hay de qué». Qin Zhao también se levantó y observó la anodina planta verde. «¿Por esto te has tomado tantas molestias?».

«¿Esto?», repitió Du Yue imitando su tono monótono, en voz baja. «¿Sabes siquiera para qué se utiliza?».

Qin Zhao negó con la cabeza.

«¡La fórmula secreta de mi maestro! Solo esta planta. Convertida en medicina, te dejará fuera de combate a ti y a ese tal Chu durante meses!». Du Yue agitó la hierba triunfalmente. «¿Asustado?».

«El maestro Ye es realmente formidable», reconoció Qin Zhao con un gesto de asentimiento.

«Maldita sea, Qin Zhao, si sigues así, no podré volver a hablar contigo». Du Yue puso los ojos en blanco, envolvió la hierba y estaba a punto de guardarla cuando Qin Zhao le agarró la muñeca. «¿Para qué es esto?».

Qin Zhao le agarró la muñeca y la acercó a sus ojos, mientras con la otra mano sacaba un pañuelo limpio. Meticulosamente, comenzó a limpiar la suciedad y el polvo de las manos de Du Yue.

Du Yue extendió las palmas, dejándose atender sin mostrar ninguna incomodidad. El débil chirrido de los insectos resonaba en las montañas. Aburrido, Du Yue se quedó mirando las cejas fruncidas y los ojos de Qin Zhao. Después de un largo momento, de repente dijo: «Qin Zhao, verte así me recuerda de repente a mi primo».

La mano que le agarraba la muñeca se tensó al instante. Qin Zhao se controló justo a tiempo, evitando apretar demasiado fuerte. Tras un largo silencio, murmuró: «¿El también te trataba así?».

«Más o menos», reflexionó Du Yue. «Aunque mi primo normalmente solo me daba el pañuelo, nunca me limpiaba las manos. Mi madre siempre le decía que no me mimara, o le daría una paliza».

Qin Zhao no dijo nada y se limpió meticulosamente hasta la última mota de arena de entre los dedos.

«Caramba, ahora que lo pienso, de niño me pegaban constantemente. No como a mi primo: él tenía buena letra, era excelente en los estudios y tenía muy buen carácter. Mi madre siempre me decía que aprendiera de él». Du Yue se sumió en sus recuerdos antes de añadir de repente: «Espera, no, a mi primo también le pegaron una vez, y bastante fuerte. Siempre había sido obediente, pero ese día mi tío se enfureció y le aplicó la disciplina familiar. Le pegó hasta dejarle la espalda cubierta de verdugones sangrientos y luego le hizo arrodillarse en el salón ancestral durante días. Mi tía lloró durante días por ello. En aquella época, mi madre me amenazaba diciendo que si no me portaba bien, me enviaría a vivir con mi tío».

«Ya basta». Qin Zhao retiró el pañuelo y le soltó la muñeca.

«De acuerdo». Du Yue recogió la pequeña pala del suelo y la guardó. «¡Volvamos!».

Qin Zhao asintió y lo siguió. El bosque nocturno estaba envuelto en una penumbra tan siniestra como un espectro. Mientras el viento susurraba entre los árboles, un repentino crujido hizo que Qin Zhao entrecerrara los ojos bruscamente. Le entregó la linterna a Du Yue, levantó el brazo para protegerlo detrás de él y fijó una mirada cautelosa en la distancia.

La confusión duró solo un momento, hasta que Du Yue oyó unos pasos frenéticos que se acercaban, acompañados de jadeos cada vez más fuertes. Cada respiración era más rápida que la anterior, casi como si el corredor apenas pudiera respirar. La voz era vagamente reconocible como femenina.

Mirando a través de las sombras superpuestas de los árboles, Du Yue vio una figura que se tambaleaba hacia ellos, mirando atrás con miedo repetidamente. Al ver a alguien delante, se apresuró a correr hacia adelante sin prestar atención. «¡Sálvame... Sálvame...!».

Du Yue agarró la mano de Qin Zhao antes de que pudiera desenvainar su espada y se adelantó para examinar a la figura tendida en el suelo. Efectivamente, era una mujer, completamente desaliñada, con su frágil cuerpo jadeando violentamente. Sus ojos se encontraron con los de Du Yue y ella se aferró al dobladillo de su túnica. «... Por favor, sálveme. ¡Sálveme!». Las palabras salieron demasiado rápido; echó la cabeza hacia atrás y tosió una bocanada de sangre.

La expresión de Du Yue se ensombreció al instante. Sacó un pequeño frasco de porcelana, vertió una pastilla y se arrodilló para dársela.

Qin Zhao apartó la mirada y levantó los ojos hacia la distancia. Rompió una rama delgada y la lanzó hacia atrás. La delgada ramita voló como una flecha, cortando el aire con un silbido agudo antes de clavarse firmemente en el tronco del árbol. La figura medio oculta detrás del tronco se sobresaltó, dudó brevemente y luego desapareció en un instante.

La mujer tosió violentamente, luchando por hablar: «... Gracias... gracias. Por favor... te lo ruego...».

«¿Qué pretendes hacer?», preguntó Qin Zhao.

«Respire», le indicó Du Yue, tomándole el pulso.

«Chang'an...», graznó la mujer. «Debo llegar a Chang'an. Se lo ruego... ¿A qué distancia... está Chang'an?».

«Esto es Chang'an», afirmó Qin Zhao, observándola.

«... ¿Ya estamos aquí? ... Por fin. Por fin hemos llegado».

«... Ni siquiera los médicos pueden salvar a todo el mundo al final», murmuró Qin Zhao.

Du Yue se sacudió violentamente la mano y se adelantó para arrodillarse junto a la mujer. Un destello frío brilló cuando sus agujas perforaron con precisión milimétrica. Sin embargo, cuando retiró la mano, sintió claramente que el cuerpo se enfriaba. Sus dedos temblaban, como si estuvieran congelados. Mirando fijamente durante un largo momento, Du Yue se encontró completamente perdido.

—Du Yue —dijo Qin Zhao.

—Nunca ha muerto nadie bajo mis manos. Ni uno solo. Las habilidades médicas de mi maestro eran tan profundas que aprendí todas las técnicas... —La voz de Du Yue se quebró y luego vaciló. Se desplomó en el suelo y enterró el rostro entre los brazos.

Los rayos de luna se filtraban a través del follaje, sumiendo el bosque de la montaña en una profunda y silenciosa penumbra.

Qin Zhao se arrodilló ante él. —La vida y la muerte son impredecibles. Debemos aprender a aceptarlo.

—Me niego a aceptarlo —murmuró con voz apagada. Tras una larga pausa, continuó—: Cuando era joven, mi madre quería que siguiera los pasos de mi primo y me convirtiera en funcionario. Me parecía una idea espléndida. Entonces, un día, fui a jugar al estanque con el hijo del vecino. Él cogió un resfriado y murió a los pocos días. Pensé que ese médico era completamente inútil. ¿Cómo podía un simple resfriado ser mortal? Seguramente le había recetado la medicina equivocada y había matado a mi vecino. La familia del niño pensaba lo mismo y exigió explicaciones al médico. Pero este, acorralado en su habitación, se negó a decir nada. Luego se mudó de Jinling. Yo estaba aún más convencido de que había sido culpa suya. Después de eso, molesté a mi madre todos los días, diciéndole que no quería ser funcionario, que quería estudiar medicina. Cuando me convertí en médico, juré que nunca sería como él».

La lámpara había sido apartada, proyectando un tenue y cálido resplandor sobre su túnica azul. Qin Zhao se sintió inexplicablemente aturdido y extendió la mano instintivamente para tocar la luz sobre la tela.

«Pero mi maestro siempre me decía que no debía creer que la medicina pudiera hacerlo todo. Él tampoco podía salvar a todo el mundo. Esa sensación de impotencia es insopportable. Y los médicos nunca pueden olvidar a los pacientes que mueren bajo su cuidado. Aunque las familias de esas personas lo olviden, el médico no puede olvidar la sensación de ver cómo un alma viva se desvanece entre sus manos». Du Yue continuó: «Así que mi maestra dijo que verme así significaba que no sería un buen médico, porque seguramente sería incapaz de soportarlo. En ese momento, esas palabras me molestaron terriblemente».

«Ella dijo que no podía morir, pero yo no pude salvarla. Qin Zhao, nunca antes había visto a un paciente desvanecerse entre mis manos». Tras un largo silencio, Du Yue habló de repente: «... Así que esto es lo que se siente».

Qin Zhao lo observó en silencio, con una mirada cada vez más suave y profunda. Deslizó un brazo alrededor del hombro de Du Yue y lo atrajo hacia sí en un abrazo. Du Yue enterró el rostro en el pecho de Qin Zhao y lo abrazó con fuerza. Sus dedos, pálidos y helados, se clavaron en el hombro de Qin Zhao mientras finalmente se rendía a las lágrimas y sollozaba incontrolablemente.

Una parte de su cuello se volvió caliente y húmeda. Qin Zhao apretó lentamente su abrazo.

—Qin Zhao —murmuró, ahogando sus sollozos—, una vez que haya llorado esta noche, me acostumbraré.

—Muy bien —respondió Qin Zhao.

La luna creciente se hundió hacia el oeste mientras la luz del amanecer comenzaba a romperse.

Apoyado en la ventana, Chu Mingyun observó cómo el pájaro de plumas negras batía sus alas y se alejaba volando en la distancia. Luego volvió la mirada hacia Qin Zhao, que acababa de abrir la puerta. —¿Qué pasa?

Qin Zhao se acercó con paso firme y sus ojos se fijaron inmediatamente en el papel que Chu Mingyun tenía en la mano. «¿Noticias de otro lugar?».

Chu Mingyun le echó un vistazo casual. «Primero, dime qué pasa».

Éste le contó con detalle las palabras que la mujer le había dicho la noche anterior. Chu Mingyun se quedó mirando la carta que tenía en la mano, con una leve sonrisa en los labios. Solo cuando Qin Zhao terminó de hablar, Chu Mingyun asintió con la cabeza. «La corte imperial envió a Luo Xin para dirigir la fuerza expedicionaria contra Huainan. ¿Qué crees que habrá sido de ellos?».

Qin Zhao reflexionó por un momento. «Llevan más de medio mes en marcha. A estas alturas ya deberían haber llegado a Huainan y enfrentarse a los rebeldes».

Chu Mingyun se rió entre dientes. «Te equivocas». Le entregó la carta a Qin Zhao. «Ese ejército desapareció al día siguiente de llegar a Huainan. Junto con los rebeldes del rey de Huainan, se esfumaron de la noche a la mañana».

«Desaparecieron sin dejar rastro. Las ciudades tomadas por los rebeldes se convirtieron en pueblos fantasma». Se enderezó, se quitó la túnica exterior mientras se dirigía a la cámara interior y la arrojó casualmente sobre una mesa cercana.

Qin Zhao observó sus movimientos, asombrado. «Hermano mayor, ¿qué estás haciendo?».

«Cambiar de ropa», respondió Chu Mingyun sin volver la cabeza, aflojándose la túnica. «Para entrar en el palacio».

Qin Zhao dejó la carta y salió de la habitación, deteniéndose para cerrar la puerta tras de sí.

Las lámparas aún brillaban bajo el pasillo. El comandante de la guardia imperial se apresuró a acercarse y se dirigió a él con respeto: «¿Podría el líder anunciar que Su Majestad ordena al soberano que entre en el palacio inmediatamente?».

☆, [Capítulo 53]

La corte imperial envió a siete mil soldados para reprimir a los rebeldes en Huainan, pero ahora han desaparecido sin dejar rastro, con sus armas intactas. Peor aún, desaparecieron sin dejar rastro junto con los propios rebeldes. Mil conjeturas se arremolinaban en las mentes de los allí reunidos, pero una sospecha parpadeaba repetidamente en el insombrable y nebuloso vacío, agudizándose gradualmente hasta que parecía a punto de estallar.

«¡Luo Xin ha desertado!».

Dentro de la sala, las palabras resonaron con certeza. Yue Yuxuan dio un paso al frente y continuó: «Su Majestad, esto es tan claro como el agua. Nuestro ejército de Gran Xia es disciplinado y solo actúa bajo la orden del tigre. A menos que el portador de esa orden haya dado la orden, ¿cómo podría desaparecer toda una fuerza sin dejar rastro?».

La mayoría de los funcionarios asintieron con la cabeza. Lu Shi coincidió: «En efecto. Incluso si hubieran sufrido una emboscada nocturna, con más de siete mil hombres, debería haber habido supervivientes. Y el hecho de que toda la facción rebelde haya desaparecido es totalmente desconcertante».

«Si Luo Xin era el traidor, entonces no hay nada desconcertante en ello», declaró Yue Yuxuan. «Todo el tiempo que pasó en Chang'an, manteniendo minuciosamente su disfraz, probablemente fue solo para ganarse la confianza, de modo que pudiera robar secretos de Estado y tropas de la corte para los rebeldes de Huainan».

Varios ministros no pudieron evitar intervenir: «¡Llevamos mucho tiempo diciendo que era un remanente del rey de Huainan! ¡Traerlo de vuelta para que sirviera era como invitar a los lobos al redil!».

«¡Exactamente! Además, nuestro Ministerio de Guerra está repleto de secretos militares. ¿Quién sabe cuánto ha aprendido ya? Si los rebeldes se hicieran con esta información, las consecuencias serían inimaginables».

«¿Por qué todos han concluido tan rápidamente que Luo Xin es un traidor?», intervino de repente el ministro de Guerra, Xu Yin. «Al fin y al cabo, Luo Xin fue

traído personalmente de Huainan por el propio ministro Su». Su tono no era ni cálido ni frío, pero sus palabras tenían un significado implícito.

Su Shiyu permaneció impasible, lanzando una sola mirada imperturbable antes de guardar silencio.

Varios funcionarios leales a Su se apresuraron a defenderlo. «¡Su Majestad lo ve claramente! El comportamiento de Luo Xin era realmente seductor. ¡El señor Su fue simplemente una víctima inocente del engaño!».

Un funcionario de la facción Chu se burló con frialdad. «¿Un hombre del calibre del señor Su cometería el mismo error de juicio que el resto de nosotros?».

«¿Qué quiere decir con eso?». Lu Shida se mostró visiblemente molesto y alzó la voz. «¿Está sugiriendo que el señor Su permitió deliberadamente que Luo Xin entrara en la corte? ¿Insinúa también que el señor Su es responsable de las acciones de Luo Xin?».

«Señor Lu, por favor, cálmese», intervino Xu Yin, volviéndose hacia Chu Mingyun. «En lo que respecta a los asuntos militares, nadie en esta corte los entiende mejor que el señor Chu. ¿Cuál es su opinión?».

Sus palabras estaban exquisitamente elaboradas. Aunque las dos facciones estaban enzarzadas en una confrontación, la facción Su se encontraba sin duda en desventaja. Con Su Shiyu permaneciendo en silencio, una sola refutación de Chu Mingyun dejaría a la facción Su sin poder para resistir.

Sin embargo, Chu Mingyun se limitó a fruncir el ceño ante la sugerencia, lanzando una mirada impaciente. «Yo seleccioné a los hombres para dirigir la campaña. ¿Qué esperas que sea mi opinión?».

La expresión de Xu Yin cambió al instante. Abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Solo pudo retirarse torpemente a su asiento.

Incapaces de comprender la actitud de estos dos ministros, ninguno de los funcionarios reunidos se atrevió a decir nada más. La sala, que momentos antes había estado llena de acalorados debates, se quedó repentinamente en silencio, y

el humo fragante de los incensarios imperiales se enroscaba silenciosamente en el aire.

El emperador Li Yanzhen se sentó majestuosamente en su trono, recorriendo con la mirada a la asamblea con expresión de profunda irritación. Tras un largo momento, finalmente habló, rompiendo el punto muerto. «El ministro Xu tiene razón. Ministro Chu, ¿quizás podría compartir sus opiniones?».

«Este servidor no tiene ninguna opinión en particular», respondió Chu Mingyun sin rodeos. Al ver que los funcionarios intercambiaban miradas, añadió: «Ninguno de nosotros conoce realmente la situación en Huainan. En lugar de gastar energías en discusiones y conjeturas infructuosas, deberíamos decidir rápidamente qué curso de acción tomar».

Tan pronto como terminó de hablar, Su Shiyu suspiró suavemente y se adelantó para arrodillarse en la sala. «Dado que Luo Xin fue recomendado por este humilde servidor y que los acontecimientos han tomado este rumbo, no puedo eludir mi responsabilidad. Deseo viajar personalmente a Huainan para averiguar la verdad. Solicito humildemente el permiso del Emperador».

Chu Mingyun se volvió para mirarlo, con la mirada vacilante.

Tras deliberar un momento, Li Yanzhen no pudo sino asentir. «Muy bien. Esto me tranquiliza. Aunque será una penuria para el ministro Su emprender una vez más un viaje tan arduo».

«Es mi deber», respondió Su Shiyu con calma.

De repente, Chu Mingyun dio un paso adelante, se levantó la túnica y se arrodilló junto a Su Shiyu. «Dado que la situación en Huainan es inestable y se desconoce el paradero de los rebeldes, solicito humildemente el permiso del Emperador para acompañar al señor Su en su viaje allí con el fin de rectificar los asuntos militares en la frontera sur».

Su Shiyu volvió la cabeza sorprendido para mirarlo. Chu Mingyun mantuvo la mirada fija en el trono, con expresión serena, y solo esbozó una leve sonrisa al recibir el consentimiento del emperador.

Después de que la asamblea de la corte se disolviera y salieran del Salón Dorado, Su Shiyu preguntó: «El ministro Chu tiene a su mando a muchos generales competentes. ¿Por qué este repentino deseo de supervisar personalmente los preparativos militares en Huainan?».

«¿Acaso no tiene usted también la intención de ir personalmente?», respondió Chu Mingyun con una sonrisa. Miró al hombre que tenía a su lado y su expresión se tiñó de repente de reflexión. «Simplemente no esperaba que el señor Su no mostrara ni una pizca de voluntad de defender a Luo Xin».

Su Shiyu esbozó una leve sonrisa. «Lo que dijo el señor Yue era el curso más probable de los acontecimientos. ¿Por qué debería defenderlo?».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun se rió entre dientes, con tono ambiguo. «Hace tiempo que sé que a quienes insisten en ocuparse de todo personalmente les cuesta confiar en los demás. Simplemente no esperaba que el señor Su desconfíe incluso de aquellos a quienes él mismo seleccionó y nombró».

Fuera de la sala, la fina niebla comenzaba a disiparse, velando los sauce imperiales con una bruma. Su Shiyu entrecerró ligeramente los ojos y respondió con una sonrisa: «Para ser sincero, mi capacidad para juzgar el carácter no es especialmente aguda. Hizo una pausa y luego cambió de tema con naturalidad. «Aun así, el asunto de Huainan ha tenido algunos resultados positivos. Con los rebeldes en silencio y las hostilidades suspendidas, el príncipe Xiling ha ganado un respiro para consolidar su posición. La situación se ha estabilizado; esperemos que no surjan más disturbios antes de llegar a Huainan».

Chu Mingyun esbozó una leve sonrisa burlona. «Aunque no hubiera disturbios antes, debemos esperar que los haya una vez que lleguemos a Huainan».

Su Shiyu lo miró. «¿Qué quiere decir Su Excelencia?».

«¿Su Excelencia todavía tiene intención de viajar con la caravana?».

Su Shiyu frunció el ceño, confundido. «¿Qué otra cosa podría hacer?».

“Cuando llegue el convoy, los soldados despejarán el camino y los funcionarios nos darán la bienvenida. Sin embargo, lo único que veremos será la fachada que otros quieren que veamos”, comentó Chu Mingyun con tranquilidad.

«¿Cuál es entonces su plan, señor Chu?».

«Primero debe aceptar mis condiciones», respondió Chu Mingyun con una sonrisa.

«Primero, dígame cuáles son esas condiciones», replicó Su Shiyu.

Chu Mingyun se detuvo y se volvió directamente hacia Su Shiyu. «Dejemos que la comitiva siga según lo previsto, mientras nosotros partimos disfrazados antes que ellos». Se inclinó hacia ella y le posó la mano ligeramente sobre el hombro. Sus pálidos dedos acariciaron un mechón de cabello negro azabache en su nuca mientras murmuraba con una sonrisa torcida: «Solo tú y yo. ¿Qué me dices?».

Su voz transmitía una rica risa, cuya nota final perduraba con una sugerente calidez.

Su Shiyu levantó la vista y se encontró con la mirada brillante fija en él.

Bajo el pasillo del palacio, una doncella llamó cautelosamente «Alteza» varias veces antes de que Jiang Yuan apartara lentamente la mirada de las figuras lejanas. Su expresión se ensombreció momentáneamente antes de sonreír en silencio y reanudar sus pasos hacia el Salón Xuan.

Dentro del salón, pesadas cortinas de gasa colgaban, envolviendo el espacio en silencio. Li Yanzhen se recostó en su silla, con una postura cansada. Al verla acercarse, simplemente le hizo una señal sin decir nada. Jiang Yuan lo entendió implícitamente, rodeó su espalda y le masajeó suavemente los hombros. Ella frunció el ceño, pero permaneció en silencio.

Li Yanzhen se volvió para mirarla con desconcierto y sonrió levemente. —Me preocupa la agitación en Huainan —dijo—. Pero tu expresión sugiere que albergas preocupaciones más profundas que las mías.

Jiang Yuan dudó un momento antes de negar lentamente con la cabeza.

«¿Qué es, entonces?», insistió Li Yanzhen.

Jiang Yuan lo miró y volvió a bajar la mirada. «No es más que la perspectiva de una mujer, Su Majestad. No estoy segura de si debería hablar de ello...».

La curiosidad de Li Yanzhen se despertó por completo. Respondió con amabilidad: «Habla con libertad».

Tras una breve pausa, se atrevió a decir con cautela: «... Su Majestad, ¿no cree que el ministro Su y el ministro Chu se han vuelto demasiado íntimos?».

Sin darse cuenta, Li Yanzhen recordó la escena anterior en la que ambos se arrodillaban uno al lado del otro en el salón dorado y frunció el ceño sin responder. Jiang Yuan le lanzó una mirada furtiva antes de continuar lentamente: «Su Majestad, al llegar hace un momento, vi por casualidad al señor Su y al señor Chu conversando. Estaban muy cerca el uno del otro. No pude discernir claramente si el señor Chu estaba realmente abrazando al señor Su por el cuello, y no me atreví a mirar más tiempo. Entonces, no pude evitar recordar los rumores que circulaban en la capital sobre el... afecto del señor Chu por el señor Su...».

—Entiendo lo que quieras decir —la interrumpió Li Yanzhen, con tono aún amable. Jiang Yuan se calló rápidamente.

Tras un momento de silencio, suspiró suavemente. —La familia Su ha apoyado a este emperador durante muchos años. El propio ministro Su es como un hermano para mí. Su lealtad es incomparable. Además, la facción Su ha servido durante mucho tiempo como contrapeso a la corte para este emperador. Albergar rencores personales contra la facción Chu sería equivalente a traición a sus ojos. Nunca haría tal cosa.

«Pero...», comenzó a protestar Jiang Yuan, pero Li Yanzhen le cubrió la mano con la suya. «¿Recuerdas el incidente durante la ceremonia del solsticio de invierno, cuando robaron la llave del pabellón Tianlu?».

Su corazón dio un vuelco. Jiang Yuan bajó la mirada para ocultar su expresión de nerviosismo. «... Su Majestad, lo recuerdo muy bien».

—En ese momento, todos mis ministros sospechaban de ti. Yo declaré mi confianza en ti y decidí no seguir investigando el asunto —Li Yanzhen le apretó la mano—. Por lo tanto, dado que he manifestado mi convicción de que el ministro Su no alberga intenciones traicioneras, no volvamos a hablar de ello.

Jiang Yuan murmuró en voz baja: «... Sí».

«¿Por qué le ha dado su consentimiento, joven señor?», preguntó el mayordomo Su Yi, mirando fijamente a Su Shiyu, que estaba ordenando los libros, incapaz de aceptarlo. «Ese gran mariscal Chu es tan inescrutable como la noche. Quiere que viaje solo con él a Huainan... ¿Quién puede garantizar que no habrá traición?».

Su Shiyu sonrió con calma mientras devolvía cada pieza de ajedrez pulida a su caja. «Conozco mis límites. Su Bai acompaña al convoy; no tienes por qué preocuparte. Si surge algún asunto en la corte, ponte en contacto conmigo como de costumbre».

Su tono no admitía réplica, por lo que a Su Yi no le quedó más remedio que aceptar con un gesto de resignación.

Un leve bullicio se coló por la ventana. Su Shiyu giró la cabeza y vio una extensión de agua esmeralda en el estanque cercano, donde varias figuras se afanaban. «¿Qué están haciendo allí?».

Su Yi miró en la misma dirección y respondió: «Como usted sabe, mi señor, esas plantas y flores raras fueron buscadas y cuidadas personalmente por la señora. Tras su fallecimiento, los sirvientes carecían de su experiencia y no pudieron mantener su antigua vitalidad. Este año, ya no había forma de salvarlas, así que las mandé retirar».

Su Shiyu asintió con la cabeza, contemplando las ondulantes olas verdes. De repente, comentó: «Una vez que se limpie este estanque árido, no hay necesidad de molestarte en buscar los antiguos ejemplares. Plantar algo diferente sería muy agradable».

«¿Qué le gustaría plantar el joven amo?», preguntó Su Yi.

«... Loto, tal vez». Su Shiyu recordó de repente un aroma tenue y persistente a sándalo, y una sonrisa se dibujó en sus labios. «Loto rojo».

☆, [Capítulo 54]

☆, [Capítulo 54]

Salieron de Chang'an sin que nadie se diera cuenta y viajaron hacia el sur. Tras atravesar días de llanuras interminables, cambiaron a las vías fluviales. Como jóvenes caballeros adinerados que admiraban paisajes brumosos, fletaron una barcaza pintada y navegaron hacia el este con la corriente a lo largo del vasto río Han. Por el camino, solo oyeron que Huainan se estaba volviendo cada vez más estable, sin más revueltas de las facciones rebeldes.

Más allá de la embarcación, el cielo y el agua se fundían en una vasta extensión de olas brumosas. Dentro de la cabina, había un tablero de ajedrez sobre una mesa baja donde Su Shiyu estaba sentado solo, jugando contra sí mismo. Una criada se acercó en silencio para llenarle el té. Su Shiyu le dedicó una sonrisa cortés y, de repente, recordó algo y preguntó: «¿A qué distancia está Xiangyang?».

«Estamos muy cerca de Xiangyang, pasaremos mañana. ¿Te quedarás allí un día?». La doncella se retiró tras recibir el consentimiento de Su Shiyu.

De repente, la voz de Chu Mingyun sonó detrás de él: «¿Qué asuntos tienes en Xiangyang?».

«Tengo un amigo en Xiangyang. Voy a visitarlo, tal y como habíamos acordado». Su Shiyu se detuvo y se volvió para mirarlo. «¿Qué estás comiendo?».

«Pasteles de frijoles rojos». Chu Mingyun sostenía un pequeño plato de celadón en una mano e inclinó ligeramente la barbilla. «¿Quieres un poco?».

«No, gracias. Disfrútalos tú». Su Shiyu se rió suavemente y volvió a fijar la mirada en el tablero de ajedrez blanco y negro.

Chu Mingyun dejó el plato sobre la mesa con indiferencia e inclinó la cabeza para estudiar el tablero. «¿Juego contigo?».

Su Shiyu no levantó la vista, solo esbozó una leve sonrisa. «No juego al ajedrez con personas que tienen las manos grasientas».

«...» Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja y se sentó directamente frente a él. Cogió una pieza negra y la colocó sin dudarlo.

«...» Su Shiyu levantó la vista para encontrarse con la mirada de Chu Mingyun, sosteniéndola durante un momento antes de que se hiciera el silencio. Extendió la mano, tomó un pastelito de frijoles rojos y se lo llevó a la boca.

«¿Está rico?», preguntó Chu Mingyun observándolo con una sonrisa en los labios.

«Bastante bueno», respondió Su Shiyu, con la mirada baja para estudiar el tablero. «Recuerda lavar las piezas después».

«Mhm».

«Lávalas tú», añadió Su Shiyu en voz baja.

«... Muy bien».

Xiangyang, llamada así por su ubicación en la orilla sur del río Xiang, estaba atravesada por el río Han, que dividía la ciudad en dos orillas.

El cielo estaba despejado y brillante, los sauceos verdes daban cobijo a los pájaros cantores y las calles bullían de actividad. Los tenderos y los taberneros gritaban para atraer a los clientes, mientras que los débiles acordes de la cítara y el laúd se desvanecían desde los pabellones bordados y las salas de música.

Paseando tranquilamente por las bulliciosas callejuelas, Chu Mingyun miró a Su Shiyu a su lado y de repente se rió entre dientes: Las perspectivas en Huainan siguen siendo inciertas y los asuntos de la corte se han delegado a funcionarios subordinados. Sin embargo, aquí estamos, robando momentos de ocio. ¿Se podría decir que el censor en jefe me ha llevado al incumplimiento de mis obligaciones?

—Es raro oírte pensar así, ministro Chu —rió Su Shiyu—. En ese caso, cuando regresemos a la corte, sin duda presentaré un memorial acusándote.

«Tsk», comentó Chu Mingyun. «¿De verdad no le preocupan los asuntos de Huainan?».

«Simplemente me parecen bastante razonables las palabras anteriores de lord Chu», respondió Su Shiyu, mientras su mirada se posaba casualmente en la doncella que tocaba el qin en lo alto del pabellón pintado. «La información recabada durante el trayecto indica claramente que la rebelión esconde motivos más profundos. Parece poco probable que se produzca ningún incidente antes de nuestra llegada a Huainan. En cuanto al príncipe de Huainan, alberga numerosas sospechas que no pueden desentrañarse en un momento. Sería mejor aprovechar la oportunidad para visitar a un viejo amigo».

Chu Mingyun no pudo evitar fruncir ligeramente el ceño. «¿Parece ser un amigo bastante importante?».

Justo cuando estaba a punto de responder, una voz suave y clara sonó de repente detrás de ellos.

«¡Hermano Su!».

Se volvieron y vieron a una hermosa doncella saludando con la mano bajo la sombra de un sauce cercano. Su sonrisa se iluminó mientras se apresuraba a acercarse, levantando su falda. Al llegar cerca de ellos, tropezó ligeramente y perdió el equilibrio. Su Shiyu la agarró rápidamente del brazo y la estabilizó. La joven se aferró a su brazo y una mueca de dolor cruzó su frente antes de levantar la cara de nuevo, con la misma sonrisa. «Hermano Su».

«Ten cuidado», dijo Su Shiyu retirando la mano. «¿Por qué no estás dando clase en el pabellón de música?».

«He salido a comprar unas cuerdas de seda de repuesto», respondió la joven. «Hace un momento pensé que me había equivocado. Nunca imaginé que el hermano Su vendría realmente a Xiangyang».

Su Shiyu asintió con la cabeza antes de volverse hacia Chu Mingyun. «Esta es Lanyi, la profesora de qin de la academia de música».

«¿La amiga de la que me hablaste?», preguntó Chu Mingyun observando a Lanyi con tono neutro.

«Esa soy yo». Lan Yi le sonrió y luego se volvió hacia Su Shiyu con un ligero tono de reproche. «El hermano Su está siempre tan ocupado. ¿Por fin ha encontrado tiempo para visitarme?».

«Solo un momento», respondió Su Shiyu.

«¿Tan pronto?», dijo Lan Yi. «Entonces no nos entretengamos en la calle. Hermano Su, venga a mi casa un rato. Acabo de componer algunas piezas nuevas; podrías escucharlas».

«Muy bien», asintió Su Shiyu. Entonces, al notar el ceño fruncido de Chu Mingyun, dudó un poco antes de decir: «Pero...».

«¿Te resultó incómodo?», se rió Chu Mingyun, con un tono desprovisto de emoción.

«En absoluto», respondió Su Shiyu en voz baja. «Tengo asuntos que discutir con Lan Yi. Debo disculparme un momento. Ministro Chu, ¿quizás le gustaría echar un vistazo a las tiendas mientras tanto?».

«No me interesa mucho ir de compras», observó Chu Mingyun. «Simplemente deseo estar contigo».

Su tono era frío y distante. Sus miradas se cruzaron, pero no había ni rastro de calidez en su mirada.

La luz del sol se filtraba a través de las ramas de los sauces, proyectando un suave resplandor sobre sus pestañas. Sus ojos tenían un brillo de profundidad insondable. Su Shiyu se encontró incapaz de apartar la mirada, pero las palabras le fallaron. Solo los delicados y persistentes acordes de una cítara flotaban desde el pabellón bordado, acompañados por una dulce voz femenina que cantaba «Otoño en el estanque del sur, recogiendo flores de loto».

Los transeúntes fluían sin cesar, y la peculiar atmósfera entre ellos inevitablemente atraía miradas curiosas. La mirada de Lan Yi se detuvo entre ellos antes de hablar con cautela: «¿Hermano Su?».

Su Shiyu volvió a la realidad, su expresión volvió a la normalidad y apartó la mirada de Chu Mingyun. Miró a Lan Yi y comentó con indiferencia: «Acompañaré a Lan Yi a casa. Volveré en breve».

«... Muy bien», respondió Chu Mingyun con tono seco, con la mirada fija en Lan Yi, aunque sus palabras iban dirigidas a Su Shiyu. «Te esperaré en el barco».

Sin esperar una respuesta, Chu Mingyun se dio la vuelta y se marchó.

La luz y la sombra se deslizaron de su hombro, rompiéndose en fragmentos moteados por el suelo. Mil pensamientos se fusionaron en un solo suspiro. Su Shiyu apartó la mirada y miró a Lan Yi. «¿Aún puedes caminar sin ayuda?».

Lan Yi miró hacia sus pies y, con su visión periférica, vislumbró una silueta azul oscuro. Tras pensarla un momento, negó lentamente con la cabeza. Un suave murmullo de «Mis disculpas» llegó a sus oídos antes de que su cuerpo se volviera ligero al ser levantada sin esfuerzo en el aire. Lan Yi se quedó paralizada, asomándose por encima del hombro de Su Shiyu para ver al hombre detenerse y volverse, con la mirada fija en ellos. Aunque el cálido sol de julio bañaba sus rasgos, solo una crueldad gélida y una frialdad se reflejaban en sus ojos.

Un escalofrío le recorrió el corazón y rápidamente apartó la cabeza de esa mirada penetrante.

Al entrar en la sala situada en lo alto del pabellón de música, apenas podían oír los débiles acordes de los instrumentos de cuerda. Después de que la joven criada les hubiera mostrado el lugar y les hubiera servido té, se sonrojó y se retiró, dejándolos solos.

Lan Yi miró a Su Shiyu, que estaba observando los alrededores, y carraspeó con torpeza. —Gracias por su molestia, joven maestro. Ya puede bajarme.

Su Shiyu le dirigió una leve mirada, la bajó y se alisó las mangas. —Cuánto tiempo sin vernos. Tus dotes interpretativas para fingir un esguince de tobillo no han hecho más que mejorar.

—En absoluto, en absoluto —respondió Lan Yi con modestia—. Es una pena que esta vez no haya conseguido caer en tus brazos.

Su Shiyu se rió entre dientes. «En ese caso, la próxima vez me abstendré de ofrecerte mi ayuda».

«Oh, no, no, eso sería muy imprudente. Un caballero de tu calibre debería mostrar un poco de caballerosidad». Lan Yi insistió, sin perder su descaro. Tras una pausa, no pudo resistirse a preguntar: «Ese caballero de antes, ¿era el gran mariscal Chu?».

«Efectivamente, era él».

«... Realmente hace honor a su reputación», murmuró Lan Yi, aún conmocionada. «Aunque no sé por qué, a juzgar por la mirada que me ha lanzado hace un momento, si no hubiera sido inconveniente atacar en el mercado, seguramente ahora estaría muerta en el suelo».

Su Shiyu soltó una leve risa, pero no respondió. En su lugar, tomó una taza de té y se sentó. «Hablemos de asuntos importantes».

Lan Yi se recompuso, se levantó la túnica, se arrodilló y se inclinó respetuosamente. «Su sirvienta le saluda, joven maestro».

El mundo ofrecía innumerables métodos para cultivar la influencia. Al igual que Chu Mingyun había reunido meticulosamente a sus Guardias de la Sombra, Su Shiyu mantenía su propia red de sirvientes. Sin estar sujetos a las convenciones, cada uno de ellos se integraba a la perfección en la sociedad, tejiendo una red invisible por todo el territorio.

«Por costumbre, me pondría en contacto con usted cuando pasara por su territorio. ¿Por qué me ha buscado esta vez?», preguntó Su Shiyu.

«Debo confesar, joven señor, que hace tiempo que tengo informantes por toda la ciudad. En cuanto apareció hoy en el ferry, me llegó la noticia. Me apresuré a venir aquí sin demora».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño. «Tanta urgencia... ¿Ha ocurrido algo en la corte?».

Lan Yi negó con la cabeza. «Nada de gran importancia en la corte. El mayordomo Su Yi envió previamente un mensaje diciendo que había perdido el contacto con usted y que todos los mensajeros enviados para encontrarlo habían desaparecido sin dejar rastro. El mayordomo temía que hubiera sufrido alguna desgracia y me instó repetidamente a confirmar su seguridad».

«Sin embargo, no he recibido ninguna carta desde que partí», respondió Su Shiyu.

«La carta del mayordomo también mencionaba que se había enviado a tres hombres a buscarlo a lo largo de la ruta. ¿Tampoco se ha encontrado con ellos?», preguntó Lan Yi, sorprendida.

«... Parece que lo interceptaron». La respuesta se había formado en su mente mucho antes de que las palabras salieran de sus labios. Su Shiyu sostuvo su taza en silencio durante un momento, luego bajó la mirada con una leve sonrisa antes de beber un sorbo de té.

Lanyi lo observó, desconcertada, y de repente recordó algo. «Ah, cierto», dijo. «Olvidé mencionar, aunque no es gran cosa, que el mayordomo se refirió a una cosa en su carta. Después de que usted partiera de la capital, la corte deliberó sobre cómo cubrir la vacante de ministro de Hacienda que dejó Wei Song. El mayordomo, sin saber cuáles eran sus deseos, no se atrevió a actuar por su cuenta. Tras mucha controversia, el puesto finalmente recayó en la facción Chu».

«Ya veo», respondió Su Shiyu con frialdad. «Encargue a otra persona que transmita el mensaje. Yo me encargaré del resto».

—Entendido.

Su Shiyu dejó la taza de té y se levantó. —Si no hay nada más, me retiraré.

Lan Yi lo siguió, acompañándolo unos pasos hasta la puerta antes de que su voz se viera invadida por la vacilación. —Joven señor...

—¿Qué pasa?

—Bueno... —Lan Yi apartó la mirada y tartamudeó vacilante—. Joven maestro, ¿por qué no le acompaña Su Bai esta vez?

Su Shiyu la miró, comprendiendo lo que insinuaba. —¿Desea verlo?

—¿Quién en su sano juicio querría ver a ese zoquete? —espetó Lan Yi—. Se está mucho más tranquilo sin él. Solo era una pregunta.

Su Shiyu se rió entre dientes. «Pensé que quizá no querrías verlo, así que dejé a Su Bai en Chang'an».

«¿Qué?», espetó Lan Yi, volviéndose bruscamente hacia él. «Joven maestro, no, ¡no puede hacer eso! En realidad, él no me molesta tanto...».

«Los dos discuten cada vez que se ven. Es mejor que estén separados», dijo Su Shiyu con una sonrisa.

Lan Yi lo miró fijamente durante un largo rato antes de decir finalmente, con el rostro lleno de conflicto: «No...».

Su Shiyu no pudo evitar sacudir la cabeza y reír mientras daba un paso adelante y se alejaba.

«¡Joven maestro!», gritó Lan Yi con urgencia desde atrás.

«Su Bai está con la caravana que nos sigue. Deberían llegar a Xiangyang en unos días». respondió sin volverse, con tono amable, aunque su figura ya se había alejado en la distancia.

Las ondas brillaban como oro esparcido sobre la superficie del río, y el reflejo del agua reflejaba los tonos de las montañas. La mirada de Chu Mingyun parecía fija en algún punto lejano e inalcanzable. Sus pálidos dedos blancos golpeaban

intermitentemente la barandilla del barco mientras se perdía en sus pensamientos.

Inesperado.

O tal vez uno simplemente se había acostumbrado al comportamiento distante de Su Shiyu, olvidando esta verdad. El hecho de no haberse casado no implicaba que careciera de una amada; muchos tenían acuerdos matrimoniales desde hacía mucho tiempo, pero retrasaban la unión indefinidamente. Además, a lo largo de la historia, innumerables funcionarios de la corte habían ocultado estos asuntos para salvaguardar la seguridad de sus familias.

Las defensas de Su Shiyu eran mucho más altas que las murallas de cien pies de Chang'an y mucho más inexpugnables que una fortaleza. Por lo tanto, no sentía ninguna urgencia. Hablaba de que había mucho tiempo por delante, sin preocuparse por las miradas codiciosas de los demás. Tenía la paciencia necesaria para esperar hasta que Su Shiyu confiara en él.

Sin embargo, nunca había imaginado que este hombre de piedra pudiera valorar tanto a una mujer.

Sus dedos descansaban sobre la barandilla del barco, apretándola inconscientemente.

Los pasos familiares se acercaban. Chu Mingyun se volvió para mirarlo. Su Shiyu se detuvo, echó un vistazo hacia la cabina y luego volvió a mirar a Chu Mingyun. «¿Aún no has cenado?», le preguntó con una sonrisa.

Chu Mingyun asintió. «¿No te dije que te esperaría?».

Su Shiyu sonrió levemente y llamó a una criada para que calentara vino y sirviera la comida. Él y Chu Mingyun se sentaron uno frente al otro a la mesa, pero un silencio inexplicable se instaló entre ellos, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Después de un largo rato, Chu Mingyun habló de repente: «¿Tienes intención de quedarte unos días más?».

«No será necesario. Podemos seguir navegando mañana», respondió Su Shiyu con una sonrisa. «Tranquilo, Chu Mingyun, no retrasaremos el viaje». Chu Mingyun apoyó la barbilla en la mano e inclinó la cabeza para estudiar a Su Shiyu, con la mirada fija en el rostro del hombre.

Su Shiyu carraspeó incómodo, dejó la taza y se levantó. —Me retiraré a mis aposentos, magistrado Chu. Le deseo un buen descanso.

La pálida figura del erudito desapareció tras la puerta. Afuera, el sol poniente se sumergió en el corazón del río. Al caer la tarde y encenderse las lámparas, una canción lejana flotó a través del río desde el pabellón bordado. Era la misma melodía otra vez, cantando:

Recogiendo lotos en el estanque sureño en otoño,
Los lotos florecen elevándose por encima de la cabeza.
Inclinándome para recoger semillas de loto,
Semillas claras como el agua, puras y brillantes.

...

Los sueños del mar flotan sin cesar;
Tu tristeza es también la mía.
El viento del sur conoce mi corazón,
Llevando sueños a Xizhou.

Chu Mingyun apoyó la cabeza en el brazo sobre la mesa. De repente, tomó la copa de vino de Su Shiyu, acercó los labios al borde y bebió lentamente el líquido fresco.

Nota del autor: La melodía de Xizhou.

Recordando las flores de ciruelo bajo la Isla Oeste,
Las ramas arrancadas enviadas al norte a través del río.

Túnica de una sola capa, tono rojo albaricoque,
Templos gemelos, sombra de polluelo de cuervo.

¿Dónde se encuentra la Isla Oeste?
Dos remos en el cruce del puente.

Al atardecer, el alcaudón alza el vuelo,
el viento agita el árbol de corteza negra.
Bajo el árbol se encuentra la puerta,
dentro de la puerta, brillan los adornos esmeralda.
Abro la puerta, pero mi amado no viene;
salgo a recoger lotos rojos.
Recogiendo lotos en el estanque del sur este otoño,
las flores de loto se elevan por encima de mi cabeza.
Inclinándome para jugar con las semillas de loto,
las semillas son claras como el agua.
Colocando el loto en mi manga,
el corazón del loto es completamente rojo.

Recordando a mi amado, pero él no viene;
Levanto la cabeza para ver volar a los gansos salvajes.

Los gansos llenan los cielos sobre la Isla Oeste;
Busco a mi amado con la mirada en la torre.

La torre es alta, pero no puedo verlo;
Todo el día permanezco en la balaustrada.

Doce curvas de la balaustrada;
Mis manos cuelgan, brillantes como el jade.

Al correr la cortina, el cielo se extiende en lo alto;
El mar brilla verde en el aire vacío.

Los sueños del mar flotan sin fin;
Tu dolor es también mi dolor.

El viento del sur conoce el deseo de mi corazón,
Soplando sueños hacia la costa occidental.

El poema lírico más largo de las canciones populares de las Dinastías del Sur,
Que describe el agonizante anhelo por un ser querido.
Los interesados pueden explorar más a fondo.

☆, [Capítulo 55]

☆, [Capítulo 55]

A la mañana siguiente, temprano, la joven criada subió a la barcaza pintada, guiada por una dama de compañía para presentarse ante Su Shiyu. Le explicó que se trataba de un obsequio de Lan Yi y le entregó un saquito exquisitamente bordado.

Su Shiyu asintió con la cabeza en señal de agradecimiento mientras lo aceptaba, y sus dedos rozaron el contorno de un papel oculto dentro de la bolsa. Su expresión permaneció impasible mientras levantaba la mirada para encontrarse con los ojos de la asistente que estaba cerca. Esta asistente en particular, de aspecto desconocido, bajó respetuosamente la mirada al encontrarse con él y le dirigió un gesto casi imperceptible con la cabeza. Su Shiyu lo entendió de inmediato. Agradeció cortésmente a la joven criada, sin necesidad de decir nada más.

Al darse la vuelta, vio a Chu Mingyun apoyado en la barandilla del barco, observándolo impasible. Cuando Chu cruzó su mirada con la suya, rápidamente apartó la cabeza y ordenó a la tripulación que zarpara.

Los remos de osmanthus y orquídea surcan las olas esmeraldas; cien leguas fluyen suavemente en un solo día.

Una brisa entraba por la ventana entreabierta, llevando el suave murmullo del agua bajo el casco. La cabina estaba en silencio, solo roto ocasionalmente por el sonido de las piezas al caer sobre el tablero de ajedrez. El quemador de incienso, adornado con bestias auspiciosas, emitía finas volutas de humo que se disolvían débilmente en el aire.

Chu Mingyun cerró su libro y lo dejó sobre la mesa baja, girando la cabeza para mirar a su lado. Su Shiyu estaba una vez más enfrascado en una partida con él, con una brillante piedra blanca entre los dedos. Aunque tenía la mirada baja, sumido en profundos pensamientos, llevaba bastante tiempo sin hacer ningún movimiento. Chu Mingyun echó un vistazo al tablero; la posición no presentaba ninguna dificultad particular. Al volver la mirada hacia el rostro de Su Shiyu, de repente se dio cuenta de lo que podía estar preocupándole.

Después de todo, desde la antigüedad, los adornos de jade sellaban los afectos y los saquitos transmitían intenciones.

Su corazón ardía con un fuego insaciable, amenazando con envolverlo por completo y quemarle el alma. Chu Mingyun frunció profundamente el ceño. Después de un largo momento, se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza directamente sobre el regazo de Su Shiyu.

Sorprendido, Su Shiyu volvió a la realidad. La pieza de ajedrez cayó sobre la cubierta, rodando con un fuerte tintineo. Bajó la cabeza, se encontró con la mirada de Chu Mingyun, tranquila y firme, y suspiró impotente. —¿Está cansado, ministro Chu?

Chu Mingyun bajó los ojos y murmuró un leve «mhm» antes de alcanzar la cintura de Su Shiyu para rodearla con sus brazos. Su Shiyu se incorporó ligeramente para evadir el contacto, presionando su mano. «Si realmente está cansado, sería mejor que se retirara a sus aposentos. Acostarse aquí no le ofrecerá mucho confort. Además...». Hizo una pausa, dudó brevemente y luego apartó suavemente la cabeza de Chu Mingyun. «La rodilla de Su realmente no es una almohada para otros».

«Si me hubieras dicho que no te gusta el contacto con otras personas en el pasado, quizás te habría creído». Chu Mingyun aprovechó el momento y se incorporó con una mano para sentarse frente a él, con una leve sonrisa casi imperceptible en los labios. «¿Llevar a una joven a casa es aceptable, pero prestarme una almohada no? Tu discriminación es bastante evidente, señor Su».

«Lan Yi no puede caminar. Como ella me invitó específicamente, es lógico que la acompañe a casa».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun ladeó la cabeza y entrecerró ligeramente los ojos mientras sonreía. «¿Hermano Su?».

La mano de Su Shiyu tembló involuntariamente mientras escrutaba la expresión. «... ¿Qué te pasa?».

«Estoy celoso», murmuró Chu Mingyun, con un tono totalmente sincero, sin rastro alguno de broma.

La franqueza de las palabras lo golpeó como la caída repentina de una pieza de ajedrez, aterrizando directamente en su corazón. Tomado por sorpresa, resonaron en su pecho, cada sílaba temblando con el impacto. Su Shiyu lo miró a los ojos y vio el vibrante reflejo de las montañas y los ríos más allá de la ventana del barco, pero sobre todo, su propia expresión de asombro.

Tras un momento de reflexión, Su Shiyu guardó silencio antes de responder con una leve sonrisa: «Lan Yi solo comparte mis intereses. Solo somos amigos».

«¿Solo amigos?», se rió Chu Mingyun, con un tono desprovisto de emoción.

Su Shiyu suspiró. «Su carácter no es de mi agrado. ¿Por qué haces juicios tan presuntuosos?».

«Entonces, ¿qué es lo que te gusta?», insistió Chu Mingyun.

Su Shiyu, inusualmente, reflexionó un momento antes de responder con frialdad: « «A decir verdad, nunca lo he pensado seriamente. Solo tenía la intención de sentar cabeza una vez que los asuntos de la corte se estabilizaran. No me importaría casarme con una mujer noble; cualquier dama educada y gentil me bastaría».

«... Típico de ti». Chu Mingyun de repente le presionó el hombro, inclinándose para mirarlo directamente a los ojos. «Pero no lo permitiré. Su Shiyu, tengo la intención de enredarme contigo por el resto de mi vida».

Su Shiyu le devolvió la mirada sin pestañear. «¿Y cómo piensas enredarme exactamente?».

«Si te casas, quemaré tu salón de bodas, mataré a tu novia y te secuestraré». Las palabras tenían un tono burlón, pero revelaban una intensidad obsesiva, reprimida hasta el punto de romperse.

Su Shiyu bajó la mirada y se rió suavemente. «¿Y si fuera la persona que amo?».

Si fuera la persona que amaba, ¿podría separarlos con tanta crueldad, mantenerlo atado a su lado y someterlo a una agonía?

¿Podría soportarlo?

Se produjo un silencio inexplicable. Chu Mingyun apretó los labios. Después de un largo momento, preguntó con tono seco: «¿Tienes a alguien a quien amar?».

Su Shiyu levantó los ojos para mirarlo, con un destello de diversión en la mirada. «Claro que sí».

Chu Mingyun se quedó paralizado y su expresión cambió abruptamente. Inmovilizó a Su Shiyu en el suelo, presionándolo con su cuerpo y mirándolo con ojos fríos como cuchillas. «¿Quién es?».

Su Shiyu no opuso resistencia, recostándose con tranquila compostura mientras lo observaba. «¿Jugamos a adivinar?».

«Muy bien. No importa quién sea». La fría risa de Chu Mingyun resonó. Después de estudiarlo intensamente por un momento, de repente preguntó: «Si te besara ahora, ¿qué harías?».

Apenas se dio cuenta de lo fuerte que apretaba los hombros de Su Shiyu, con las venas marcadas en los nudillos. Sin embargo, Su Shiyu ni siquiera se inmutó, y siguió sonriéndole sin responder.

Chu Mingyun se inclinó hacia adelante, bajando centímetro a centímetro.

A medida que las pupilas negras como la tinta se llenaban gradualmente solo con su propio reflejo, y el aroma del incienso calmante se hacía más intenso, en esa íntima proximidad, Su Shiyu de repente habló con tono frío:

«Me propusiste viajar solo conmigo a Huainan, permaneciendo constantemente a mi lado durante todo el viaje. Tu propósito era cortar mis comunicaciones con la capital, facilitando así tus acciones dentro de la corte».

No era una pregunta, sino una afirmación segura. Chu Mingyun se quedó paralizado, momentáneamente sin palabras. Su Shiyu continuó sin que nadie le preguntara:

«Cuando dijiste que eras homosexual para acercarte a mí, no fue por afecto, sino para legitimar la recopilación de información sobre mí».

«Tampoco despidiste a las bellezas de tu mansión por afecto, sino para deshacerte discretamente de los espías enviados por varias facciones. Y supongo que ahora todos ellos están muertos».

Hizo una pausa y una profunda sonrisa se extendió por su rostro. Se palpaba una intensidad emocional sin precedentes, como una flor de ciruelo que arde con fuerza en el frío glacial de un paisaje nevado. Era un Su Shiyu diferente a todos los que se habían visto antes, aunque su voz seguía siendo tan suave como siempre. «Lo que sé va mucho más allá de estos asuntos».

Se encontró con la mirada gélida de Chu Mingyun, tan fría como un lago en invierno, y soltó una suave risita. Luego levantó la mano para rodear el cuello del otro, borrando el último vestigio de distancia entre ellos. Su Shiyu inclinó ligeramente la cabeza y rozó con un beso los labios de Chu Mingyun. «Pero nada de eso me importa».

Chu Mingyun se quedó paralizado, incorporándose ligeramente mientras miraba a Su Shiyu con incredulidad. Su mente se quedó en blanco, incapaz de discernir si se trataba de un sueño o de la realidad.

Una mano cálida le acarició la mejilla, recorriendo sus contornos hacia abajo antes de que Su Shiyu le tomara el mentón y lo besara.

El calor de sus labios y su lengua le provocó un repentino escalofrío. Chu Mingyun se acercó más, acariciando el rostro de Su Shiyu, incapaz de contenerse por más tiempo. En un instante, pasó de la defensa al ataque, saboreando la tenue fragancia del té entre sus dientes. Sus besos se volvieron urgentes y apasionados, dejando incluso a Su Shiyu sin aliento por un momento.

Chu Mingyun se detuvo brevemente para dejarle recuperar el aliento, luego le besó la frente y los ojos con besos tiernos y prolongados. Sus pálidos dedos

recorrieron su hombro, su clavícula, su omóplato y su escápula alada, centímetro a centímetro. La elegante forma que había contemplado, anhelado e imaginado durante tanto tiempo ahora temblaba ligeramente bajo su tacto, y su calor aumentaba constantemente.

La ropa yacía desordenada, la compostura perdida.

Una chispa encendió un incendio en la pradera. Incluso el censor en jefe, el más sereno y dueño de sí mismo, apenas podía contenerse, hasta que se dio cuenta de que la rodilla de Chu Mingyun se había apoyado inconscientemente contra su muslo. Esa mano se deslizó por su columna vertebral, sin dar señales de detenerse. Solo entonces se liberó de la confusión y apartó con urgencia la mano de Chu Mingyun, con la voz teñida de tensión: «¿Tienes intención de...?» Su Shiyu sopesó cuidadosamente sus palabras. «... ¿ponerte encima de mí?».

«Shiyu». Chu Mingyun le besó el lóbulo de la oreja, provocándole una sensación de hormigueo y entumecimiento, y le susurró con voz ardiente: «Te deseo».

Su voz era ronca, casi un susurro, y su deseo se deslizaba entre sus labios mientras repetía su nombre.

Te deseo.

Tras un momento de silencio y vacilación, Su Shiyu soltó lentamente su mano.

Chu Mingyun se levantó bruscamente y lo levantó en horizontal antes de que Su Shiyu pudiera reaccionar. Sorprendido, Su Shiyu murmuró: «Tú...».

«Te llevo a mis aposentos», murmuró Chu Mingyun, rozando con los labios la frente de Su Shiyu, con el aliento pesado y sin disimulo. «La cubierta es demasiado dura. Pronto te sentirás incómodo».

La puerta tallada se cerró con fuerza detrás de ellos. Dejó a Su Shiyu sobre la cama y luego corrió las cortinas con borlas para encerrar su mundo privado, llenándolo gradualmente con sus respiraciones. Más allá de las cortinas, la luz parpadeante de las velas proyectaba un suave resplandor carmesí sobre la cabecera de la cama, extendiéndose por el rostro de Su Shiyu en un vívido rubor.

Una horquilla de jade se deslizó de su cabello y cayó junto a la almohada. Sus largas trenzas negras se enredaron en la cama, y su sutil fragancia flotó en el aire.

Chu Mingyun sacó una caja de madera intrincadamente tallada de un compartimento oculto debajo de la cama. Tan pronto como desenroscó la tapa, un rico y dulce aroma a ungüento llenó el aire. Su Shiyu lo entendió al instante y lo miró con asombro. «... ¿Cómo conseguiste algo así?».

Chu Mingyun ladeó la cabeza y le sonrió. «Los que me sobornan son muy ingeniosos. Tengo muchos más». Se inclinó hacia él y dejó escapar un suspiro mientras su sien húmeda de sudor rozaba la de Su Shiyu. Su voz se volvió ronca. «¿Qué tal si te quedas conmigo hasta que los usemos todos?».

¿Cómo se podía responder a eso? Ante tanta ternura e intimidad, ante esos ojos como ríos primaverales y esas sombras de montaña grabadas en sus cejas, ¿cómo se podía responder?

Se le hizo un nudo en la garganta. Su Shiyu cerró instintivamente los ojos, solo para recibir un beso en las pestañas.

El sándalo se mezclaba con el relajante incienso, y sus aromas entrelazados flotaban en una neblina persistente y tenue.

Los dedos delgados, acostumbrados a sostener pinceles y tocar cuerdas, de repente apretaron la fina colcha que tenía debajo. Su Shiyu apretó los dientes, reprimiendo el dolor que le subía por la columna vertebral, reuniendo todas sus fuerzas para contenerse y obligándolo a convertirse en un gemido débil y bajo. Chu Mingyun le agarró la mano, soltando la colcha. Tras un tierno beso, se la volvió a colocar sobre los hombros, mientras su otra mano acariciaba la nuca de Su Shiyu con diferente intensidad. Su corazón se retorcía de ansiedad y solo podía susurrarle con dulzura: «...Shiyu, sé bueno». Le lamió el rabillo del ojo y continuó: «...Sé bueno... relájate... Seré delicado, no tengas miedo...».

Su respiración se volvió más pesada. Su Shiyu lo abrazó, reprimiendo el temblor de su voz, pero de repente sonrió. «...Está bien».

Con la mayor ternura.

«...Está bien».

Lo que tú quieras, no importa.

Gotas de sudor resbalaban por sus sienes, rozando su frente y su mandíbula antes de que él las besara con sus labios y dientes.

Los pálidos pies se deslizaron por debajo de la fina colcha, tensos y temblando ligeramente. Su movimiento formó delicados pliegues en la tela, que él agarró con firmeza, con las yemas de los dedos recorriendo el tobillo.

La vela se consumió hasta convertirse en cenizas, y las virutas de incienso llenaron el brasero. La tormenta finalmente había pasado.

Chu Mingyun abrazó con fuerza a Su Shiyu, con los labios presionados contra el lóbulo de la oreja del otro, los ojos brillantes de risa como estrellas. Tras un largo momento de silencio, pensó durante mucho, mucho tiempo. Su corazón estaba lleno de alegría, pero no sabía qué decir. Finalmente, sonrió en silencio, con los labios apretados, y habló con una voz extremadamente suave y lenta: «Shiyu, soy tan feliz.

Solo quedaba esto: soy tan feliz, tú me amas, tú eres mío, soy tan feliz.

Al no recibir respuesta durante un largo rato, giró la cabeza y vio que Su Shiyu tenía los ojos cerrados, ya dormido. Chu Mingyun besó sus labios, con una sonrisa infantil en los suyos. Cerró los ojos, lo abrazó con fuerza y se quedó dormido.

Poco después de cerrar los ojos, Su Shiyu abrió lentamente los suyos, desconcertado y aturdido, y se quedó mirando fijamente al dosel durante un largo rato.

Fuera del barco, el agua del río murmuraba sin cesar. Tras un prolongado silencio, el repentino y agudo crujido de la celosía de la ventana sacudió el aire. Al girar la cabeza, Su Shiyu vio a un pájaro de plumas negras estrellarse contra la ventana, con un tubo de mensajes atado a la pata. Cogió la horquilla de jade que tenía junto a la almohada y la lanzó. La horquilla cobró impulso y atravesó al

pájaro como una flecha en un instante. Con un chillido agudo, el pájaro de plumas negras salió volando por la ventana.

La cabeza acurrucada en el hueco de su cuello se movió, aparentemente perturbada. Chu Mingyun abrió lentamente los ojos desde la neblina.

Su Shiyu se dio la vuelta y lo abrazó, murmurándole suavemente al oído: «No es nada. Sigue durmiendo».

Tanto si lo oyó realmente como si no, apretó su abrazo alrededor de Su Shiyu antes de cerrar los ojos una vez más. Su Shiyu lo observó en silencio y, finalmente, cerró los ojos para dormir.

Podría haber ideado cientos, miles de formas de frustrar los planes de Chu Mingyun, pero deliberadamente eligió la que más le perjudicaba a él mismo.

Entendía bien la razón: era un amor más allá de todo control, la codicia humana, una completa locura, pero imposible de abandonar. Aunque no fuera más que un sueño vacío, lo saborearía como si fuera miel.

☆, [Capítulo 56]

☆, [Capítulo 56]

La rutina del Gran Censor solía ser impecable, pero esta vez, al despertarse como de costumbre, se encontró incapaz de levantarse.

Le dolía todo el cuerpo y más de la mitad de él estaba estrechamente abrazado por la persona que tenía a su lado, lo que le impedía moverse. Su Shiyu echó un vistazo a las marcas sugerentes en su hombro y pecho, y en silencio subió un poco más la colcha para cubrirse a sí mismo y a Chu Mingyun cómodamente.

La tenue luz de la mañana se filtraba por la ventana hacia la habitación. Chu Mingyun parecía dormir profundamente, con la cabeza hundida en el hombro de Su Shiyu y la mitad de la cara oculta en la sombra. Su cabello azabache yacía revuelto sobre su frente, sus ojos y cejas serenos, y su cálido aliento caía constantemente sobre el cuello de Su Shiyu.

Su Shiyu giró la cabeza para mirarlo, en silencio y concentrado.

Después de un largo momento, los labios de Chu Mingyun se curvaron de repente en una leve sonrisa. —No puedo esperar más, Shiyu —murmuró de repente, con los ojos aún cerrados—. Después de observarme durante tanto tiempo, ¿aún no te has decidido a besarme?

Su Shiyu se quedó paralizado. Chu Mingyun abrió los ojos para encontrarse con la mirada de Su Shiyu, con los ojos llenos de diversión. «Entonces supongo que me tomaré la libertad». Sin esperar una respuesta, presionó sus labios contra los de Su Shiyu, entrelazando sus lenguas mientras el calor entre ellos aumentaba. Solo cuando jadeaba en busca de aire, Su Shiyu empujó a Chu Mingyun contra su pecho.

La lengua de Chu Mingyun recorrió ligeramente la comisura de sus labios, mirándolo con un toque de disgusto. «¿Qué pasa?».

Su Shiyu recuperó el aliento. «Es hora de levantarse».

«¿Qué prisa hay?», se rió Chu Mingyun, deslizando la mano hacia la cintura de Su Shiyu y apretándola. «¿Ya no te duele aquí?».

Una oleada de hormigueo se extendió instantáneamente por los músculos de Su Shiyu bajo su tacto. Apartó la mano de Chu Mingyun de un tirón.

«Desembarcaremos hoy mismo cuando entremos en territorio de Huainan. ¿Cuánto tiempo más piensas quedarte?».

«Un poco más no pasa nada», replicó Chu Mingyun, estrechándole la mano a su vez.

Su Shiyu se rió suavemente. «¿Ni siquiera el desayuno?».

Chu Mingyun presionó su mano contra la mejilla de Su Shiyu y luego se mordió el labio ante la pregunta. Giró la cabeza para mirarlo, con los ojos llenos de deseo, y murmuró dulcemente: «Su Ge siempre puede comerme a mí en su lugar».

Esta imagen complementaba a la perfección sus hombros y cuello desnudos, con su cabello azabache esparcido sobre su pálida y delicada piel. Su Shiyu apartó la cara y respiró hondo para calmar la agitación que sentía en su interior. Empujó la cabeza de Chu Mingyun con suavidad pero con firmeza. «Levántate».

Vestirse y desayunar resultó ser otra ronda de alboroto, aunque, afortunadamente, Chu Mingyun no había olvidado por completo su propósito. Después de molestar a Su Shiyu para que jugaran unas cuantas partidas de ajedrez, se sentó obedientemente ante la mesa baja, desplegó su papel de escribir y su piedra de tinta.

Su Shiyu golpeó distraídamente una pieza de ajedrez y se volvió para examinar la caligrafía de Chu Mingyun. Cada trazo era nítido y enérgico. Mientras examinaba los caracteres, de repente se dio cuenta: «¿Estás copiando tratados militares de memoria?».

«Mhm», respondió Chu Mingyun. «Es el que le di a Luo Xin antes. Primero lo estoy escribiendo. Si emplea alguna de las estrategias que contiene, será más fácil cotejarlo y verificarlo más adelante».

Su Shiyu asintió con la cabeza y siguió observándolo escribir.

Chu Mingyun se arremangó para mojar el pincel en tinta y lo miró con una sonrisa. «¿Has leído este libro?».

«Lo leí hace mucho tiempo. Todavía recuerdo algunas partes».

«¿Antes?», Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja. «¿Cuando tenías quince años y acompañaste a tu padre en la campaña contra los xiongnu?».

Su Shiyu bajó ligeramente la mirada y respondió con calma: «Fue en esa época».

«... ¿Alguna vez fuiste a Liangzhou?», preguntó Chu Mingyun.

«Mi padre me envió a luchar contra la ciudad de Liangzhou ese mismo año», respondió Su Shiyu. Al ver que Chu Mingyun asentía sin insistir, dudó brevemente antes de continuar con tono suave: «Tras la retirada de los xiongnu, Liangzhou quedó desolada tras la masacre de Yuwen Xiao. Sin embargo, se ordenó a los soldados que enterraran todos los cadáveres».

Chu Mingyun bajó la mirada hacia el papel de arroz, con expresión impenetrable. Su pincel no se detuvo en ningún momento. Tras un instante, de repente dijo: «¿De verdad había una mujer ahorcada en la puerta de la ciudad?».

Su Shiyu comprendió al instante. Tras observar su silencio durante un momento, asintió. «Sí. Incluso mi padre comentó que era una mujer extraordinaria. Tenía la intención de buscar a su familia para dar descanso a sus restos, pero, por desgracia, el tiempo había dejado sus rasgos irreconocibles. Al final, tuve que enterrarla yo mismo».

«Es lo mejor». Chu Mingyun se rió entre dientes, pero su pincel se detuvo abruptamente. La tinta se extendió lentamente por el papel blanco Xuan. Después de un largo momento, no pudo evitar reírse. «¿Recuerdas cuando peleábamos de niños? Cada vez, mi hermana mayor amenazaba con colgarme de la puerta de la ciudad para pegarme. No sabía que al final sería ella quien acabaría colgada allí. Se lo tiene merecido».

Su tono era ligero, casi descuidado. Su Shiyu frunció ligeramente el ceño y murmuró en voz baja: «Todavía recuerdo dónde está la tumba. Si quieres, puedes ir a verla».

«Por supuesto que te llevaré a ver a mi hermana mayor». Chu Mingyun levantó los ojos para mirar a Su Shiyu, con una sonrisa que le curvaba las cejas y una mirada profunda. «Pero ahora no es el momento de ir a verla».

La implicación era profunda. Su Shiyu no preguntó más, simplemente le devolvió la mirada con una leve sonrisa antes de soltar una pieza de sus dedos.

Al caer la tarde, el barco de recreo llegó a la frontera de Huainan. Se desviaron a la carretera principal para cruzar sin ser detectados. Al ver que se acercaba la noche, decidieron descansar temporalmente en el condado de Fengtai. Según un cálculo aproximado, la capital de Huainan, Shouchun, se encontraba a solo unos días de viaje.

La posada bullía de actividad. Chu Mingyun pagó el alojamiento y, tras dejar vagar la mirada por los comensales que charlaban animadamente, se volvió hacia el posadero. —¿No se ha visto Huainan sacudida recientemente por disturbios rebeldes? ¿Cómo es que aquí todo sigue tan animado?

«Bueno, señor, usted dice "recientemente", ipero esa agitación terminó hace mucho tiempo!», respondió el posadero con una sonrisa, mientras cobraba el pago. «Todo gracias a la espléndida defensa de Su Alteza el Príncipe de Xiling. Los combates se limitaron a las ciudades alrededor de Shouchun, sin afectarnos apenas aquí en Fengtai. ¿Quién se lo pensaría dos veces?».

Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño e intercambió una mirada con Su Shiyu.

El posadero levantó la mano para llamar a un camarero. «Ven, lleva a estos dos caballeros a las dos habitaciones libres de arriba».

Su Shiyu abrió la ventana para mirar hacia fuera. Había caído la noche y la luna creciente aún no se había completado. La calle principal brillaba con la luz de los faroles y los barcos pesqueros lejanos entonaban sus canciones vespertinas, una escena de pacífica armonía que no mostraba ningún signo de agitación.

Se oyó un suave golpe detrás de él. La camarera del barco se arrodilló para saludarlo cuando abrió la puerta, con voz apagada. «Maestro, por favor, sígame abajo».

Su Shiyu miró hacia la habitación contigua antes de cerrar la puerta en silencio y marcharse.

Un árbol que se inclinaba sobre el estrecho callejón de piedra ocultaba la mayor parte de la luz de la luna. El final del callejón estaba sumido en la penumbra, pero dentro de una pequeña cabaña brillaba la luz de una vela. Varios subordinados, que ya esperaban allí, se arrodillaron al unísono para presentar sus respetos.

Sobre la mesa situada en el centro de la habitación había una jaula cubierta con un paño negro, de la que se oían débiles y agudos chillidos de pájaro. La criada se adelantó y retiró la pesada tela, dejando al descubierto un pájaro de plumas negras sin nada especial dentro de la jaula de hierro. Llevaba atado a la pata un tubo de bambú con un mensaje y ahora caminaba inquieto de un lado a otro, batiendo las alas con agitación.

«Este pájaro, criado especialmente, es extremadamente inteligente, mi señor. Mis subordinados nunca habían visto una criatura así. Aunque lo interceptamos siguiendo sus instrucciones, no pudimos quitarle el mensaje. Como no nos atrevimos a actuar sin su orden, esperamos su decisión», explicó la criada con tono de disculpa.

«¿Por qué no se pudo recuperar el mensaje?», preguntó Su Shiyu.

«Este pájaro parece reconocer a las personas por el olor. Se resiste violentamente al menor contacto y, cuando se le presiona, incluso intenta picotear el mensaje hasta hacerlo pedazos. Estábamos completamente indefensos».

Su Shiyu asintió con la cabeza y observó al pájaro de plumas negras durante un momento antes de abrir la puerta de la jaula y meter la mano dentro. La criada que estaba a su lado le advirtió apresuradamente: «¡Joven maestro, tenga cuidado! ¡Es muy feroz cuando picotea!».

Su Shiyu extendió lentamente la mano. Justo cuando estaba a punto de agarrar al pájaro por el cuello, la criatura de plumas negras dejó de gritar de repente. Inclinó la cabeza y se frotó contra sus dedos de una manera casi dócil.

Los demás, sorprendidos, se arrodillaron apresuradamente al unísono, temiendo la reprimenda de Su Shiyu. Uno de ellos habló primero: «¡Mi señor, por favor, comprenda! ¡Nunca le engañaríamos! Debe de estar confundido por haber estado chocando durante tanto tiempo, y le ha confundido con su amo...».

Su Shiyu retiró la mano con una expresión sutil, olfateando sus dedos, la palma y la manga. Al no encontrar ningún olor inusual, de repente pareció recordar algo. Un rubor cruzó su pálido rostro, fugaz y casi imperceptible, antes de recomponerse. «Lo entiendo», dijo con tono seco. «No es culpa tuya».

Los demás dieron un suspiro de alivio y se pusieron de pie.

Él retiró la carta secreta de la pata del pájaro de plumas negras. La criatura saltó de su brazo a su hombro, emitiendo dos gorjeos afectuosos.

Desdobló el papel y encontró la familiar y nítida letra. Su Shiyu leyó lentamente, frunciendo gradualmente el ceño mientras la leve sonrisa que solía adornar su rostro se desvanecía.

La criada observó su expresión con inquietud, intuyendo algo sutil pero profundamente complejo, sin poder descifrarlo.

Por fin, el joven amo dejó la carta confidencial. Tras una larga pausa, suspiró suavemente: «...ambiciones tan traicioneras como las de un lobo». Su tono seguía siendo inescrutable.

Su Shiyu cogió el pincel que tenía preparado cerca. Dejó que la criada desplegara un papel nuevo y reflexionó brevemente antes de empezar a escribir imitando la letra de Chu Mingyun. Selló la carta dentro del tubo de bambú, devolvió el pájaro de plumas negras a su jaula y luego se volvió para dar instrucciones: «Cuídalo en breve y libéralo. De ahora en adelante, intercepta toda la correspondencia y repórtamela».

«Entendido, mi señor».

A medianoche, se levantó una suave brisa que se coló por la ventana con la plateada luz de la luna, trayendo un ligero frío. Su Shiyu mantuvo los ojos cerrados durante un largo rato, pero el sueño le eludía. Simplemente se quedó

tumbado, perdido en sus pensamientos, escuchando las llamadas de los centinelas fuera de la torre.

De repente, en medio de la quietud, le llegó un susurro. Alguien retiró la colcha y se deslizó dentro, rodeándolo con un brazo. Su Shiyu se sobresaltó y abrió los ojos para encontrarse con la mirada sonriente de Chu Mingyun. La luz de la luna velada como una gasa, la escarcha plateada rozando sus sienes, difuminada contra sus pestañas. «... ¿Qué pasa?».

«Deseo dormir a tu lado», respondió Chu Mingyun, mirándolo.

Su Shiyu extendió la mano para apartar la que le rodeaba la cintura. —Mañana tenemos que viajar...

—No haré nada —se apresuró a añadir Chu Mingyun—, solo abrazarte.

Su Shiyu se detuvo, desconcertado. —¿Por qué?

—No puedo dormir solo —admitió Chu Mingyun con sinceridad.

«¿De verdad?», Su Shiyu no pudo evitar sonreír. «Entonces, ¿cómo dormías antes?».

Frunció ligeramente el ceño y su voz se suavizó. «Antes, nunca dormía de verdad. Las pesadillas me atormentaban constantemente y siempre estaba en guardia contra mi entorno. No podía encontrar la paz».

Su Shiyu se quedó en silencio por un momento antes de extender la mano para guiarlo de vuelta a la almohada. «... ¿Qué tipo de pesadillas?».

Chu Mingyun frunció profundamente el ceño, reflexionando durante un largo rato antes de responder: «Sueños en los que incluso el Yuanxiao se volvía salado. Eran completamente repugnantes».

«...», dijo Su Shiyu, «Vuelve a tu habitación».

Chu Mingyun se rió en voz alta y apretó su abrazo mientras sus frentes se tocaban. Sus ojos brillaban intensamente. «Ni hablar». Al ver que Su Shiyu

estaba a punto de volver a hablar, bajó la mirada para rozar la mejilla de Su Shiyu, con la voz cargada de diversión y el aliento haciéndole cosquillas en la oreja. «Shiyu... Shiyu...».

«Chu...».

«Hermano Su». Chu Mingyun le besó el cuello.

«...». Su Shiyu se tensó, sintiendo un cosquilleo en el cuero cabelludo. Luchó por controlarse, completamente exasperado. «Muy bien. No te echaré».

Chu Mingyun se rió suavemente, con el pecho temblando ligeramente contra el de Su Shiyu. Después de un largo momento, la risa se desvaneció en un profundo suspiro antes de murmurar, con una voz apenas audible: «Sueño con huir de la ciudad de Liangzhou. El suelo estaba cubierto de coágulos de sangre y trozos de carne. Mis botas resbalaban con cada paso, lo que me impedía correr rápido. Sin embargo, la caballería que venía detrás seguía avanzando y pisoteando. No podía reducir la velocidad».

Su Shiyu bajó la mirada y levantó los brazos para abrazarlo a su vez.

«Había una niña aferrada a mi manga, que me lastraba terriblemente. Deseé de verdad poder haberla apartado de una patada», murmuró Chu Mingyun, con el rostro hundido en el pecho de Su Shiyu. «Más tarde, su cabeza salió volando, salpicando sangre varios metros y cubriéndome. Esa mano seguía aferrada a mi manga. Qué irritante. Después de aguantarlo tanto tiempo, debería haberla apartado de una patada antes».

«Shiyu, nunca miré atrás». Lo abrazó con fuerza y murmuró suavemente: «He tenido ese sueño innumerables veces y ni una sola vez me he dado la vuelta».

«Porque no podía morir. Tenía que sobrevivir».

Su Shiyu se quedó en silencio, apretando lentamente los dedos antes de relajarlos por fin. Acarició la cabeza del otro.

Chu Mingyun levantó la cabeza del abrazo de Su Shiyu, con los ojos profundos e intensos. Lo miró fijamente durante un largo momento antes de esbozar una leve sonrisa. «Shiyu, cada vez que me miras así, solo quiero besarte».

Su Shiyu le devolvió la mirada sin decir nada.

«Un momento», murmuró Chu Mingyun, con los ojos arrugados por la sonrisa mientras se inclinaba para besarlo. Cerró los ojos y le susurró: «Ahora duerme».

☆, [Capítulo 57]

☆, [Capítulo 57]

Las flores silvestres florecían a lo largo de los caminos rurales, mientras que la carretera principal estaba desierta, salvo por un único carro que avanzaba lentamente con un chirrido.

En su interior, una mujer sostenía a su hijo dormido en un brazo mientras desplegaba suavemente una pequeña manta de su hatillo para cubrirlo. Sus movimientos eran tiernos, pero el niño se movió de repente y abrió lentamente los ojos. Tras un momento de confusión aturdida, murmuró con voz suave: «Mamá, ¿aún no hemos llegado a casa?».

«Ya casi hemos llegado, estamos entrando en la ciudad», respondió Liu Yunzi, apartándole un mechón de pelo que se le había pegado a la frente con una suave sonrisa. «¿No te ha gustado la casa de la abuela? ¿Por qué has insistido en volver tan pronto, Ziming?».

«Extraño a papá», dijo Ziming, tirando de su manta mientras se zafaba del abrazo de Liu Yunzi para sentarse a su lado. Su voz estaba apagada por la decepción. «Papá siempre está tan ocupado que nunca pasa tiempo conmigo ni con mamá. Ni siquiera nos deja vivir en casa. Hace mucho que no lo veo».

Liu Yunzi le acarició la cabeza con una mirada tierna pero silenciosa.

Ziming mantuvo la mirada baja, fija en el colgante de la longevidad que llevaba alrededor del cuello. —Parece que papá se ha convertido en otra persona.

—¿Cómo puede ser eso? —Liu Yunzi bajó los párpados y dijo con voz suave—. El corazón de tu padre siempre ha estado lleno de amor por nosotros.

—Mm. —El niño asintió enérgicamente.

Liu Yunzi sonrió, pero cuando volvió a levantar la vista, no pudo ocultar la profunda preocupación en su mirada. Absorta en sus pensamientos, se sobresaltó cuando Ziming le tiró de la manga de seda. —Mamá, yo...

De repente, se oyó el relincho de los caballos, seguido del chirrido de los frenos del carro, que se detuvo bruscamente.

Afuera, el cochero gritó: «¡Señora, tenga cuidado!». A esto le siguió el ruido sordo de objetos pesados rodando por el suelo, el sonido metálico de metal contra metal y una repentina cacofonía de ruidos cuando el carro quedó rodeado.

Liu Yunzi abrazó con fuerza a su hijo y apartó la cortina para mirar fuera. Bajo el cielo azul y los campos abiertos, una multitud había surgido de la nada, vestida con harapos, con aspecto desaliñado, la mayoría empuñando cuchillos o garrotes de madera mientras cargaban ferozmente. El cochero se puso en pie con dificultad, intentando bloquearlos, pero varios hombres lo inmovilizaron de inmediato, dejándolo completamente indefenso. El resto avanzó sin obstáculos, dirigiéndose directamente hacia el carro.

«Agárrate fuerte a mamá». Liu Yunzi apretó a Ziming contra su pecho, saltó del carro y, en un instante, se giró para proteger al niño, tirándose con fuerza al suelo. Intentó levantarse sin dudarlo un instante, pero un dolor entumecedor le atravesó el tobillo, impidiéndole levantarse.

«Mamá...», la voz del niño temblaba mientras intentaba frenéticamente levantarla.

«No pasa nada, no tengas miedo». Liu Yunzi le cogió la mano a Ziming y se giró para ver a varias figuras que se habían adelantado y ahora se agolpaban en el carro. Empujaban y arrancaban los fardos, metiéndolos en sus brazos. Otros arrebataron la pequeña manta, agarrándola con fuerza y negándose a soltarla.

Los que estaban detrás ya no podían entrar. Se detuvieron junto al carro, escudriñando la zona. De repente, un tintineo nítido de campanas llegó a sus oídos. Siguiendo el sonido, divisaron dos figuras parcialmente ocultas detrás del carro. El colgante de la longevidad del niño, hecho de plata pura, brillaba intensamente, con una pequeña campana colgando debajo que tintineaba suavemente.

La figura miró fijamente el medallón y se abalanzó hacia adelante para arrebártelo.

El niño soltó un grito de sorpresa.

«¡Por favor, no lo toque!». Liu Yunzi protegió al niño completamente entre sus brazos, sacó una horquilla dorada de su cabello y se la ofreció. «Esto es para usted».

El hombre se detuvo en seco. Al encontrarse con su mirada, totalmente desprovista de miedo, observó a la mujer desaliñada con incertidumbre. Su expresión cambió abruptamente. Se dio la vuelta y alzó la voz para gritar algo ininteligible e indistinguible.

Solo entonces Liu Yunzi se fijó en otra mujer entre ellos. Aunque su ropa estaba gastada, era relativamente limpia, y era la única que llevaba una espada. Sobresaltada por el alboroto, la mujer golpeó con la vaina al cochero que intentaba agarrarla por la pierna hasta dejarlo inconsciente, y luego avanzó con paso firme.

Ya fuera una bendición o una maldición, Liu Yunzi observó desconcertada cómo la mujer se inclinaba para examinarla de cerca. Justo cuando abrió la boca para hablar, la mujer declaró bruscamente: «¡Es ella!».

Apretando los dientes, la mujer desenvainó su espada. Levantándola, la blandió con intención salvaje, como si quisiera destrozarla miembro a miembro. La hoja brilló con un destello penetrante.

Liu Yunzi apretó al niño contra su pecho, apartó la cabeza y cerró los ojos.

Un silbido penetrante del viento azotó sus oídos.

La espada cayó al suelo con estrépito. La mujer retrocedió dos pasos tambaleándose, agarrándose la mano ensangrentada. Miró a Liu Yunzi, que había abierto los ojos desconcertada, y luego miró hacia la distancia.

Con el vasto desierto y el cielo azul como telón de fondo, dos jóvenes se erguían altos y elegantes sobre el antiguo camino. El hombre vestido de azul retiró la mano, con una leve sonrisa en los labios. «No está mal. Ángulo perfecto».

La mujer siguió su mirada hacia abajo. Una rama rota y manchada de sangre yacía sobre la hierba. Cualquiera podía ver que el atacante poseía una habilidad extraordinaria. Recogió su espada y gritó: «¡Marchaos ahora mismo!».

El grupo se dispersó apresuradamente, retirándose rápidamente al lugar de donde habían venido.

«Síganlos y averigüen qué está pasando», ordenó el joven vestido de blanco.

Mientras espoleaban a sus caballos para perseguirlos, Liuyunzi extendió la mano inesperadamente al pasar y alzó la voz. «¡Por favor, esperen!», suplicó. «¡Déjenlos ir!».

Chu Mingyun y Su Shiyu frenaron sus caballos casi al mismo tiempo y se volvieron para mirarla.

«Solo se ha desmayado. No es nada grave. Se despertará pronto». Su Shiyu soltó la muñeca del cochero y se puso de pie.

Liu Yunzi le dio las gracias repetidamente mientras se volvía a sujetar el cabello con su horquilla dorada.

Zi Ming se había recuperado del susto y se acurrucó junto a Chu Mingyun, mirándolo con ojos brillantes. «¡Hermano mayor, eres tan valiente! ¡Esos hombres malos huyeron en cuanto te vieron!».

Chu Mingyun cruzó los brazos y miró a Su Shiyu con una sonrisa indiferente. Ziming siguió refunfuñando para sí mismo: «Esta carretera es muy molesta. Es un gran desvío y hay mucha gente mala».

«¿Ah, sí?», Chu Mingyun bajó la mirada para mirarlo. «¿Qué desvío?».

«Antes siempre tomábamos una ruta diferente para volver de casa de la abuela, pero ahora ese camino está bloqueado. Parece que están capturando gente, así que mamá y yo tenemos que dar un gran rodeo para llegar a casa».

Chu Mingyun levantó ligeramente una ceja.

«Ziming», lo llamó Liu Yunzi, y Ziming volvió trotando para acurrucarse contra ella. Liu Yunzi ya se había recomuesto. Hizo una reverencia y dijo solemnemente: —Esta humilde sirvienta pertenece a la familia Liu. Gracias a ambos por salvarme la vida.

—¡Gracias, hermanos mayores! —repitió Ziming.

Su Shiyu miró al niño y sonrió levemente. —No ha sido nada. Preguntó: «Sin embargo, estoy algo perplejo. ¿Por qué la señora Liu intercedió en favor de esos bandidos?».

«No eran bandidos», suspiró Liu Yunzi. «Solo eran campesinos desplazados que habían perdido sus hogares en la rebelión y buscaban comida y ropa. Ya eran lo suficientemente dignos de lástima. ¿Por qué hay que perseguirlos y exterminarlos?».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño antes de asentir. Chu Mingyun la observó y de repente le preguntó: «A juzgar por la dirección que lleva, ¿se dirige a Shouchun?».

«Sí».

«¿Cuál es la situación allí ahora?», insistió Chu Mingyun.

Liu Yunzi lo pensó un momento antes de responder: «Se ha calmado». Hizo una pequeña pausa y levantó la vista para mirarlos a los ojos. «¿Por qué preguntan eso, caballeros?».

«Nosotros también nos dirigimos a Shouchun», respondió Su Shiyu con una sonrisa. «Si a la señora Liu no le importa, podríamos acompañarla durante parte del viaje».

«Esto...», Liu Yunzi dudó un poco.

Ziming no pudo resistirse a tirarle de la manga. «¡Mamá, deja que el hermano mayor venga con nosotros! ¡Así no tendremos que temer a los malos si nos volvemos a encontrar con ellos!».

«Ziming». Liu Yunzi le puso la mano encima y Ziming se calló obedientemente.

«No te molestes. Sinceramente, me resulta bastante molesto. Si no hubieras insistido en rescatarte hace un momento, nunca habría movido un dedo». Chu Mingyun pasó casualmente un brazo por los hombros de Su Shiyu, riendo suavemente. «Ir por caminos separados significa que habrá menos gente que nos estorbe».

Su Shiyu apartó su brazo en silencio y se dirigió a Liu Yunzi: «Solo era una sugerencia. La decisión es suya, señora».

—Solo tengo una pregunta —sonrió Liu Yunzi—. Está claro que ambos caballeros son hombres acaudalados. ¿Por qué no viajan en carro o en silla de manos? ¿Por qué no tienen sirvientes? ¿Y por qué se aventuran a ir a Shouchun, un lugar que aún se está recuperando de la rebelión?

Antes de que Su Shiyu pudiera responder, Chu Mingyun le rodeó la cintura con un brazo y apoyó la barbilla en su hombro. «Naturalmente...», miró a Liu Yunzi con una sonrisa curvada y habló en voz baja y deliberadamente, «nos fugamos».

Liu Yunzi se quedó paralizada, mirándolos con incredulidad durante un largo momento. «¿Ustedes... quieren decir que ustedes dos... »

Su Shiyu miró de reojo a Chu Mingyun, cuyos ojos brillaban con diversión, y luego dirigió su mirada directamente a la mirada atónita de Liu Yunzi. Tras un momento de silencio, asintió solemnemente. «Así es».

Como si la hubiera alcanzado un rayo, Liu Yunzi respiró hondo antes de recuperar la compostura. «Bueno... no me extraña».

«¿No puedes aceptarlo?», comentó Chu Mingyun con un toque de diversión.

«En absoluto, ¿cómo podría ser eso? Es simplemente algo poco común». Liu Yunzi sonrió. «En ese caso, les pediré a ambos caballeros que nos acompañen en nuestro camino».

Momentos después, el cochero recuperó la conciencia y el grupo continuó hacia Shouchun, la ciudad principal de Huainan. Aunque claramente devastada por el reciente conflicto, los guardias de la ciudad les permitieron el paso sin una inspección minuciosa. Al entrar en la ciudad, Liu Yunzi les dio las gracias y se despidió. Chu Mingyun y Su Shiyu pasearon tranquilamente por las calles, sorprendidos al encontrar esta ciudad, descrita en los informes como una ciudad fantasma, ahora llena de vida. Aparte de algunas ruinas carbonizadas, había recuperado una apariencia de vitalidad.

Era mediodía y todas las posadas y restaurantes estaban llenos de clientes. Eligieron una posada al azar, pero al oír que deseaban pasar la noche allí, el posadero se detuvo y preguntó: «¿Solo una noche, caballeros?».

«En absoluto», respondió Su Shiyu. «Tenemos intención de quedarnos un tiempo».

«Pero acabamos de ver combates aquí. ¿Quién sabe cuándo volverán a estallar los disturbios? No sería seguro que se quedaran mucho tiempo», advirtió el posadero.

«Quién sabe cuándo estallará otra rebelión», dijo Chu Mingyun con una suave sonrisa. «Entonces, ¿por qué sigue haciendo negocios en Shouchun? ¿Por qué no busca refugio en otro lugar?».

El posadero sonrió. «Nuestras raíces están aquí. Nadie se va a menos que sea absolutamente necesario».

Chu Mingyun miró a los demás clientes, muchos de los cuales conversaban mientras los observaban con curiosidad. Continuó tranquilamente: «Con tantos huéspedes aquí, ¿por qué está tan ansioso por despedirnos?».

«¡En absoluto, en absoluto! Me encantaría que se quedaran unos días más. ¿Cómo podría instarlos a marcharse?», se apresuró a decir el posadero, y luego se volvió hacia Su Shiyu. «Si me permiten la osadía, ¿puedo preguntar a qué se dedican ustedes, caballeros?».

Su Shiyu se rió entre dientes y respondió amablemente: «Los dos somos comerciantes».

El posadero asintió repetidamente sin decir nada más.

Después de pasar la tarde deambulando por calles y callejones, regresaron a su habitación para lavarse y cambiarse. Para entonces, la noche se había adentrado y una brillante luna colgaba alta en el cielo.

Chu Mingyun se quitó con indiferencia la túnica exterior y la arrojó sobre la mesa, volviéndose para mirar a Su Shiyu, que estaba de pie junto a la ventana. «Shiyu, ¿has pensado en algo?».

«... Todavía no tengo nada claro». Su Shiyu se dio la vuelta, su mirada se desvió antes de posarse una vez más en la túnica que estaba sobre la mesa.

«...» Chu Mingyun tomó la túnica, la alisó, la dobló con indiferencia y la colocó junto a la cama antes de acercarse a Su Shiyu. «¿Qué quieres decir?».

Su Shiyu soltó una suave risa, apartó la mirada y volvió a mirar por la ventana. Bajo el vasto cielo, la ciudad se extendía bajo un mar de luces, como innumerables estrellas, desvaneciéndose en la distancia. «Simplemente me parece extraño».

«¿Hmm?», Chu Mingyun ladeó la cabeza para mirarlo.

«Aunque ha pasado casi un mes desde el levantamiento rebelde, el número de hogares que aún residen dentro de estas murallas sigue siendo inesperadamente alto», comentó Su Shiyu.

«Esa no es la única peculiaridad», murmuró Chu Mingyun. «Hasta el día de hoy, aparte de la señora Liu, no he visto a ninguna mujer en la ciudad. Las posadas están llenas solo de hombres cenando. ¿Podría ser que todas se estén escondiendo en sus casas y nunca se atrevan a salir?».

Su Shiyu suspiró suavemente y giró la cabeza para encontrar la mirada de Chu Mingyun. Cuando sus ojos se encontraron, la ternura floreció en sus rasgos y sonrió levemente. «¿Qué pasa?».

«¿Qué crees?», murmuró Chu Mingyun, con voz entrecortada por la diversión. Acercó a Su Shiyu y se inclinó lentamente hacia él.

Su Shiyu levantó la mano para devolverle el abrazo, pero se detuvo de repente, con una expresión compleja y difícil de interpretar. «... Está muy tranquilo».

«¿Hmm?», Chu Mingyun no pudo evitar fruncir el ceño.

«Esta posada está muy tranquila». Su Shiyu se giró y escuchó atentamente. Ni un solo sonido llegaba a sus oídos.

Chu Mingyun lo soltó. Intercambiando una mirada con Su Shiyu, empujó la puerta para abrirla. Las lámparas ardían en todas las habitaciones, proyectando patrones cambiantes de luz y sombra en el pasillo. Se detuvieron en silencio ante la puerta de al lado, pero no detectaron ni un solo sonido de presencia humana en el interior.

Chu Mingyun frunció aún más el ceño mientras empujaba la puerta para abrirla. La habitación estaba brillantemente iluminada por velas, pero completamente vacía.

Un ligero temblor los recorrió. Intercambiaron otra mirada antes de separarse para abrir todas las puertas de las habitaciones de huéspedes una por una. Habitación tras habitación estaban desiertas. Toda la extensa posada estaba iluminada, pero solo quedaban ellos dos.

Chu Mingyun y Su Shiyu se quedaron uno al lado del otro en el pasillo, observando las puertas abiertas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Reinaba un silencio sepulcral.

El viento nocturno se colaba por las ventanas, las lámparas parpadeaban débilmente y estaban a punto de apagarse.

☆, [Capítulo 58]

☆, [Capítulo 58]

«¿Qué diablos es esto?», Chu Mingyun entrecerró ligeramente los ojos, observando cómo la luz de las velas parpadeaba inquietantemente en la sala de invitados. «¿Está embrujada... o alguien está gastando bromas?».

Su Shiyu negó con la cabeza. «No he oído ningún ruido esta noche. Probablemente estas habitaciones hayan estado vacías todo el tiempo. Si no hubiera sido por ese momento de silencio excesivo de hace un momento, no me habría dado cuenta».

«Entonces, ¿ninguno de los huéspedes que llenaban el salón de abajo se quedaba a pasar la noche?».

Su Shiyu frunció ligeramente el ceño y se volvió para mirarlo. «A juzgar por las palabras del posadero de hoy, no parece que le haga mucha gracia que nos quedemos».

«Eso no lo decide él». Chu Mingyun soltó una risa fría y, de repente, giró ligeramente la cabeza y agarró la mano de Su Shiyu mientras entrecerraba los ojos. «Shiyu, ¿tienes miedo?».

«Si tienes miedo, puedes decirlo claramente», respondió Su Shiyu con una suave risa.

Chu Mingyun arqueó una ceja, con una leve sonrisa en los labios. «Cuando tengas miedo, ¿por qué no te diriges a mí como "mi señor esposo"?».

Su Shiyu le lanzó una mirada divertida antes de empujarlo hacia la habitación de invitados más interior. «Chu, harías bien en tener más cuidado».

Un inexplicable olor a humedad impregnaba la habitación. Cuando los dedos de Su Shiyu rozaron ligeramente la superficie del escritorio, una fina capa de polvo se adhirió a sus yemas. No pudo evitar fruncir ligeramente el ceño. «Aunque rara vez se ocupe, una posada debe mantenerse con regularidad. ¿Cómo es posible que se haya acumulado una capa de polvo tan gruesa?».

«Es bastante peculiar, sin duda», comentó Chu Mingyun con indiferencia. «Afirman que no quieren marcharse de Shouchun, pero no dan muestras de llevar el negocio adecuadamente».

La llama de la lámpara crepitaba suavemente, parpadeando débilmente. El viento nocturno silbaba a través del vestíbulo, que sonaba inquietantemente vacío, completamente desierto.

Chu Mingyun permaneció apoyado contra la pared, observando la habitación. Entre las sombras cambiantes, se fijó en que Su Shiyu miraba fijamente un punto. Lo observó y luego sonrió. «¿Tienes miedo?».

«Allí». Su Shiyu se dirigió hacia el armario que había en la esquina. Cuando la llama de la vela se estabilizó, la habitación se iluminó de nuevo, revelando una estrecha y oscura raya en la grieta detrás del armario de madera tallada.

Chu Mingyun frunció ligeramente el ceño, acercó a Su Shiyu con una mano y con la otra apartó con fuerza el gran armario varios metros. El sordo roce de la base contra el piso reveló la pared en su totalidad. Enormes manchas oscuras se extendían por ella como salpicaduras de tinta, mezclándose con el hedor de la descomposición y el olor a humedad del polvo acumulado, una combinación nauseabunda.

Una vez que el hedor se disipó ligeramente, Su Shiyu rozó las marcas con la yema del dedo. Después de olerlo cuidadosamente, su expresión cambió ligeramente mientras miraba a Chu Mingyun. «Sangre humana».

«Sin duda tienes un estómago fuerte», comentó Chu Mingyun, tomando la mano de Su Shiyu para limpiarla antes de volverse para examinar la pared. «Para que la sangre salpique tan alto y en tal cantidad, debe haber sido causada por alguien que fue cortado por la mitad de un solo golpe».

Su Shiyu frunció profundamente el ceño, reflexionó un momento y luego dijo: «Revisemos las otras habitaciones».

La habitación de invitados contigua no contenía manchas de sangre ocultas. Después de su minuciosa inspección, Chu Mingyun se detuvo de repente en la

puerta. Se inclinó para mirar más de cerca y luego pasó los dedos por la superficie. «Esta puerta ha sido pintada recientemente».

Su Shiyu apenas había sacado la daga de su manga cuando Chu Mingyun la agarró. Rascó varias líneas en la puerta. La pintura bermellón se desprendió, revelando un tono oscuro y profundo debajo. El olor metálico y penetrante era abrumador. Al raspar más capas de madera se obtuvo el mismo resultado: la puerta estaba prácticamente empapada de sangre.

Cada habitación sucesiva contaba una historia similar: manchas de sangre ocultas bajo alfombras bordadas, salpicadas sobre las cabeceras de las camas. El hedor rancio y empalagoso de la sangre se hacía más intenso, como una pálida niebla verde que envolvía la posada.

Solo al regresar a su alojamiento se dieron cuenta de que la pintura de las paredes de esa habitación era claramente más reciente.

Chu Mingyun abrazó a Su Shiyu por detrás. «Ya basta, no hay necesidad de seguir comprobando». Su voz denotaba un toque de diversión. «Con las paredes cubiertas de sangre, ¿de verdad quieres dormir?».

Su Shiyu enfundó lentamente su espada en la manga. «¿Tú puedes dormir?».

«Mientras te tenga en mis brazos, podré dormir profundamente». Chu Mingyun apretó su abrazo, hundiendo el rostro en el relajante y cálido aroma de Su Shiyu.

Su Shiyu suspiró suavemente. «Esto ya no se puede explicar como un simple alojamiento...».

«Fue una masacre», afirmó Chu Mingyun.

El viento nocturno hacía crujir la celosía de la ventana desde algún lugar desconocido, y sus ecos flotaban débilmente en el vacío, bajos y tenues como el lamento de un fantasma solitario. Parecía que se podía imaginar la escena: cadáveres esparcidos por todas partes, sangre derramada por todas partes, una quietud mortal como en este mismo momento, absolutamente aterradora.

«Sin embargo, las calles de fuera permanecen intactas. Esto no se parece a las secuelas de una guerra», Su Shiyu hizo una pausa. «Probablemente el problema radique en la propia ciudad de Shouchun».

Chu Mingyun reflexionó brevemente antes de decir: «Shiyu, ven conmigo a un lugar».

Bajo las escasas estrellas, la ciudad de Shouchun yacía envuelta en un profundo silencio bajo la espesa noche. No había ni un alma en las calles; solo el sonido lejano y débil del gong del vigilante nocturno resonaba en el aire.

Una mansión se alzaba cerca de las casas carbonizadas y derrumbadas. Sus puertas bermellonas estaban cubiertas de óxido y su placa estaba cubierta de polvo, una imagen de abandono total.

«¿Es esta la residencia del magistrado del condado de Shouchun?», preguntó Su Shiyu mientras seguía a Chu Mingyun al interior con facilidad, vislumbrando manchas de musgo que brotaban de los escalones de piedra bajo sus pies a la tenue luz de la luna. «Cuando partí de Huainan por última vez, él vino a despedirme. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, ha perecido en medio del caos de los rebeldes. En solo unos meses, incluso su vivienda ha caído en tal estado de abandono».

«Qué desgracia», dijo Chu Mingyun con una sonrisa, mirándolo. «Según tengo entendido, un funcionario huyó con su familia hacia Chang'an para informar de algo. Perseguido sin descanso, su hija menor finalmente escapó a las afueras de Chang'an, donde se encontró con Qin Shao y Du Yue. Sin embargo, ella tampoco sobrevivió».

Su Shiyu bajó ligeramente la mirada y la fijó en él. «Entonces, según tú, el informe que Han Zhongwen presentó a la corte contenía inexactitudes, ¿o era completamente falso?».

«Eso no lo puedo decir», respondió Chu Mingyun con una sonrisa débil y ambigua. «Lo único que sé es que, sea cual sea el caso, este magistrado de Shouchun sin duda tuvo un final limpio».

«¿Se descubrió alguna vez quién los perseguía?», preguntó Su Shiyu.

Chu Mingyun negó con la cabeza. «En aquel momento, nadie sospechaba de tales conexiones. Du Yue se centró exclusivamente en rescatarlos y Qin Zhao no persiguió a los agresores, lo que les permitió escapar». Abrió con indiferencia la puerta de una habitación. Un fino polvo flotaba en el aire y se posaba sobre los restos titilantes de una vela en el escritorio. Solo entonces pudo distinguir el espejo de cobre y el tocador, con el estuche rebosante de horquillas y peines. Colgada en la pared interior había una prenda de mujer.

«...» Chu Mingyun se volvió hacia Su Shiyu, con la misma expresión de siempre y una leve sonrisa. «Nunca había estado aquí. No conozco el lugar».

«... Entonces deberías haberlo dicho antes». Su Shiyu apartó la mirada, ligeramente avergonzado y completamente exasperado. «Recuerdo vagamente la ubicación del estudio». Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida.

Justo cuando Chu Mingyun estaba a punto de seguirlo, su visión periférica captó de repente varias hojas de papel finas presionadas debajo del tocador. Giró sobre sus talones y se acercó.

Pudo discernir que en otro tiempo había sido un documento, rasgado en pedazos por razones desconocidas, solo para ser recuperado por la dueña de la habitación y vuelto a unir de forma aleatoria. Quedaban frases vagamente legibles como «corrupción profundamente arraigada» y «favores generosos y recompensas abundantes».

Cuando Chu Mingyun levantó los fragmentos restantes que no encajaban, su mirada se posó en un sello bermellón con una esquina arrancada. Sus ojos se agudizaron al instante y su expresión se oscureció hasta convertirse en una sombra inescrutable.

El sello representaba una bestia: una cabeza serpentina con cuatro extremidades y un cuerno solitario en la frente, que irradiaba un poder feroz y amenazador.

Incluso en su estado incompleto, Chu Mingyun lo reconoció al instante como la misma bestia talismán de cobre que le había arrebatado al maestro Mu en el Pabellón de la Felicidad Extrema.

Desde Chang'an hasta Huainan, atravesando miles de kilómetros, su espectro había permanecido, aún provocando disturbios, negándose a ceder.

La luz de las velas parpadeaba. Absorto en sus pensamientos, Chu Mingyun oyó de repente la voz de Su Shiyu desde el patio:

«¡Cuidado!».

Levantó la vista justo cuando el espejo de cobre reflejaba un destello de sombra fuera de la ventana.

Al instante siguiente, innumerables figuras vestidas de negro irrumpieron por las ventanas, surgiendo aparentemente desde todas las direcciones, con sus espadas destellando mientras se acercaban.

En un abrir y cerrar de ojos, Chu Mingyun desenvainó su espada. Antes de que el chirrido penetrante del acero se desvaneciera, giró y asestó un tajo horizontal, y la fría hoja rasgó un estrecho arco carmesí en el aire a su alrededor.

Los que estaban frente a él se agarraron el pecho y el vientre, arrodillándose en agonía. Otros avanzaron inmediatamente detrás de ellos. Aunque la escena parecía caótica, el combate cuerpo a cuerpo reveló que sus formaciones y técnicas con la espada eran el resultado de un entrenamiento riguroso. Dos figuras vestidas de negro cruzaron sus espadas por encima de la cabeza en un golpe simultáneo. Chu Mingyun saltó en el aire, con los dedos de los pies agarrándose a las puntas de las espadas para impulsarse. Girando hacia atrás mientras retrocedía, los pateó directamente hacia las espadas de sus oponentes opuestos. Antes de tocar el suelo, otra figura le asestó un feroz y poderoso golpe hacia arriba. La espada de Chu Mingyun atravesó el omóplato del agresor que tenía detrás, pero antes de que pudiera retirarla, este se apartó hábilmente. La espada le rozó la manga, sin alcanzar su objetivo.

Sin embargo, en ese fugaz momento de roce, de repente oyó un sonido frío y tintineante dentro de su manga: el tintineo de los adornos de jade.

La expresión de Chu Mingyun cambió al instante. Retrocedió varios pasos, aprovechando el breve espacio creado para echar un vistazo al objeto que tenía en la manga. El jade blanco más fino, como la grasa de oveja, brillaba con un lustre

radiante. En su interior, varias grietas brillaban de forma translúcida. Afortunadamente, no habían aparecido otras nuevas.

Solo entonces Chu Mingyun dio un suspiro de alivio.

El colgante de jade que Su Shiyu le había dado había sido así de frágil desde aquella caída. Por lo tanto, aunque lo había mantenido cerca de su cuerpo en todo momento, nunca había permitido que Su Shiyu lo viera. A decir verdad, incluso si lo hubiera visto, aquel hombre siempre tan amable nunca le habría reprochado nada. Sin embargo, Chu Mingyun simplemente no podía soportar causarle ninguna angustia.

Por alguna razón inexplicable, de repente se encontró incapaz de concentrarse en las figuras vestidas de negro que se acercaban. Su mirada se desplazó hacia el patio.

Solo entonces se dio cuenta de que, en algún momento, innumerables figuras vestidas de negro habían llenado el patio. Su Shiyu se encontraba dentro del perímetro que lo rodeaba, observando la escena. En la tenue luz, Chu Mingyun no podía discernir su expresión. Solo podía ver los brazos de Su Shiyu colgando fláccidos a los lados, sin mostrar ningún signo de movimiento.

El corazón de Chu Mingyun dio un vuelco.

Como si percibieran su incapacidad para defenderse, las figuras vestidas de negro levantaron simultáneamente sus espadas y cargaron hacia adelante. En un instante, la figura de Su Shiyu quedó completamente oculta por las sombras entrelazadas y el acero reluciente.

Las nubes cúmulos oscurecían el cielo, proyectando una opresiva penumbra. Una repentina ráfaga de viento cerró la puerta de golpe con un fuerte estruendo, atrapando la última salpicadura de sangre dentro de la habitación. El vívido charco carmesí brillaba en los ojos de Chu Mingyun.

«¡Su Shiyu...!».

☆, [Capítulo 59]

☆, [Capítulo 59]

La cimitarra trazó un arco frío como una luna nueva, cortando el aire con un silbido agudo al caer, deteniendo la carga de Chu Mingyun hacia la salida.

Chu Mingyun empuñó su espada con fuerza, con expresión sombría, mientras dirigía su mirada hacia las figuras vestidas de negro que se acercaban una vez más.

La figura que bloqueaba la puerta dejó escapar un grito repentino y agonizante cuando su cabeza y su cuerpo se separaron. Solo cuando la cabeza cortada rodó, vio que Chu Mingyun ya había acortado la distancia. La velocidad de ese instante fue tan antinatural que casi nadie pudo discernir cómo se había movido. Sin embargo, su única intención era romper el cerco. Cortó sin piedad cualquier obstáculo que se le presentara, abriendo una brecha en el cerco y cargando hacia afuera.

Esto equivalía a abandonar la defensa. Una figura vestida de negro intercambió una mirada con sus compañeros. Los demás lo entendieron al instante y blandieron sus espadas al unísono. En un instante, las espadas giratorias tejieron una red tan impenetrable como una telaraña.

En medio del choque de las espadas, su figura se detuvo abruptamente. Una pesada espada le golpeó brutalmente en el hombro desde un lado. Como si fuera insensible al dolor, Chu Mingyun levantó la mano sin dudarlo, agarró al agresor por el cuello y lo lanzó hacia atrás contra la espada que se balanceaba. El filo de la pesada espada le rozó con fuerza el hueso del hombro. La sangre brotó a borbotones.

Chu Mingyun se volvió con impasible indiferencia. Un abanico de sándalo se deslizó desde su manga. En el momento en que aterrizó en su palma, el mango se rompió. Las varillas del abanico, incrustadas con hierro refinado, salieron disparadas como flechas, perforando gargantas y esternones. No tuvo tiempo de mirar. Se dio la vuelta y bajó su espada de un solo golpe. Con un estruendo atronador, la espada atravesó la puerta tallada. Detrás de él, la carne y la sangre volaban salvajemente; delante de él, las virutas de madera flotaban en el aire. Entró en el patio.

El cielo y la tierra quedaron en silencio.

El viento feroz había dispersado las pesadas nubes, revelando la luna a través de la hendidura. Su luz pura y cristalina se derramaba sobre el suelo. Los cadáveres y las espadas rotas cubrían el suelo, mientras Su Shiyu se encontraba en el centro, de espaldas a él. Su cabello negro azabache y sus túnicas blancas irradiaban una calma gélida; ni una sola mancha de sangre lo mancillaba. Solo un destello fugaz de acero brilló en sus delgados dedos como un rayo de luz antes de desaparecer de nuevo en su manga.

Chu Mingyun se detuvo involuntariamente, contemplando su silueta. Solo cuando oyó que su propio corazón seguía latiendo con fuerza se dio cuenta de que le temblaban los dedos. De repente, se quedó en silencio.

La preocupación nubla la mente.

El hombre que tenía ante sí, nacido en una familia de generales de renombre, era el Gran Censor de la Gran Xia. Por encima de diez mil hombres, tenía en sus manos el poder de la vida y la muerte, insondable y profundo. ¿Cómo podía este simple peligro amenazar su vida?

Sin embargo, el hombre que tenía ante sí... era el amor de su vida.

Así que eso era: la delgada línea entre la vida y la muerte. Después de tanto tiempo entre cadáveres y huesos, todavía sentía miedo. Y un temor profundo.

—No detecté a ningún perseguidor en el camino hasta aquí. Deben de haber estado esperando. Aunque el asunto ya está resuelto, deberíamos regresar rápidamente para evitar ser descubiertos. —Su Shiyu se dio la vuelta para marcharse.

Chu Mingyun enfundó su espada, se limpió la sangre de la mandíbula con la manga y, tras una larga pausa, dijo: «... Eres más formidable de lo que imaginaba».

«¿Qué pasa?», preguntó Su Shiyu, colocándose frente a él y desviando la mirada de la herida en su hombro hacia su rostro. No pudo evitar esbozar una leve sonrisa. «¿Por qué me miras así? ¿Pensabas que estaba muerto...?»

«Cállate», le interrumpió Chu Mingyun en voz baja.

Su Shiyu lo miró sorprendido durante un momento antes de levantar la mano para limpiarle suavemente la sangre salpicada en el rostro. Su palma tocó algo helado.

Chu Mingyun le agarró la mano, se detuvo un instante y luego lo atrajo hacia sí en un fuerte abrazo.

Su Shiyu apartó rápidamente la cabeza de la herida en el hombro de Chu Mingyun. El fuerte olor a sangre le hizo fruncir el ceño, pero, unos instantes después, no pudo evitar esbozar lentamente una sonrisa. Su Shiyu rodeó con sus brazos a Chu Mingyun, con voz suave. «Estoy bien».

Chu Mingyun lo abrazó con más fuerza, con los ojos bajos y en silencio. Finalmente, murmuró: «Tu túnica exterior está manchada».

«Porque estás cubierto de sangre», respondió Su Shiyu, moviendo los dedos para sentir la sensación pegajosa y húmeda de la sangre. «Deberías cambiarte de ropa cuando regresemos».

Chu Mingyun suspiró profundamente y enterró el rostro en el hombro de Su Shiyu. «Mm».

La posada permanecía desierta y silenciosa, con la lámpara de la habitación de huéspedes parpadeando suavemente.

Su Shiyu colocó el frasco de medicina y las vendas, y giró la cabeza para mirar a Chu Mingyun, que ya se había desabrochado la túnica. La herida de su hombro se había vuelto a abrir al tirar de la ropa, derramando sangre fresca. Un rastro carmesí intenso, como un hilo rojo, goteaba lentamente por su pálida piel. La expresión de Su Shiyu se ensombreció ligeramente al ver finalmente el espantoso estado de la herida: carne destrozada y desgarrada, casi hasta el hueso. «¿Cómo te hiciste esa herida? ¿Había algún luchador experto en la habitación?».

Chu Mingyun se sentó en el borde de la cama y se limpió la sangre con indiferencia. —No.

—Entonces, ¿cómo...?

Chu Mingyun levantó los párpados para mirarlo a los ojos, con una sonrisa en los labios. —Fui un poco precipitado, pero ¿no fue todo por ti?

—¿Cuándo te pedí que me salvaras? Su Shiyu frunció profundamente el ceño. «En el choque de espadas, los momentos son fugaces. Deberías haberte concentrado en protegerte a ti mismo. No había necesidad de distraerte por mí».

Los ojos de Chu Mingyun parpadearon al oír esto. Desvió la mirada, permaneció en silencio durante un momento y luego retomó su tono despreocupado con una risita ahogada. «Shiyu, estoy herido y tú sigues sermoneándome. ¿No podrías ser un poco más amable?».

Su Shiyu le lanzó una mirada, pero no respondió, limitándose a extender la mano. Chu Mingyun le ofreció el brazo, mirando de reojo a Su Shiyu por un momento antes de fruncir el ceño de repente. Su expresión se tensó mientras murmuraba: «Me duele, Shiyu. Sé delicado...».

Su Shiyu levantó lentamente la vista hacia el hombre que ponía morritos ante él, con una mano aún agarrada a la muñeca de Chu Mingyun y la otra desenroscando el frasco de medicina. «Ni siquiera te he tocado todavía».

Chu Mingyun cerró los ojos sin dudar, inclinando ligeramente la cabeza. Su cabello negro azabache se deslizó hacia abajo, enmarcando su pálido rostro de una manera lamentablemente vulnerable. «Me duele por dentro. Ah, Me siento tan miserable...».

Su Shiyu no pudo evitar reírse suavemente. Soltó su agarre, tomó el abanico de papel que estaba cerca e imitó el gesto habitual de Chu Mingyun, levantando la barbilla con deliberada lentitud. «Entonces, ¿por qué no intentas llorar?».

Chu Mingyun abrió lentamente los ojos y se mordió ligeramente el labio. Las comisuras de sus ojos y cejas se levantaron en una sonrisa particularmente seductora mientras decía con lentitud: «¿Oh? Ministro Su, ¿es este su nuevo pasatiempo?».

El abanico plegable le golpeó en la cabeza. Chu Mingyun se quedó quieto, frotándose la sien mientras Su Shiyu le vendaba la herida.

La luz de las velas parpadeaba y el silencio se prolongó durante un largo momento. Chu Mingyun fijó su mirada en Su Shiyu, cuyas cejas fruncidas proyectaban largas pestañas sobre su rostro, salpicado de sombras. De repente, murmuró suavemente: «Shiyu, cásate conmigo. ¿Lo harás?».

Su Shiyu se sobresaltó visiblemente y levantó los ojos con sorpresa para encontrarse con la mirada de Chu Mingyun. La expresión del hombre era profundamente sincera, sin rastro de broma. Una emoción indescriptible brilló en los ojos de Su Shiyu antes de desaparecer. Bajó la cabeza para seguir vendando la herida y esbozó una leve sonrisa. «¿Un hombre casándose con otro hombre? ¿Qué tontería es esa?».

«¿Estarías dispuesto?». Su tono era plano, desprovisto de emoción, pero estaba claro que Chu Mingyun no tenía intención de dejar pasar el tema.

Su Shiyu terminó de vendar la herida, hizo una pausa y preguntó: «¿Por qué sacas este tema de repente?».

Chu Mingyun le tomó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Sus ojos eran claros mientras hablaba lentamente: «Hace mucho que no tengo familia. No importa, ya me he acostumbrado. Pero Shiyu, si te casas conmigo, te convertirás en mi familia».

Su Shiyu se quedó paralizado e instintivamente giró la cabeza para evitar su mirada. Chu Mingyun levantó de repente la mano y le acarició la mejilla a Su Shiyu. Incapaz de moverse, Su Shiyu solo pudo observar cómo los ojos de Chu Mingyun se arrugaban ligeramente en una sonrisa. Lo miró fijamente y murmuró en voz baja: «Entonces no tendría que temer que desaparecieras».

Un leve temblor recorrió las yemas de los dedos de Su Shiyu. Reprimiendo sus emociones, mantuvo una expresión serena mientras preguntaba: «¿Por qué crees que podría desaparecer?».

Chu Mingyun no respondió, sino que bajó la cabeza para besar suavemente el dedo de Su Shiyu. «Cásate conmigo, ¿quieres?».

Su Shiyu bajó la mirada, manteniendo un tono indiferente mientras se reía. «No hay dos hombres que se casen en este mundo. ¿No temes que te critiquen...?»

«No me importa», lo interrumpió Chu Mingyun, mirando fijamente a Su Shiyu mientras pronunciaba cada palabra. «El mundo no tiene importancia. Si te molesta, cortaré la lengua a cualquiera que se atreva a chismorrear y mataré a cualquiera que se oponga a nosotros».

Su Shiyu retiró suavemente la mano, completamente exasperado. «Chu...».

«... ¿No quieres?», murmuró Chu Mingyun en voz baja.

Su Shiyu se quedó en silencio. Chu Mingyun lo observó en silencio, esperando su respuesta.

Después de un largo rato, Su Shiyu suspiró suavemente. Le colocó la túnica exterior sobre los hombros a Chu Mingyun, ajustándole el cuello con las manos antes de acercarlo hacia él. Cerró los ojos y lo besó.

Quizás fue el rechazo más suave que Chu Mingyun había experimentado jamás.

El viento nocturno soplaba, las velas parpadeaban suavemente y la luz de la luna, tan pura como la escarcha, cubría los marcos de las ventanas. La posada quedó en completo silencio en ese momento, al igual que la vasta ciudad de Shouchun. En la infinita extensión del cielo y la tierra, parecía que solo quedaban ellos dos.

Sin embargo, aquel que besaba sus labios con tanta delicadeza, cuya lengua se entrelazaba con la suya con tanta pasión, estaba utilizando ese mismo acto para poner fin a sus preguntas, para declarar su rechazo.

Su amado.

Su amado era tan fuerte que no lo necesitaba en absoluto. No podía poseerlo por completo, no podía estar seguro.

Se sentía completamente impotente.

A la mañana siguiente, temprano, un murmullo amortiguado subió desde abajo. La luz del amanecer era clara y brillante. El salón principal de la posada estaba repleto de huéspedes, la mayoría reunidos en pequeños grupos charlando y riendo. De vez en cuando, estallidos de alegría resonaban en el espacio. Varios meseros se movían rápidamente entre las mesas, sirviendo té y platos, ajetreados como si sus pies apenas tocaran el suelo. Era una escena de gran bullicio.

Chu Mingyun y Su Shiyu se detuvieron brevemente en la escalera, con expresiones indescifrables. Al observar la escena desde arriba, no pudieron discernir nada inusual en la multitud.

El posadero levantó la vista y los saludó: «Caballeros, ¿han dormido bien esta noche?».

Tras intercambiar una mirada, Su Shiyu y Chu Mingyun se volvieron con una leve sonrisa. «Gracias por su interés», respondieron. «Hemos dormido muy bien».

☆, [Capítulo 60]

☆, [Capítulo 60]

Huainan seguía siendo una región próspera, con rutas comerciales que bullían de actividad constante. Incluso después de la rebelión, aunque muchos comerciantes optaron por dar un rodeo en lugar de pasar por Shouchun, algunos aún se aventuraban a atravesar esta zona, atraídos por las ganancias y el atractivo de la ruta más corta.

Los soldados de la guarnición, empuñando sus largas alabardas, permanecían en estado de máxima alerta. Sometían a todos los viajeros detenidos a un minucioso registro corporal, lanzando una mirada cautelosa a su líder.

El comandante de la guarnición, apoyado contra la pared con las manos entrelazadas a la espalda, examinaba a cada persona una vez más antes de dar su visto bueno para continuar.

El solsticio de verano había pasado, pero el calor persistía, haciendo que la mente divagara. El comandante, entrecerrando los ojos ociosamente en la distancia, se enderezó de repente.

Bajo el sol abrasador, la carretera oficial a las afueras de la ciudad estaba poco transitada, a la sombra de un dosel verde. Sin embargo, en la lejanía, apareció una tenue línea de sombra, que se hacía más nítida a medida que se acercaba. Los sirvientes empuñaban sus espadas y guiaban sus caballos, flanqueando dos carrozuelas que viajaban uno delante del otro. Los carrozuelas avanzaban con imponente grandeza, seguidos por una larga procesión en la que varias figuras sostenían en alto estandartes negros que ondeaban al viento.

El líder se animó. Agarró a un guardia, quien, al recibir las órdenes, se apresuró a entrar en la ciudad. El líder se ajustó la armadura y marchó rápidamente hacia la procesión. «¡Damos humildemente la bienvenida al Gran Comandante y al Censor Imperial en su largo viaje! ¡Toda la ciudad de Shouchun ha esperado su llegada durante muchas horas!».

«Mm». Su Bai detuvo su caballo ante el líder. «Entra en la ciudad».

«Detenga sus caballos, señor», dijo el jefe, mirando al joven que tenía delante. «Nuestro prefecto ha establecido la ley: todos los que entren en la ciudad deben pasar una inspección. Debo seguir las reglas».

Su Bai se tensó y miró hacia los carruajes. Su inquietud se intensificó.

Después de todo, ambos carruajes estaban vacíos.

Días antes, había recibido noticias del joven amo de que ya se encontraban dentro de las murallas de la ciudad. Sin embargo, eso era todo lo que sabía, ni siquiera podía ponerse en contacto con él. A medida que el viaje se acercaba día a día, no había tenido más remedio que seguir adelante hacia Shouchun, con la esperanza de que el joven amo apareciera de la nada, idealmente cayendo directamente en uno de los carruajes para ahorrarle más ansiedad.

Pero ahora habían llegado los inspectores de carruajes. ¿Por qué, joven amo, había tardado tanto en bajar?

Al ver que Su Bai permanecía en silencio durante un buen rato, el capitán hizo una señal a los guardias que tenía a su lado. Varios de ellos dieron un paso al frente, entendiendo la orden.

Su Bai giró la cabeza bruscamente y gritó: «¡Cómo se atreven!».

Los guardias se detuvieron, vacilantes, sin saber si avanzar.

«Señor...».

«¿No tienen idea de quién es este carruaje para atreverse a ofender de manera tan descarada?», exclamó Su Bai alzando la voz.

«Lo sé muy bien, señor», respondió el capitán con una sonrisa. «Le ruego que nos disculpe, pero solo estamos siguiendo el protocolo. Usted comprende la situación: siempre es prudente ser cautelosos. Es por la seguridad de los dos distinguidos invitados que viajan a bordo».

«Venimos por decreto imperial. ¿Qué posible objeción podría haber?», afirmó Su Bai con toda autoridad. «Además, ¿qué rango tienen estos dos dignatarios que

viajan en el carro? ¿Está usted realmente cualificado para exigir una inspección a su antojo?».

«Esto...».

—¿Entonces tengo esa autoridad?

De repente, una voz cortó el aire, silenciando a los alrededores. Los guardias se apartaron para dejar paso al hombre, que espoleó a su caballo y sonrió.

—Pensaba que había llegado otro dignatario, pero parece ser el asistente del Censor Imperial.

Su Bai inclinó la cabeza. —...Prefecto.

«Señor Han». El capitán se hizo a un lado respetuosamente.

La región de Huainan estaba dividida en cuatro comandancias, siendo Jiujiang la principal. Shouchun era también la capital de la Comandancia de Jiujiang. El hombre que tenían ante ellos no era otro que Han Zhongwen, el Prefecto de Jiujiang. Tras la muerte del Príncipe de Huainan, la corte imperial había enviado inmediatamente a funcionarios para que se hicieran cargo de las funciones del feudo. Aunque Huainan estaba ahora asignada formalmente al Príncipe de Xiling, en términos de autoridad real, la mayor parte de Huainan seguía estando efectivamente bajo el control de Han Zhongwen.

Han Zhongwen apartó la mirada de Su Bai y ordenó: «Procedan con el registro habitual».

«Sí, señor».

«¡Su Excelencia, por favor, reconsiderelo!», protestó Su Bai con urgencia.

«Se trata solo de una inspección superficial. No ofenderá a ninguno de ustedes», respondió Han Zhongwen. «Ambos sabemos muy bien que no se encontrará nada importante en el convoy. Siendo así, ¿qué hay de malo en echar un vistazo?».

«Le imploro que lo reconsideré, Excelencia!», pensó Su Bai apresuradamente. «El Gran Mariscal y mi joven señor ocupan cargos de la máxima dignidad.

Además, viajamos bajo órdenes imperiales. Si ni siquiera podemos entrar en la ciudad en estas circunstancias, obligados a desmontar y someternos a una inspección bajo este sol abrasador a las puertas de la ciudad, ¿no sería una deshonra para la autoridad imperial?».

Han Zhongwen frunció ligeramente el ceño y lo observó sin responder.

Su Bai insistió: «Además, dejando a un lado cómo podría reaccionar el Gran Mariscal dado su temperamento, si Su Majestad se enterara de esto, la culpa recaería directamente sobre usted, señor Han. Puesto que usted mismo sabe que el carro no lleva nada, ¿por qué correr tal riesgo?».

Tras un momento de silencio, Han Zhongwen asintió lentamente. «Tiene razón». Miró hacia el carro que iba detrás y gritó: «En ese caso, por favor, entren en la ciudad, honorables caballeros. Este humilde funcionario se encargará de su hospitalidad».

El carro permaneció en silencio, sin ofrecer ninguna respuesta.

Han Zhongwen intercambió una mirada significativa con Su Bai, luego giró su caballo y se adelantó. El carro lo siguió de cerca, entrando en la ciudad.

—Hmph —Chu Mingyun se apoyó contra el marco de ébano del carro, con sus pálidos dedos presionando la madera mientras giraba la cabeza para mirarlo. Su voz era melodiosa cuando se rió—. Señor Han, ¿así es como decide saludarme?

—¿Qué quiere decir exactamente Su Señoría...? —Han Zhongwen levantó la cabeza, completamente desconcertado.

La sonrisa de Chu Mingyun desapareció por completo—. Arrodíllese.

La expresión de Han Zhongwen se ensombreció abruptamente. Miró a su alrededor a los sirvientes y guardias que los observaban, luego volvió a fijar la mirada en el rostro de Chu Mingyun. Tras un momento de tensión, apretó los dientes y se arrodilló lentamente ante la multitud reunida, inclinando la cabeza. «Su Señoría... Le doy humildemente la bienvenida».

Chu Mingyun permaneció en silencio, con expresión impasible mientras lo miraba. Se produjo un silencio sepulcral; incluso Su Bai contuvo la respiración con cautela, sin atreverse a hacer ruido.

Finalmente, Chu Mingyun apartó la mirada con evidente aburrimiento y bajó del carroaje.

Han Zhongwen permaneció arrodillado con la cabeza inclinada hasta que vio pasar ante él el dobladillo de una túnica blanca. Solo entonces una voz suave dijo: «Ministro Han, levántese, por favor. Tal formalidad es innecesaria».

Han Zhongwen respiró hondo, apretando y aflojando el puño dentro de la manga. Recuperando la compostura, se levantó y se dirigió a Chu Mingyun y Su Shiyu: «De todas las residencias de la ciudad de Shouchun, la mía cuenta con las defensas más estrictas. Ningún otro alojamiento puede compararse con ella. Por lo tanto, me he tomado la libertad de organizar el alojamiento de ambos honorables funcionarios en mi residencia. ¿Les parece bien?».

Su Shiyu sonrió levemente. «Entonces le impondremos nuestra presencia, señor Han».

«En absoluto. Les mostraré el interior».

La residencia era enorme. Han Zhongwen iba delante, mientras Chu Mingyun y Su Shiyu caminaban uno al lado del otro, con sus sirvientes detrás. Atravesaron un sendero apartado flanqueado por bambúes verdes. El viento susurraba entre las hojas y un suave murmullo llenaba el aire, revelando las sombras esmeraldas que se balanceaban.

De repente, se oyó el repiqueteo de unos piececitos, seguido de un grito de alegría: «¡Oh! ¡Hermano mayor!». La suave voz infantil le resultaba bastante familiar.

Se detuvieron y miraron hacia arriba. Una pequeña figura emergió del camino, estirando un bracito regordete y saludando con la mano. «¡Hermano mayor!». Al ver el ceño fruncido de Han Zhongwen, el niño añadió: «¡Ah, papá también!». Volviéndose hacia los que estaban detrás de él, Ziming exclamó: «¡Mamá, ven rápido! ¡Los poderosos hermanos mayores han venido a nuestra casa!».

«¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué hermanos mayores...?» Liu Yunzi levantó los ojos y sus palabras se detuvieron abruptamente.

Chu Mingyun soltó una risita ambigua y miró de reojo a Su Shiyu. «Esto es bastante interesante».

Su Shiyu bajó la mirada y se quedó en silencio. Su expresión vaciló al mirar a Liu Yunzi, pero luego se tranquilizó. Tiró del niño hacia adelante y se inclinó. «He fallado en mis deberes como guardián. Les pido perdón, Excelencias».

«En absoluto...».

«Hermano mayor, tú...». Las palabras de Su Shiyu se apagaron cuando Han Ziming, ansioso por unirse a ellos, fue bruscamente retenido por Liu Yunzi.

«¿Ya se conocen?», preguntó Han Zhongwen a Liu Yunzi.

Liu Yunzi abrazó con fuerza al niño, levantó la vista para mirarlos y luego volvió a bajarla, negando con la cabeza. «Supongo que estos dos caballeros son el Gran Mariscal y el Censor Imperial que mi esposo ha mencionado. Yo vivo recluida en la mansión, ¿cómo podría haber tenido el honor de conocerlos?».

«¡Mamá!», protestó Han Ziming, tratando de liberarse de su abrazo. «¡Claro que sí! Esos hermanos mayores nos salvaron el otro día. ¡No puedes retractarte de lo que dijiste!».

Han Zhongwen miró a su hijo menor con confusión, y luego notó las expresiones impasibles en los rostros de Chu Mingyun y Su Shiyu.

Liu Yunzi se inclinó y abrazó a Han Ziming. «Sí, dos jóvenes caballeros nos rescataron recientemente», murmuró en voz baja. «Pero solo estaban de paso y hace tiempo que se marcharon. Cuando dices que son tus hermanos mayores, ¿podría ser que los confundieras con ellos porque también visten túnicas azules y blancas?».

Han Ziming frunció el ceño. Miró a Chu Mingyun, luego a Su Shiyu y luego de nuevo a Liu Yunzi. Finalmente, bajó la cabeza y murmuró: «¿Es eso...? Entonces... tal vez Ziming simplemente se confundió».

Liu Yunzi sonrió y se puso de pie. «No te preocupes, Han Zhongwen. Los niños a veces olvidan las caras. Mi querido esposo, por favor, acompaña a estos distinguidos invitados al salón principal. ¿Qué haces aquí parado?».

Han Zhongwen, tomando sus palabras al pie de la letra, ofreció una breve disculpa a Chu Mingyun y Su Shiyu antes de conducirlos al salón principal. Una vez que se sentaron, se excusó para hacer más arreglos, dejando las tareas de anfitrión a Liu Yunzi por el momento.

La criada ya se había llevado al niño. Liu Yunzi se adelantó personalmente para servir el té. El líquido verde esmeralda ondulaba suavemente, reflejando su mirada baja.

Chu Mingyun la miró de reojo y de repente sonrió. «Nunca imaginé que volvería a ver a la señora Liu», hizo una pausa y levantó ligeramente una ceja, «Ah, me he equivocado. Ahora debería llamarla señora Han».

Liu Yunzi llenó las tazas con gran atención, y su suave risa tenía un significado tácito.

«Gracias por su molestia, señora Han», dijo Su Shiyu mientras aceptaba su taza. «Aunque somos nosotros los que deberíamos estar más sorprendidos. Nunca imaginamos que mentiría por nosotros. Le estamos profundamente agradecidos».

—Ministro Su, me halaga —respondió Liu Yunzi con calma—. No soy más que una mujer. No entendí ni intenté averiguar por qué los dos ministros ocultaron su identidad aquel día. Mis acciones anteriores solo fueron para devolverles el favor por haberme salvado la vida. Nada más. Sin esperar una respuesta, hizo una reverencia y se marchó. —Disfrute de la comida, ministro.

Su Shiyu tomó un sorbo de té, apartó la mirada y sonrió levemente. «Esta señora Han es muy perspicaz».

«Sin duda, en ese aspecto supera a su esposo», comentó Chu Mingyun, pasando un brazo por los hombros de Su Shiyu con una media sonrisa.

«...?» De pie junto a ellos, completamente desconcertado durante un rato, Su Bai finalmente no pudo resistirse a hablar con cautela una vez que los demás se hubieron marchado. «...Joven... Joven maestro, ¿de qué demonios estaban hablando ustedes dos?».

Su Shiyu lo miró con diversión. «De nada importante».

«Ah». Su Bai respondió, haciendo una pausa antes de preguntar en voz baja, incapaz de contenerse: « «Joven maestro, ¿cuándo exactamente estuvieron ustedes dos en el carro? ¡Casi muero del susto!».

«Después de entrar en la ciudad, en la esquina de un callejón, Shiyu y yo llegamos», respondió Chu Mingyun.

Su Bai se quedó paralizado. «¿Cómo es que no me di cuenta?».

Su Shiyu se rió suavemente. «Si lo hubieras detectado, ¿cómo podríamos haberlo ocultado a los demás?».

—Es cierto —asintió Su Bai, pero de repente se dio cuenta de algo. Abrió mucho los ojos y miró fijamente a Chu Mingyun—. Chu... Chu Mingyun... ¿Cómo acabas de llamar a nuestro joven amo...? —Se le quebró la voz. Miró con sorpresa la mano que descansaba sobre el hombro de Su Shiyu—. Joven amo, nunca permites que nadie te toque...

—¿Ah, sí? —Chu Mingyun se rió entre dientes y le acarició un mechón de pelo con la yema del dedo—. Pero no solo puedo tocarlo, sino que incluso puedo acariciarlo.

«...» Su Shiyu le lanzó una mirada penetrante antes de apartar su mano.

Su Bai se sintió instantáneamente muy incómodo.

Chu Mingyun simplemente rodeó a Su Shiyu con el brazo, lanzándole una mirada de reojo, con una sonrisa radiante. «No hay necesidad de mirar. Tu joven amo ya es mío».

«¿Qué?». Su Bai miró a Su Shiyu con incredulidad, solo para ver al joven maestro responder con una leve sonrisa. Se sintió como si le hubiera caído un rayo. Después de un largo, largo momento, Su Bai logró preguntar con voz temblorosa: «Entonces, entonces, joven maestro, ¿debería empezar a dirigirme a él como "mi señora"?».

Chu Mingyun: «...».

—Tsk. —Chu Mingyun pellizcó la barbilla de Su Shiyu, inclinando su rostro hacia el suyo y entrecerrando ligeramente los ojos—. ¿De qué te ríes?

Su Shiyu reprimió una sonrisa y lo miró con solemnidad y seriedad—. ¿Lo estoy haciendo?

Chu Mingyun se rió suavemente, inclinándose para apoyar su frente contra la de Su Shiyu. Lo miró fijamente a los ojos, con voz profunda y ronca. «¿Aún no lo admites?». Su dedo recorrió el contorno de los labios de Su Shiyu, dispuesto a besarlo.

Antes de que Su Bai pudiera taparse los ojos y huir, Su Shiyu se interpuso entre ellos. «Viene alguien».

«... Shiyu».

«Es Li Che». Su Shiyu se levantó y miró hacia la entrada del salón.

Chu Mingyun suspiró profundamente y giró la cabeza con impaciencia para ver a Han Zhongwen siguiendo a un joven de rasgos delicados mientras cruzaban el patio.

Li Che, hijo del príncipe de Xiling, entró en el salón e inmediatamente vio a los dos hombres levantándose para saludarlo. Hizo una reverencia cortés. «Ministro Chu». Solo entonces se volvió hacia Su Shiyu. Sus miradas se cruzaron por un

momento antes de que él esbozara una repentina sonrisa. «Hermano, cuánto tiempo sin verte».